

PASTOR MUÑOZ  
ENCUADERNADOR  
Plaza de Santa María  
JAÉN

Sala

Estante

Tab

N.º de Eje 39/43

82  
LAM  
CVR





8.09

LAM

cur





BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDALUCIA



E. PERIÉ

ACADEMIA DE ECONOMICA E AGRICULTURA



1874

CURSOS FAMILIARES  
DE LITERATURA.

---



---

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

B-2426

LAMARTINE.

---

CURSOS

---

FAMILIARES DE LITERATURA.

---

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO III.

---

Reg.<sup>o</sup> 11.833

SEVILLA.

---

EDUARDO PERIE, EDITOR.

PLAZA DE SANTO TOMÁS, 13.

1871.







---

## UNDÉCIMA CONFERENCIA.

---

RACINE.—SU VIDA.

### I.

Hemos dicho al empezar, que la literatura es la expresión del pensamiento humano bajo todas sus formas.

Cinco son los modos principales de expresar el pensamiento para comunicárselo á los hombres:

El púlpito, que les habla en los templos de sus primeros intereses, que son la divinidad y la moral.

La tribuna de las arengas, que habla al hombre en las asambleas públicas, de sus intereses temporales, la patria, la libertad, las leyes, de formas de gobierno, de aristocracia ó democracia, de monarquía ó de república, y que pone en



movimiento sus ideas ó sus pasiones por medio de la elocuencia de la discusion, ó sea la elocuencia parlamentaria.

La plaza pública, en la que en los tormentosos tiempos de revoluciones y motines, el magistrado, el tribuno, el ciudadano habla cara á cara al pueblo insurreccionado, y le amonesta, enternece, persuade, modera, ó pone en sus manos el puñal homicida para armarle despues con la espada de la justicia y el escudo del patriotismo. Esta ya no es la elocuencia sagrada ni la parlamentaria; es la elocuencia heróica, la elocuencia en accion que levanta la frente para imponer á su auditorio, y que ofrece su sangre en prenda de sus palabras.

El libro, que por el ingenioso procedimiento de la escritura ó de la impresion, reproduce para todos el pensamiento concebido y expresado por uno solo, y que comunica por medio de una hojâ de papel la idea, el razonamiento, la pasion, la imâjen, y hasta la armonía estampada en la página.

Por último, el teatro, escena artificial, sobre la cual el poeta presenta á los ojos del pueblo sus personajes, haciéndoles hablar y obrar en situaciones históricas ó imaginarias, imitaciones de las acciones trágicas ó cómicas de la vida del hombre.

Entre todos los modos de comunicar el pensamiento por medio de la palabra, nos parece que el teatro es el mas indirecto y el mas recargado

de accesorios ajenos al mismo pensamiento, y por consiguiente el menos perfecto. El pensamiento deja de ser pensamiento, es decir, inmaterial, al presentarse en las tablas, véese obligado á tomar forma real para causar impresion en los sentidos lo mismo que en el alma. Entre todos los goces intelectuales, el teatro es el mas sensual; hé aquí, sin duda alguna, la causa de su popularidad.

El teatro por su naturaleza fué desconocido en las épocas de barbarie, y hásta en la juventud de los pueblos. Solo puede nacer y desarrollarse en plena y opulenta civilizacion.

Los primeros poetas fueron sagrados; los segundos épicos; los terceros líricos, y los cuartos dramáticos.

Esto se explica fácilmente: los pueblos antes de llegar á un estado de civilizacion adulta, carecen de espacio, de riqueza y de lujo para erigir á sus poetas esos espléndidos edificios, esos centros de público pasatiempo, que se llaman el teatro y la escena.

Solo despues de largos siglos de groseros y vacilantes ensayos teatrales, semejantes á los de *Thespis* en Grecia, y á nuestros *misterios* en Francia, vemos levantarse esos teatros permanentes, construcciones dignas de la majestad del trono y del pueblo. Entonces aparecen aquellos grandes actores tan poco numerosos como los

grandes poetas, que como *Rocio*, *Garrick*, *Talma*, *Rachel*, *Ristori*, personifican en un cuerpo y con una dición modelada sobre la naturaleza por el arte, las imponentes ó simpáticas figuras que la historia ó la imaginación reúnen sobre la escena en poemas dialogados, amasados con lágrimas y sangre. La imaginación retrocede ante las inmensas dificultades que tiene que vencer un grande actor ó actriz para trasformarse en el personaje que representa con su peculiar fisonomía, sus pasiones, y hasta su acento.

Necesario es que sometan á su voluntad, no solo la naturaleza moral, sino tambien la naturaleza física, y que las obliguen á ser un instrumento en su mano, como lo es la nota en las del músico, y los colores para el pintor. Rostro, mirada, labios, ecos sordos, ó vibrantes de la voz, estatura, paso, gestos contraídos, ó dilatándose con la pasión, enrojecimiento, palidez, estremecimientos ó convulsiones del alma, gritos que rasgan la bóveda del teatro y el oído del espectador para aterrarlo como el estallido del rayo de la cólera, gemidos que arrancan de las entrañas, sollozos que hacen llorar á la muchedumbre impasible ó indiferente hasta entonces, escala de pasiones que ascienden y descienden en una hora, y que hacen vibrar el corazón humano: hé aquí el poder extraordinario del actor y de la actriz; mas tambien hé aquí todo su génio.

Este génio artificial supone que estos actores que son una necesidad en la escena, han hecho



inauditos esfuerzos para adquirid la educacion especial de su profesion. El poeta dramático no existe todo entero en sus obras, necesita del actor para completarse. ¿Qué seria del nombre del grande Homero, si en lugar de declamar él mismo sus versos en los caminos de Chio ó de Samos, hubiera buscado intérpretes escénicos á sus poesías entre los pastores y los marineros de la Jonia?

## II.

Voy á herir con una verdad tan amarga como esacta la vanidad del hombre. Un grande hombre no es, como vulgarmente se dice, hijo de sus obras: un grande hombre es, ante todo, hijo de su siglo, ó mejor diré, un siglo se hace hombre en él; hé aqui la verdad.

Esta verdad tiene perfecta aplicacion en Racine y en los cinco ó seis grandes escritores y poetas que fueron con él el mas hermoso y sagrado fruto del deslumbrante siglo de Luis XVI. Todo contribuia, desde ciento cincuenta años, relijion, política, armas, educacion pública, literatura y artes á elevar la Francia al apojeio

de la civilizacion, y á producir en ella una de esas épocas de gloria, de paz y de prosperidad, en la cual las naciones se detienen un momento como el sol en el Zénit, para concentrar todos sus rayos en un foco de activo resplandor que enseña al mundo lo que puede ser un pueblo que ha alcanzado todo el desarrollo de su génio y unidad.

La religion y la monarquía, principios que ejercen una autoridad absoluta sobre las almas y sobre los espíritus, estaban unidos en indisoluble lazo. Ambas habian dado á la Francia todo cuanto puede dar el despotismo. La concentracion ordenada de todas las fuerzas intelectuales y materiales en un esfuerzo universal de las inteligencias disciplinadas sometidas á la Iglesia y sometidas al rey. La libertad dará algun dia otra cosa á los pueblos; mas es imposible que la Iglesia y la monarquía les den mas de lo que dieron en el siglo de Luis XIV; el génio disciplinado por el despotismo.

Observad como todo contribuyó providencialmente al éxito. Las guerras de religion, atroces pero santas, habian removido y escitado en lo más íntimo de las almas el más enérgico, noble y divino de los heroismos humanos, el heroismo de la conciencia, que no es el que forma los héroes, sino el que anima á los mártires. Los caracteres se habian templado enérgicamente en la sangre y en el fuego de las guerras santas.

La fortuna y la defeccion de Enrique IV que se burlaba de Dios y de los hombres, habia dado

la victoria al partido de la Iglesia romana. Este partido persiguió y desterró á los vencidos obstinados. Su conducta fué atroz pero lójica. Habíase combatido por la unidad, y el triunfo debia ser para ella. La libertad de pensar no se consideraba solo como un crimen contra el cielo, sino que tambien contra el Estado. El rey era el brazo del pontífice, vengaba á la Iglesia y la Iglesia agradecida vengaba al príncipe; confundíanse en una sola estas dos autoridades. Allí donde no alcanzaba la Iglesia alcanzaba la espada del rey, y lo que se insurreccionaba secretamente contra el rey, caia bajo el anatema de la Iglesia. No bastaba con obedecer á esta doble autoridad combinada entre el rey y Dios, era forzoso tributarle adoracion. Del servilismo se habia hecho una virtud, más todavía, un título de honor ante el mundo.

Una palabra histórica de Racine consignada en una de sus cartas á Mme. de Maintenon, describe gráficamente el exceso verdaderamente impío del servilismo hácia la persona divinizada del rey: «Dios ha permitido, señora, que jamás haya tenido que dudar un momento del Evangelio ni del rey.»

De esta manera, pues, el servilismo y la adulacion, ponian en un mismo lugar á Dios y al príncipe. Aquellas palabras que en nuestros dias harian ruborizar al mas abyecto de los cortesanos, en aquellos tiempos eran sublimes. Era la época de la devocion y de la tiranía.



## III.

Esto es lo que habia hecho la idea dominante en aquel tiempo, para formar la unidad del pueblo. La guerra y la política habian contribuido no poco. Lo demas lo habian hecho dos grandes ministros; Richelieu, el Maquiavelo francés, y Mazarino el hábil político italiano.

El uno con su implacable ferocidad consiguió emancipar completamente el trono de la tutela de la grande feudalidad. El otro, Mazarino, el mas hábil y el mas contemporizador de todos los políticos, recurrió á un sistema diametralmente opuesto, de acuerdo con la reina, madre de Luis XIV, muger valerosa, amiga constante de su ministro, madre ejemplar y no ménos hábil y más magnánima que Isabel de Inglaterra.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

## IV.

Richelieu, Ana de Austria y Mazarino, habian formado de antemano el reinado de Luis XIV.



Todo su trabajo se redujo á tomar posesion de él, y conservarlo. Cosas ambas que hizo á las mil maravillas. Fué el predestinado del despótismo. Nació con todos los vicios y virtudes del poder absoluto: mandaba como rey y mostraba el orgullo de un Dios.

Mas esto no basta, el génio de las letras necesita un instrumento. Este instrumento es la lengua. El lenguaje poético y el lenguaje oratorio encontrábanse en Francia, á la sazón, en esa confluencia de las diferentes corrientes de los idiomas, en la que el génio de las lenguas se detiene un momento indeciso y embarazado con la suma de sus riquezas, y luego haciendo un esfuerzo supremo, se decide y forma esa abundante y sonora corriente de la lengua nacional, que todo lo arrastra y lo purifica.

Este es el momento en que, segun se dice, los poetas *crean* las lenguas. La palabra es impropia, no es dado á hombre alguno el crear el idioma de una nacion. La gloria de este inmenso trabajo pertenece á todos; mas puede decirse en verdad, que en aquellos instantes los grandes poetas y los grandes escritores limpian y fijan la lengua y le dan forma, flexibilidad, sonido armonioso y color, y la adaptan á los usos intelectuales para los que ha sido predestinada. Los pueblos dan la pasta á los poetas, y estos acuñan la moneda. Esta es la verdad.

Es así que todo habia contribuido á enriquecer la lengua francesa. La Iglesia que conserva-

ba el uso del latin, la habia llenado de latinismos. El latinismo constituyó su nervio y le dió una solidez y esa brevedad concentrada de construccion que da vigor á los vocablos haciéndoles espresar con mas enerjia las ideas.

La pompa del griego, reimportada en Italia por *Lascaús* en tiempos de los primeros Médicis, y reimportada de Italia en Francia por Ronsard y sus discípulos, le dió la amplitud, la figura y la elegancia que la naturaleza negara al latin.

La Italia moderna que la habia inundado por el mediodia y por las guerras de Francisco I, de sus poesías, le dió por *Dante*, *Petrarca*, el *Tasso* y *Ariosto*, la fluidez, la armonía y la abundancia que son los caracteres del génio italiano durante la edad media. La casa de Médicis unida tan frecuentemente á la reinante de los Valois en Francia, habia dominado en el Louvre y en las Tullerias lo mismo que en Florencia con sus artistas y sus poetas casi convertidos en franceses.

Por último, en aquellos tiempos, las alianzas de las dinastías española y francesa habian inculcado en la lengua de Luis XIII, por conducto de Ana de Austria, princesa mucho mas española que alemana, el génio heróico, caballeresco, grandioso, enfático que tocaba en los límites de lo sublime por su grandeza y en el ridículo por su exajeracion. Corneille era un fiel trasunto del génio de la lengua española en Francia. Hablaba el lenguaje de los héroes, casi de los campeadores

mata-moros; su estilo se elevaba hasta el cielo y se perdía entre las nubes. Si hubiésemos tenido una serie de Corneilles es seguro que nuestra lengua hubiérase hinchado hasta la declamación. Basta con uno.

El hebreo, en fin, elíptico y quebrantado como las rocas del Sinaí, fué tomado como modelo por los oradores religiosos y sobre todo por Bossuet; esta lengua dió á la francesa los relámpagos del lirismo y la autoridad profética que escribe con trazos de luz y que habla como el trueno.

¿Podía encontrar el gran poeta ecléctico, Racine, mejores y mas ricos materiales para construir en honra suya y de su nacion la obra maestra mas acabada y mas inimitable del lenguaje poético francés?

Este feliz concurso de elementos literarios dió vida á Racine, es decir, á la perfección encarnada de la lengua poética francesa. Compadecemos aquellos que no comprenden esta perfección de la lengua en un hombre que fué providencial para nuestra literatura. Es de notar que todos aquellos que le motejan de ser demasiado francés, son críticos, escritores ó poetas demasiado extranjeros en sus tendencias poéticas, y que se acercan por las exajeraciones de su génio á los vicios y á los excesos del griego, del latin, del hebreo, del italiano y sobre todo del español, que Racine supo corregir y borrar de la lengua francesa.

A esta coincidencia de la religion triunfan-



te, de las costumbres francamente caracterizadas, de la política establecida, de la satisfaccion nacional conquistada con las armas y de la lengua formada por el tiempo se debe, como hemos dicho anteriormente, que un gran siglo se personifique en un grupo predestinado de grandes hombres.

Así es, que en la época que venimos describiendo, la monarquía se hizo hombre en Luis XIV; la Biblia en Bossuet; el Evangelio en Fenelon; la comedia en Moliere, y la lengua poética moderna en Racine. *Atalia* iba á brotar de su génio como el fruto maduro se desprende del árbol fertilizado por el sol, por el cultivo, y por la buena estacion.

## V.

No queremos escribir en este lugar la vida de Racine, á pesar de la correlacion íntima que para el observador filósofo existe entre el poeta y sus obras. Reservámosla, despues de haberla estudiado profundamente, para las páginas de la historia de los grandes hombres, trabajo á que nos dedicamos con asiduidad. Sin embargo, habremos de ocuparnos un poco de ella, para hacer comprender á nuestros lectores el oríjen y la perfeccion de *Atalia*.

Juan Racine nació en Ferté-Milon, pueblecito

de la antigua provincia del Valois. Su familia pertenecía á la clase media. Su padre tenia un modesto empleo en el fisco real, y su abuelo materno ejercía otro en la magistratura. Ambas familias eran letradas y ademas piadosas de corazon.

Terminados sus primeros estudios clásicos en Ferté-Milon, pasó á continuarlos en el monasterio de Port-Royal. Allí continuó Racine sus estudios de historia antigua y de teología, y á los 16 años los terminó en el colegio de Harcourt en París. Agradecido á los paternales cuidados de sus primeros maestros, pasaba las vacaciones del colegio de Harcourt en el monasterio de Port-Royal, y bajo aquel sábio y hospitalario techo se entregaba con febril ardor á las inclinaciones que la naturaleza habia desarrollado en su alma. Estudiaba la historia en Plutarco; la poesía en Homero y Virjilio, y el teatro en Sófocles y Eurípides. Rico de imaginacion y feliz de memoria, conmovíase profundamente con aquellas hermosas armonías de la poesía griega, que son la música apasionada del corazon humano.

Los primeros versos que compuso, tomando por modelo los líricos griegos y latinos, fué una oda al casamiento del rey, intitulada la *Ninfa del Sena*. Esta composicion mereció los aplausos del rey y de la córte, y granjeó á su autor la amistad de Moliere, quien le introdujo y recomendó en palacio. Otra oda intitulada, *Alabanza á las Musas*, le valió los elogios personales del rey, y una gratificacion.



En 1665, Racine dió al teatro su primer tragedia que tenía por título *Alejandro el Grande*, cuyo argumento sacó de Quinto Curcio. La elegancia de la versificación y las alusiones á Luis XIV, fueron causa del éxito que alcanzó una obra que por otra parte carecia de verdadero mérito.

El génio de Racine se manifestó en toda su plenitud en *Andrómoca*. En esta tragedia el poeta francés se muestra á la altura de Homero y de Virjilio, que cantaron la misma catástrofe. En *Británico*, que dió al teatro en 1669, rivalizó en génio histórico con Tácito; á partir de esta época ya no tuvo rival en poesía. *Berenice*, que escribió despues de *Británico*, es solo una elegía heróica, rebosando alusiones á los amores del rey. El poeta deja de ser trájico en ella con tanto afeminar el amor y el lenguaje de su héroe. *Bayaceto*, contiene bellezas de primer orden; pero aparecen corrompidas por la ridícula aplicación de las costumbres galantes de la corte francesa á la vida de los Otomanos. *Mitrídates*, *Isfjenia* y *Fédra*, son obras maestras del arte profano, que levantaron el nombre del poeta al apogeo de su gloria. En otro lugar analizaremos *Fédra*, la mas inmortal de sus obras. Demostraremos lo que aquel génio ecléctico tomó á sus émulos de la antigüedad griega y latina, y en lo que el sublime imitador igualó ó aventajó á sus modelos.

Racine se olvidaba fácilmente de sus amigos y de los beneficios que de ellos recibía, cuando

su gloria ó sus intereses se lo aconsejaban. Así es, que habiendo sido cortesano poco escrupuloso de Madama de Montespan, mientras fué amante del rey, la sacrificó el día que Madama de Maintenon se interpuso con su austeridad religiosa entre Dios y su querida en el corazón de Luis XIV. Ya era tiempo que la educación religiosa de su infancia despertase en el alma del gran poeta, para imponerle las reglas de probidad de espíritu y de abnegación de gloria mundana que no tenían bastante cabida en su carácter. Empero Racine habíase dejado corromper por el espíritu de la corte, hasta el punto que fué necesario que la religión se confundiese con el favor del soberano para recobrar sobre su alma el doble imperio de la corte y de la fé.

Esta fué la época de su conversión, tan oportuna para alcanzar las mercedes del monarca como sincera delante de Dios y eficaz para reformar sus costumbres. Avergonzado de su pasado y de su ingratitud para con sus maestros de Port-Royal, prometió á estos y á Dios el no volver á escribir para el teatro. Hizo más, repudió sus amores y se casó con una mujer virtuosa y santa, y educó en el recogimiento y en la piedad una familia cristiana, á la cual se propuso dejar por herencia mas bien su religiosidad que su gloria literaria.

Las repetidas mercedes y gratificaciones del rey, habíale proporcionado medios suficientes para mantener á su familia en un estado próxi-

mo á la riqueza. No satisfecho Luis XIV con los beneficios que le habia prodigado en el concepto de poeta, quiso ampliarlos en otra esfera nombrándole gentil-hombre de su cámara, con una nueva pension de 4.000 libras. Dióle, además, el cargo á la vez político y literario de historiador de su reinado y de sus campañas, en union con Boileau su amigo y cólega. Los emolumentos que en este concepto percibía eran proporcionados á los gastos que los dos historiadores tenian que hacer para seguir al rey en el ejército.

Luis XIV pagaba espléndidamente sus placeres y su gloria. Versailles y la inmortalidad de su nombre, sus monumentos y su fama no le parecian jamas demasiado caros. Como Alejandro, queria tener testigos de sus proezas y de su reinado, y elegía estos testigos entre los poetas, ecos eternos del tiempo.

A partir de aquel dia la vida de Racine no fué la de un poeta, sino la de un santo en su casa, y de un cumplido palaciego en la corte.

## VI.

Madama de Maintenon habia triunfado de su rival; madama de Montespan habia sido alejada de la corte y vivía en uno de esos espléndidos olvidos que son el suplicio de las favoritas destruidas. La religion habia vencido con ella. Un ca-



samiento secreto habia tranquilizado la conciencia del rey. Mas esto no satisfizo la devota ambicion de la nueva favorita, que aspiraba á conquistar en el espíritu de la corte, del clero y de la nobleza francesa, títulos de consideracion y gratitud capaces de justificar su elevacion hasta el trono.

Para halagar la vanidad de la aristocracia y del clero, fundó en Saint-Cyr, cerca del palacio de Versailles, un colegio real de educacion gratuita para las jóvenes, hijas de la alta nobleza militar, faltas de bienes de fortuna. Saint-Cyr, era un espléndido noviciado de futuras madres de familias nobles que debian perpetuar por medio de la enseñanza que recibian, el celo por la religion del Estado, la adhesion al rey y la gratitud hácia la nueva Ester de aquel nuevo Asuero. La corte era en aquella época muy literata, y la mayor parte de las jóvenes damas estando destinadas por el nacimiento ó por el matrimonio á vivir en la corte, las letras sagradas y profanas, las artes de pasatiempo y principalmente la declamacion teatral de los mejores versos de la lengua francesa, entraban en aquel plan de educacion.

Quería, además Madama de Maintenon, ligar al rey á aquel establecimiento por medio de los inocentes placeres que le procuraban los ejercicios casi públicos de sus jóvenes y hermosas novicias. Luis XIV, alejado por el nuevo género de vida piadosa que le hiciera observar Madama

de Maintenon, de los amores y de las fiestas mundanas de su juventud, se aburría frecuentemente como acontece á todas las almas vacías. Convenía, pues, á las miras de la favorita, compensar para él la pérdida de los placeres de sus buenos años, con la pompa y los placeres de las cosas santas á fin de que encontrase en la religion algo de las sensualidades profanas sustraídas de su vida.

La Maintenon se propuso al efecto trasladar el teatro á Saint-Cyr, hacer de sus bellas discípulas actrices candorosas y estimular su afición con los aplausos de la corte y con la representación de las obras más acabadas de los primeros poetas de su siglo. Hízose así; pero la representación de la *Andrómaca* de Racine, puso muy luego en evidencia el peligro que encerraban para la inocencia de las jóvenes actrices aquellas escenas de amor y de pasión mundana. Hubo, pues, que abandonar semejantes representaciones; pero Madama de Maintenon que no quería renunciar á divertir al rey, suplicó á Racine que compusiera para las educandas de Saint-Cyr, algunas obras maestras intachables, en las cuales su génio retratase solo pasiones puras y sentimientos piadosos dignos de la santidad y de la edad de aquellas inocentes jóvenes.

Necesitábase nada menos que el deseo expresado por el rey y por Mme. Maintenon para hacer cesar el silencio que durante diez años se había impuesto el gran poeta, y para reavivir



var la llama de su génio que no estaba apagada sino oculta bajo las cenizas de su penitencia. La ocasion era propicia; Racine podia al fin consagrar su talento á la religion, y santificar su gloria cantando alabanzas al Señor. Así es que no vaciló un solo momento. El deseo de hacerse digno de los favores de Mme. Maintenon, cuyo talento tenia en mucho, y cuya piedad veneraba; la necesidad de consolidar su crédito en la córte por medio de triunfos poéticos que habian de ser admirados mucho mas allá de Saint-Cyr; y en fin, la satisfaccion que experimentaba su conciencia al poner su génio bajo la salvaguardia de su fé y su fé al amparo de su génio, labrando el camino de su salvacion con las grandezas de este mundo: todos estos estímulos combinados conmovian su alma hasta la exaltacion y reconcentraban todas sus facultades, tan poderosas de suyo, en uno de esos esfuerzos supremos que producen los milagros de la voluntad y del génio.

Estas fueron las inspiraciones de Racine; el mundo solo no se las hubiera podido sujerir. Así es, que no fué obra mundana, sino una obra divina la que meditaba su pensamiento.

## VII.

Muy luego tuvo elegido el inagotable manantial de donde habia de sacar los asuntos para

sus tragedias. Quería ilustrar la religion, en ella, pues, debía buscar su texto. Cerró el libro de la historia profana y dió al olvido á Sófocles, Eurípides, Séneca, todo aquel mundo fabuloso, olímpico, pagano, en el cual, hasta entonces habia paganizado su génio; abrió los libros sagrados en los que se refleja otro cielo, otra historia y otro estilo; no intentó reanimar los carbones apagados del trípode y del lirismo griego, pero tomó resueltamente las brasas del hogar del tabernáculo judío y cristiano para inflamar en ellos su alma; inspiróse en lo que creia, y no en aquello que se imaginaba ó que imitaba.

Desde este momento operóse en él una trasformacion completa. Hasta entonces habíase mantenido en los límites de la imitacion pagana; el dia que se hizo bíblico y cristiano, su génio hizo original. Los pueblos solo adquieren su propia originalidad en su fé.

La originalidad literaria de los pueblos modernos es la Biblia y el cristianismo. Una casualidad reveló este misterio á Racine; hasta entonces habia sido Sófocles, Eurípides, Séneca; desde este dia fué Racine. Por la imitacion se habia creado un estilo; por la fé se hizo hombre de génio.

Antes de escribir las tragedias de *Ester* y *Atalia*, comprendemos que se acuse á este gran poeta de haber sido solo un sublime plajiaro de la antigüedad; pero despues de *Ester* y *Atalia* no

concebimos en qué se fundan los que le contestan la personalidad poética la mas nueva y la mas caracterizada: es el cristianismo hecho poesía, el ojo que vé, el cielo que habla, la fé que canta y el eco de dos templos que vibra en el alma del cristiano, y que de su alma se trasmite á sus versos.

El lenguaje se encuentra trasformado lo mismo que el pensamiento; de muelle y lánguido que aparece en *Andrómaca*, *Bayaceto* y *Fedra* se transforma en nervioso como el dogma, magestuoso como la profecía, lacónico como la ley, sencillo como el de la infancia, tierno como la compuncion, embalsamado como el incienso quemado en el tabernáculo. Ya no son versos los que se oyen, es la música de los ángeles; no es la poesía lo que se respira en él, es la santidad.

Hé aquí la inmensa originalidad de Racine desde que compuso *Ester* y *Atalía*; su génio ya no es génio, su arte ya no es arte, es una religion.

## VIII.

*Ester* fué representada un año despues que Mme. Maintenon se opusiera á la representacion de dramas profanos en el colegio de Saint-Cyr. El éxito fué inmenso; puede deducirse de las



palabras de Mme. Sevigné, que hasta entonces no se habia mostrado favorable á Racine.

«Todos los personajes de la corte, escribia á su hija, están encantados con *Ester*. El príncipe de Condé lloró; Mme. de Maintenon y ocho jesuitas entre ellos el padre Gaillard, honraron con su presencia la representacion. En fin, es la obra maestra de Racine; se ha sobrepujado á sí mismo; ama á Dios como amó á sus queridas; es para las cosas santas lo que fué para las profanas. Retrata esactamente la Sagrada Escritura, todo en su obra es bello, todo es grande, todo está escrito sublimemente.»

Mme. de la Fayette, muger cuya opinion es de mucho peso, habla con el mismo afecto pero con mayor calma de la impresion que produjo *Ester* en la corte y en el público; pero se advierte que atribuye el éxito á las aplicaciones religiosas y políticas hechas con franqueza á la corte de Luis XIV.

«Este éxito no se comprende; todo el mundo, grandes y chicos, han querido asistir á la representacion; así es, que lo que estaba encerrado en los estrechos límites de una comedia de convento, se trasformó en el asunto mas sério de la corte. Los ministros abandonaron los negocios del Estado para mostrarse cortesanos asistiendo á esta comedia. En la primera representacion, á la que asistió el rey, llevó consigo los principales personajes que le acompañan en la caza. La segunda fué dedicada á las personas piadosas,



tales como el padre Lachaise y catorce ó quince jesuitas, á quienés se unieron Mme. de Maintenon y muchos devotos y devotas; despues hiciéronse estensivas las representaciones á los cortesanos. El rey creyó que este pasatiempo agradaría al rey de Inglaterra, y le hizo asistir con la reina á una representacion. No es posible dejar de elogiar la casa de Saint-Cyr y el establecimiento, así es que se les prodigaron lo mismo que á la comedia.»

La mariscala de *Estrees* que no había celebrado á *Ester*, tuvo que cincerarse de su silencio como de un crimen. La cuaresma de 1689 interrumpió las representaciones de *Ester*, que volvieron á empezar el 5 de enero del año siguiente durante el curso de cuyo mes se dieron cinco representaciones que fueron tan brillantes como la primera.

*Ester* fué el preludio de *Atalía*. Es una obra acabada de adulacion; pero como drama, ninguno conocemos que haya sido mas débilmente concebido, mas miserablemente enlazado, ni mas ridículamente desenlazado. No fué, ciertamente, el pensamiento de Racine el escribir una tragedia, sino un idilio al alcance de las jóvenes y de las niñas que debian representarlo. Como poesía de estilo, se vé que sus imágenes, su lenguaje

sonoro, su dulzura y magestad, son la misma Biblia no traducida, sino trasegada como un panal de miel de Oreb á los lábios de los niños y de las mugeres de otra Sion. Racine se trasfigura completamente en David francés. Se despoja de sus años. Ya no es el poeta de la escuela clásica, es el poeta de la fé: no es tampoco el poeta del rey, es el profeta de Dios. Su génio cambiado por la piedad no sale ya de su imaginacion, sino de su alma.

Dadle ahora un asunto y se hará el Eurípides, el Sófocles cristiano.

Este asunto germinaba en su mente, este asunto era *Atalía*.

Una casualidad nos permitió asistir en nuestra juventud á la representacion de esta obra maestra, puesta en escena en el primer teatro del mundo, en París, é interpretada por la voz del primero de los trágicos modernos. Talma! Aquella escena ha quedado grabada en nuestra memoria con tan profundos trazos, que la fantasía nos la reproduce con toda su deslumbrante pompa, y que en nuestro oído vibra todavía el poderoso acento del sublime actor.

---

---

## DUODÉCIMA CONFERENCIA.

---

RACINE.—ATALÍA.

### I.

Desde 1815 á 1818, encerrado en mi humilde habitacion de la casa paterna, escribí, como primer ensayo de mi desocupada juventud, algunas tragedias que se resentían del estilo y forma usual y clásica de la escena francesa. Intitulábase la primera *Medea*, la segunda *Zaira* y la tercera *Saul*. Consérvolas todavía; si bien las dejo entregadas al olvido en un cofre encerrado en mi boardilla de Milly.

No se adaptaba á mi imaginacion este género de poesia que ha merecido por la naturaleza de sus personajes y por sus sábias combinaciones el nombre de dramas. El arte, el mecanismo, los efectos de escena y la brevedad lacó-



nica que concentran una situacion en una palabra, me faltaban por completo. El teatro habla pero no canta á medida de mi deseo. Acaso hubiera yo cantado un poema épico, si este hubiera sido el siglo de la epopeya; mas ¿quién es el que hace lo que hubiera podido hacer en este mundo donde todo se contradice?

Todos son fragmentos en nuestro destino, y nosotros mismos somos recortaduras de estos fragmentos. El hombre que parece mejor dotado, es solamente una estatua truncada.

## II.

En un hermoso dia de la primavera de 1818, teniendo mis tragedias terminadas y copiadas sobre papel de canto dorado, acometióme la fiebre de la celebridad y del afan de hacer fortuna, de la misma manera que la fiebre de la vegetacion invade la naturaleza en esta época del año.

Mecido por las más halagüeñas esperanzas púseme en camino para París, sin dar cuenta á mis padres del objeto de mi viaje, llevando conmigo cuidadosamente guardada en una maleta de cuero mi tragedia *Saul*, que consideraba la mejor de las tres que tenía escritas.

Me alojé, como tenía de costumbre, en un reducido cuartito del quinto piso de la fonda



del *Mariscal de Richelieu*, situada en la calle Nueva de San-Agustin; y á la mañana siguiente, sin darme tiempo para reflexionar formé el heroico propósito de tomar por asalto el Teatro-Francés. Levantéme; escribí á Talma el siguiente billete, cuyo borrador conservo:

«Muy señor mio, é ilustre actor.

«Soy un jóven desconocido, sin proteccion  
«y hasta sin relaciones en Paris. He escrito una  
«tragedia intitulada *Saul*, cuyo argumento he  
«tomado en la Biblia. He procurado imitar, en  
«cuanto cabe en mi insuficiencia, el estilo de Ra-  
«cine. Deseo con vehemencia conocer vuestra  
«opinion acerca de ella. Mi fortuna, y acaso mi  
«talento depende de que os digneis prestarme  
«un momento de atencion. No tengo más títulos  
«á vuestra benevolencia que mi juventud, mi  
«aislamiento y mi confianza en vuestra bondad,  
«igual á mi admiracion por vuestro génio. Vues-  
«tra contestacion ó vuestro silencio decidirá de  
«mi suerte.

«Recibid, señor é ilustre actor, la expresion  
«de mi respeto.

«ALFONSO DE LAMARTINE.»

Fonda de Richelieu, calle Nueva-San-Agustin, 15, París.

## III.

Yo mismo llevé este billete al domicilio de Talma, cuyas señas me habia dado el conserje del Teatro-Frances. Púselo con mano trémula en la del portero, y regresé á mi morada para esperar ó el silencio de muerte ó una contestacion de vida del gran trágico.

No tuve que esperar mucho tiempo. Al salir de mi cuarto para ir á comer al restaurant de Doyen, situado en la misma calle donde yo vivía, cerca de la de la Paz, un criado cubierto con una rica y fantástica librea me entregó un billete de Talma, escrito de su puño y letra. Decíame en él, con tanta bondad como prontitud en la respuesta: «Que en la próxima noche tomaba parte en la representacion de *Británico*, que al siguiente dia marchaba á su casa de campo de Brunoy; pero que si no tenía yo reparo en madrugar, me recibiría á las ocho de la mañana del dia de su viaje, y que escucharía con gusto la lectura de mi obra.»

Lo afectuoso de la contestacion dirigida por el grande hombre de la escena á un jóven desconocido, despertó en mi alma un aprecio hácia él que jamás se ha borrado. Ya fuese que el estilo grave y á la par modesto de mi esquila le interesase maquinalmente por mí, ó que lo elegan-

te de mi letra y mi nombre semi-aristocrático tuviese un atractivo para él, es lo cierto que no me hizo esperar mucho cuando llamé á las puertas de su gloria. Su contestacion me anunciaba que sería bien recibido. No necesito afirmar, que aquella noche la pasé casi en vela. A la mañana siguiente me preparé para la batalla en que debía jugar mi vida.

## IV.

Antes de las ocho me encontraba ya á la puerta de la casa de Talma. Presenté al conserje el billete que debía franqueármela, y trémulo y palpitante subí la escalera que conducia al dintel de aquel grande hombre. Llamé con suavidad como quien teme ser importuno, y no quiere interrumpir bruscamente el sosiego del amo de la casa.

Abrióse la puerta, y mis ojos contemplaron una hermosa mujer vestida con un peinador de indiana rameada de flores azules, que dejaba al descubierto parte de su seno y hombros modelados á la manera de una estatua antigua. Su fisonomía era imponente por la forma, pero llena de atractivo por la expresion. En la sonrisa afectuosa que me dirigió comprendí que estaba acostumbrada á dejar entrar muchas ilusiones por aquella puerta, y tambien á dar salida á no pocos desengaños.

«¿Quereis ver á Talma?» me preguntó; «¿sois sin duda el jóven á quien espera? ¿Quereis decirme vuestro nombre? continuó sin quitar su hermosa mano del picaporte. Dí mi nombre. «Entrad,» me dijo. Luego abrió la puerta de un gabinete, y dijo con una voz cariñosa: «Amigo mio, aquí está el jóven que tú mandastes dejar entrar.» Retiróse despues de pronunciadas estas palabras y quedé solo en presencia de Talma.

## V.

Talma contaría á la sazón de cincuenta á sesenta años; estaba bastante grueso, pero revelaba su aspecto una noble robustez. Vestía una bata ceñida á la cintura con un pañuelo de seda. Su cuello desnudo dejaba ver sus músculos salientes y sus venas muy pronunciadas, señales evidentes de su varonil estructura. Su fisonomía conocida de todo el mundo, recordaba por la forma y por el color, los bronce imperiales de los soberanos del Bajo-Imperio. Pero ese antifaz romano que parecía modelado sobre su rostro cuando se mostraba en la escena, desaparecía cuando estaba en trage de casa, dejando á descubierto una frente espaciosa, ojos grandes y de mirada dulce, una boca melancólica y adamada, mejillas lácias de un blanco



mate y músculos inmóviles como los de una escultura.

El conjunto de su fisonomía era imponente, pero la expresión bondadosa y atrayente. Adivinábase un buen corazón bajo el encanto del génio. No trataba de producir efecto, porque estaba harto del que causaba sobre la escena. Me tranquilizó su aspecto reposado y simpático, y la bondad retratada en su semblante.

Vivía, á la sazón, en un reducido quinto piso de las fachadas de la calle de Rívoli, frente al jardín de las Tullerías y muy cerca del palacio. La luz matinal coloreada por los reflejos de árboles, entraba por las ventanas de su gabinete, reflejándose en las cortinas, en los espejos, en los muebles y en los libros que decoraban la estancia. Me invitó á tomar asiento entre la chimenea y una ventana, y él lo efectuó frente á mí en un sillón de forma griega. Había entre los dos un veladorcito. Saqué tímidamente mi manuscrito y lo puse encima de la mesa. Lo tomó, lo hojeó y elojó la limpieza de mi forma de letra.

«Leedlo» me dijo, devolviéndomelo, «y á fin de no cansaros, y de aprovechar el poco tiempo de que podemos disponer, leed solamente aquellas escenas que pueden darme á conocer vuestro estilo y el interés de la obra.» Abrí el manuscrito y leí.

## VI.

Desde la primera escena mostróse satisfecho, á pesar de lo trémulo de mi voz, de la armonía y de la pureza de mis versos. «Adviértese, me dijo, que habeis leído mucho á Racine, acaso demasiado. Continúad.»

Leí durante unos tres cuartos de hora, sin que su cabeza, apoyada sobre la palma de la mano, hiciese ninguna señal de cansancio ni de aprobación. Tanta inmovilidad y silencio me causaban cierta angustia. Hacia las últimas escenas mi acento cansado y jadeante revelaba mi inquietud. Concluida la lectura, Tálma se mantuvo algún tiempo silencioso y en la misma actitud pensativa. Faltábame ya el aliento. Al fin levantóse de su asiento y se acercó á mí sonriendo afectuosamente. «Jóven,» me dijo con voz grave y conmovida, «quisiera haberos conocido hace veinte años; hubiérais sido mi poeta; hoy ya es tarde, vos venis al mundo y yo le abandono. Vuestros versos son verdaderos versos, vuestra obra está bien concebida y bien desarrollada; hay escenas en ella susceptibles de producir mucho efecto, y haciendo tal cual corrección que yo os indicaré despacio, no tengo inconveniente en encargarme de que sea admitida, de representarla y de que tenga éxito. Sin

»embargo, encuentro en ella alguna inesperien-  
»cia y demasiada declamacion poética, en lugar  
»de arte dramático. Pero en realidad esto es  
»de poca importancia, son hojas que hay que en-  
»tresacar para dejar cuajar y madurar el fruto.  
»¿Qué edad teneis? ¿De dónde sois? ¿Qué familia  
»es la vuestra; cuales vuestra situacion en el mun-  
»do, y qué vocacion os arrastra? Habladme como  
»á un padre, pues me siento arrastrado por un  
»verdadero afecto hácia vos.»

«—Soy provinciano,» le respondí; «mi fami-  
»lia goza de consideracion en el país, vive en  
»sus tierras en las cercanías de Macon, y en las  
»montañas del Jura, pátria de mi abuela pater-  
»na; mi familia es rica pero mi padre no. Des-  
»pues de haber servido en el ejército en tiempo  
»de Luis XVI, vive como un hidalgo ocioso, pero  
»amante de las letras, en sus reducidas tierras,  
»herencia de un segundon de familia. Tiene mu-  
»chos hijos, mas yo soy el único varon. Mi madre  
»que nació en París, y que ha sido educada en  
»la córte, nos ha trasmitido los gustos y los sen-  
»timientos delicados de la sociedad donde pasó  
»sus primeros años. He estudiado seriamente  
»con los jesuitas; he servido algun tiempo con  
»mi padre en la casa militar del rey; pero aque-  
»lla existencia monótona sin guerra y sin gloria,  
»me cansó. He viajado y regresado á la casa de  
»mis padres en el campo; allí el ocio y el fastidio  
»me devoran, y he querido evaporar en poesia la  
»tristeza de mi alma. Quisiera moverme, quisie-



»ra salir de mi oscuridad. Quisiera honrar el  
»nombre de mi padre y consolar el corazón de mi  
»madre. He pensado mucho en vos. He escrito  
»tres ó cuatro tragedias; una de ellas la acabais  
»de oír. ¿Seriais tan benévolo y generoso que me  
»dierais la mano para hacerme un lugar en la  
»escena?»

## VII.

Mientras yo hablaba, sus ojos se arrasaban en lágrimas. «Almorcemos,» me dijo, con el tono con que Augusto dijo á Cinna: «*Toma asiento Cinna.*» Enjugóse los ojos con el dorso de una mano y continuó: «Me habeis enternecido con esas  
»imágenes de padre, madre y hermanas, mucho  
»mas que con vuestros bellos versos bíblicos.»  
*Seamos amigos*, añadió sonriendo.

Tiró del cordón de una campanilla. La hermosa mujer que me habia introducido, apareció en el umbral de la puerta del gabinete. Habíase mudado el traje, y me pareció mas deslumbrante pero no tan graciosa como pocos momentos antes.

«¿Qué quieres, amigo mío? preguntó á Talma. Mas deduciendo de las lágrimas que todavía humedecian sus ojos, la profunda emoción que agitaba su pecho, continuó, dando á su voz un acento insinuante: «Muy sentimental debe ser la tragedia de este caballero, cuando así te hizo llorar?»



«—Sí, sí, murmuró; pero no es la tragedia la que me ha llenado los ojos de lágrimas; es lo que me ha dicho este jóven. Manda que nos sirvan el almuerzo en este gabinete y sobre este velador. El señor hará penitencia con huevos frescos, manteca y chocolate. Así hablaremos con mas familiaridad hasta la hora de ponerme en camino.»

«—Se hará como tú deseas, respondió; Adios, voy á salir y volveré al medio dia. Dió la mano á Talma, me saludó con una lijera inclinacion de cabeza, y abandonó el gabinete despues de dirigirme una mirada de curiosidad y benevolencia.

## VIII.

Sirviéronnos el almuerzo sobre el velador; y mientras satisfaciamos frugal y lentamente nuestro apetito, Talma me decía: «La naturaleza os »ha otorgado el sentimiento de la armonía y el »don de hacer buenos versos; hareis cuanto querais hacer. Pero si quereis escribir para el teatro, venid á verme con frecuencia á Brunoy; »versificaremos á la moderna; paseándonos por »mis jardines. Me sobra el tiempo y lo ocupo gustosísimo con mis amigos, en cuyo número quisiera contaros. Tendré una inmensa satisfaccion »en que vuestro porvenir empiece en mi casa de

»campo. No temais causarme molestia, venid con  
»frecuencia y á todas horas. Soy apasionado por  
»la naturaleza y en ninguna parte me encuentro  
»tan á gusto, como en mi posesion campestre.»

Luego volviendo á la conversacion sobre mi  
trajedia me dijo: «Si estuviésemos en el siglo de  
«Luis XIV, durante el cual la trajedia francesa  
«hija de la griega y de la latina, era solo una  
«sublime conversacion, un diálogo en accion sos-  
«tenido por muertos sobre la escena, no vacila-  
«ria en representar la vuestra mañana mismo  
«y aseguraros un grande éxito en el teatro; pero  
«entre Corneille, Racine y el siglo actual, ha  
«nacido otro género de trajedia, debido al génio  
«de un hombre anterior á ellos, llamado Shaks-  
«peare; (¿conoceis á Shakspeare?) Pues bien! este  
«Shakspeare ha hecho una revolucion en la  
«escena. Corneille es el heroismo; Racine es la  
«poesía, Shakspeare es el drama. A él es á quien  
«debo lo que soy. Si deseais formalmente ser un  
«gran poeta escénico, llegareis á serlo; pero os  
«aconsejo no escribir trajedias, y escribir dra-  
«mas; olvidad el arte francés, griego y latino, y  
«tomad la naturaleza por modelo. Ella ha sido  
«mi maestra, y á ella debo mi reputacion.»

## IX.

Un violento campanillazo que conmovió la

habitacion interrumpió á Talma. Abrióse la puerta con estrépito dando paso á una muger que entró familiarmente, pero como un huracan, sin hacerse anunciar. La reciénvenida era alta, flaca, pálida y muy fea; empero su fisonomía no carecia de expresion y de sensibilidad. Arrojó con un jesto de disgusto su raído sombrero de seda oscura sobre un mueble, y dejó descubierto su largo cabello negro, peinado en forma de diadema sobre su frente.

«Hola! ¿eres tú, Duchesnois?» dijo Talma, ahuecando la voz. «Debiera haberlo adivinado «por tu manera de echar á vuelo la campanilla; «entras siempre como la tempestad, y sales frecuentemente como la lluvia,» añadió sonriendo y haciendo alusion al contínuo lloriqueo de aquella actriz en la escena.

«—Ah! es que estoy sublevada, indignada y furiosa,» contestó la Duchesnois, tomando una silla y sentándose entre Talma y yo.

Y luego contó á Talma, con la mas turbulenta volubilidad, no recuerdo qué quejas teatrales que tenia contra un gentil-hombre de la Cámara encargada de la disciplina del Teatro-Francés, y contra los Borbones que autorizaban semejantes humillaciones é iniquidades. «Esto no puede durar, y no durará,» esclamaba sin cuidarse de mí y sin considerar que yo podia ser uno de esos realistas contra los cuales lanzaba un torrente de amenazas y maldiciones. «No, esto no puede durar! Costará sangre; mas no importa: es ne-



cesario que nos los quiten de encima, cueste lo que cueste, aunque sea sangre!»

«—Ah! Duchesnois, interrumpió Talma con «acento de noble moderacion; no te paras en lo «que dices. Conozco tu corazon, y sé que vale «mas que tu génio arrebatado. Todo lo que cues- «ta sangre cuesta demasiado caro. Cállate! Ade- «más, dijo, señalándome con un dedo, ¿sabes si- «quiera delante de quién estás hablando, y si «no lastimas las opiniones y el corazon de este «jóven, que ha sido educado por su familia en el «culto de los Borbones?»

En efecto; manteníame mudo en consideracion al lugar en que me hallaba; pero el rojo de la vergüenza coloreaba mis mejillas al oir maldecir aquello cuyo respeto y defensa era un deber para mí.

La Duchesnois me miró, y su buen natural se sobrepuso al fuego fátuo de su cólera.

«—Ah! caballero, me dijo, os pido perdon por «haberos afligido: dad al olvido mis palabras. «Cierto es que no quiero á los Borbones, pero «tampoco deseo la muerte á nadie. Es que, á la «verdad, como yo tambien soy reina, no puedo «sufrir las humillaciones que con harta frecuen- «cia nos hacen sufrir.»

Esto dicho salió del gabinete no menos impetuosamente que habia entrado.

Reanudamos Talma y yo nuestra interrumpida conversacion que se prolongó durante toda la mañana. Salí de su casa profundamente agra-



decido á las nobles atenciones que habia tenido conmigo, ofreciéndole visitarle con frecuencia en Brunoy. Cumplí mi palabra; pero renuncié á mis proyectos de representaciones teatrales. Poco tiempo despues hice un viaje á los Alpes, y en aquellos sitios recibí nuevas impresiones que me inspiraron nuevos pensamientos.

## X.

Un año despues regresé á París. Visité á Talma, y esta vez él mismo me aconsejó que escribiese para el teatro; cosa en que no pensaba ya habiendo dado otra direccion á mis ambiciones. Aspiraba á entrar en la diplomacia. Leiánse ya en París mis versos elejiacos, filosóficos ó religiosos; mi nombre empezaba á hacer un poco de ruido, y ya no queria yo renunciar, por una ovacion escénica, á la carrera política, que se adaptaba, mucho mas de lo que vulgarmente se cree, á mis instintos naturales. Preferia, como prefiero todavía, el pensamiento realizado en accion, á los sueños que flotan sobre las páginas de un libro. Es seguro que bajaré al sepulcro sin haber ido comprendido en este particular. La preocupacion de mi siglo será mas fuerte que yo; me ha señalado un lugar en el mundo de los poetas. Es un hermoso destierro, pero no es este mi lugar. ¡Como ha de ser, me resigno y di-

go como Galileo: *E pur si muove!*

Pero volvamos á *Atalía*.

Talma me dijo que se iba á poner en escena con un gran aparato digno de los teatros antiguos, y que estudiaba el papel del gran sacerdote.

«—Es maravillosamente bello, exclamaba pasándose la mano por la frente; pero no es menos maravillosamente difícil. Si me muestro demasiado profeta en la diccion, seré el sacerdote fanático y aminoraré el interés que debe inspirar el niño Joas, pupilo del templo y del pontificado. Si me manifiesto demasiado político en la fisonomía y en el jesto, quito á este papel el carácter de inspiracion y de intervencion divina que constituye la grandeza y santidad de esta tragedia. Veamos, añadió, ¿qué os parece esta entonacion?»

Y á seguida, vestido como estaba con bata y babuchas, declamó unos cuarenta versos del papel del gran sacerdote, con un acento que hubiera hecho estremecer el templo de Jerusalem.

«—Eso es, eso es, le dije, Racine os esperaba para ser intérprete segun su espíritu. Cada obra maestra escénica necesita una obra maestra de la naturaleza para personificarse á los ojos y á los oídos de un siglo. Habeis sido *Tácito* en *Británico*, sereis la *Biblia* en *Atalía*.»

Ofrecióme su palco para asistir á la representacion. La Europa entera me hubiera envidiado tan señalado favor, á mí, pobre jóven oscuro.

y desconocido. Acepté agradecido el ofrecimiento, mas no hice uso de él. El punto de vista lateral de un palco de actor, no favorece la ilusión del conjunto. La amistad de una dama ilustre y piadosa me proporcionó un asiento mas central en un palco primero, casi al lado del anteatro decorado para la familia real.

## XI.

Los Borbones despues de un largo destierro acababan de entrar en Francia por la brecha que abrieron nuestros desastres militares. No la habian abierto ellos; por el contrario, venian á cerrarla ó á repararla; pero el espíritu de un pueblo vencido y humillado es injusto con aquellos que emprenden la ruda tarea de levantarlo de sus ruinas. Atribuye sin razon sus desgracias al gobierno que primero toma sobre sus hombros peso tan abrumador. No hay que esperar justicia en una nacion que ha estado diez años ébria de gloria, y que, por la inconstancia de las cosas humanas, acaba de caer abrumada bajo el peso de las derrotas y de las humillaciones.

Este era, á la sazón, el estado de la Francia. Su sola salvacion eran los Borbones, pero esta salvación la recordaba su miserable estado, y los aceptaba con repugnancia, como el enfermo acepta las medicinas.



Los Borbones se esplicaban perfectamente aquella impopularidad de rechazo que los hacia responsable de los desastres de Moscou y de Waterloo, del 20 de Marzo, y de las dos invasiones del extranjero. No pudiendo dar á su pátria un segundo Bonaparte para ilustrar sus ejércitos aniquilados por cien victorias, ó para destruir en toda Europa los tronos lejítimos que acababan de ser restablecidos, quisieron oponer el prestigio de la paz al prestigio que irradiaba de Morango, de Austerlitz y de Santa Elena. Érales indispensable trasformar, á despecho suyo, aquel pueblo militar en un pueblo civil. La libertad parlamentaria que ennoblece la obediencia, las industrias que honran y multiplican el trabajo, la igualdad, las artes, las letras y la religion eran su solo medio de gobierno. Érales necesario asociar su nombre á todos aquellos beneficios, á todas aquellas glorias pacíficas que unen los pueblos á sus príncipes por los lazos del bienestar, y que les hacen olvidar en la tranquilidad de un reinado pacífico la deslumbrante dictadura de los héroes.

## XII.

Luis XVIII, príncipe infinitamente mas ilustrado y filósofo de lo que se le supone, conocia muy á fondo esta verdad. Convencido de que la



restauracion de su dinastía solo podia naturalizarse por la libertad de las discusiones parlamentarias y por el concurso electivo de la misma nacion á su gobierno, libró la consolidacion de su trono en la constitucion que dió al pueblo.

Mas no solo queria consolidar su trono, sino tambien devolverle su antiguo prestigio. Desde Francisco I el amor á las letras era uno de los caracteres de la Francia. Las letras brillaban en la diadema de sus reyes como una de sus piedras mas preciosas. Era el pueblo francés, despues de los griegos de la antigüedad y de los italianos del renacimiento, el más literato entre todos los pueblos. Richelieu le habia dado la Academia, la religion le habia dado el púlpito, Luis XIV, su corte de poetas, de oradores y de moralistas. El reinado de Luis XV, le habia dado á Montesquieu, Voltaire, Buffon, J. J. Rousseau, la Enciclopedia y la filosofía del décimo octavo siglo repleta del génio de las letras. El reinado de Luis XVI, le habia dado la política literata y oratoria en aquella muchedumbre de escritores de los cuales Mirabeau habia sido el último eco, y le dió, en fin, la revolucion, que en el fondo fué la explosion de las letras francesas. El nombre de los reyes de nuestras dinastías y la gloria de las letras encuéntranse confundidos en todas partes en una inseparable solidaridad de rayos luminosos. Los reyes formaban un cuerpo con los poetas y los poetas formaban una aureola con los reyes.

## XIII.

Luis XVIII, á fuer de príncipe hábil y entendido queria recordar á su pueblo aquella grandeza nacional de su casa. Racine, segun decia, formaba parte de la dinastía de Luis XIV; luego popularizando á Racine, era consiguiente que reconquistaria en su propio beneficio la popularidad de sus antecesores. Buscó entre las obras del gran poeta aquella en la cual su génio, la magestad de la monarquía y la santidad de la religion nacional estuvieron mejor agrupadas, para restituir á estas tres instituciones, la religion, la monarquía de los Borbones y las letras, el prestigio con que queria deslumbrar á la Francia, para atraerla por medio de un legítimo orgullo nacional á su pasado monárquico. Buscó y encontró *Atalia*. En su consecuencia, dió orden á sus ministros y á sus gentiles-hombres de cámara, de preparar una representacion mirífica y política de *Atalia*.

Eligióse el teatro de la Ópera por ser la escena de los prodigios. Este inmenso y monumental teatro existía entonces en la calle de Richelieu, en el mismo sitio en que una fuente funeraria lava eternamente las manchas de la sangre del infortunado duque de Berry, asesinado en el vestibulo de aquel teatro muy pocos meses despues de esta fiesta.

Todos los grandes artistas de Francia, músicos, escenógrafos, pintores, coristas, bailarines y bailarinas, actores y actrices, fueron invitados por el gobierno para contribuir bajo la poética direccion de Talma, al esplendor, dignidad y delicias de aquella representacion. Era el apoteosis del siglo de Luis XIV, bajo el apoteosis de Racine. La Francia toda se preparó y se apresuró á asistir á él dignamente.

## XIV.

Estuve allí. Una familia no menos ilustre por el génio que por el nacimiento me habia considerado digno de contemplar aquel espectáculo, para estimularme á conquistar una gloria semejante, que presentía benévolamente habia yo de alcanzar algun dia. Entré en la sala como hubiera entrado en un siglo radiante de luz entre todos los siglos para manifestarse deslumbrante en medio de la noche de los tiempos. La luz que á torrentes brotaba de las arañas, de las lámparas y de los candelabros, y retrocedia despedida por los diamantes que inundaban á las damas de la corte, me deslumbró dejándome un momento ciego. El telon no se habia alzado todavía y todas las localidades estaban ocupadas. En el pátio los espectadores se agitaban como las olas del mar, las galerías se movian y en



los palcos se agrupaban las cabezas y las flores formando magníficos ramos de brillantes colores.

La familia real ocupaba, frente al escenario, un anfiteatro que á manera de promontorio deslumbrante avanzaba sobre aquel animado Océano. Todas las miradas se fijaron en el rey cuyo peinado y traje le daban el aspecto de la aparicion póstuma de otra edad; el conde de Artois, su hermano, protector del abate Delille, poeta laureado del destierro; el duque de Angulema, el duque de Berry, sus hijos y la hija de Luis XVI, princesa mas trágica por sus desventuras que la tragedia que se iba á representar. Sinfonías melancólicas y lejanas como el eco de los cánticos del templo, brotando por todos los poros del edificio, llenaban el espacio con un zumbido armonioso que predisponía el alma á misteriosas sensaciones. De improviso se alzó el telon cual si un soplo de la inspiracion hubiese rasgado el velo del templo.

## XV.

El templo apareció iluminado por la dorada luz con que mas adelante le ví bañado sobre la montaña cuyo precipicio es el *valle de las Lamentaciones*. Es sabido que el templo no era solamente la casa del Dios Jehová, sino tambien la



morada de una innumerable muchedumbre de levitas, sacerdotes, pontífices y profetas que habitaban con sus familias consagradas, las inmensas dependencias, pórticos, pátilos, jardines y seminarios que le rodeaban. Aquellos pátilos, jardines, pórticos y galerías de arquitectura hebráico-persana semejante al sepulcro de Absalon erigido en el valle de Josafá, habían sido fantásticamente imitados ó inventados por el artificio de los escenógrafos. Las miradas estraviadas por la ilusión, trasportaban el alma en medio de las pompas religiosas de Sion.

El silencio mas profundo reinaba entre los espectadores: cada uno permanecía abstraído á la expectativa de un drama imponente que no podia tardar en desarrollarse. Preguntábanse á sí mismos, qué voz osaria levantarse sobre aquella escena semejante en grandeza á la antigüedad del espectáculo. Preguntábanse sobre todo, cual seria la lengua bastante magestuosa, bastante grave, profética, divina para proferir palabras francesas bajo los pórticos de David, Isaías, Jehová. Preocupábanse de antemano con la disonancia que se iba á oír; temíase el primer acento, el primer verso salido de los lábios de los actores; ya nadie se acordaba que Racine habia hallado un dia, para escribir *Atalia*, la voz tonante de Isaías, las lágrimas de David, las iluminaciones del Sinaí.

Al fin Talma apareció; mas no era Talma; era el sacerdote hebráico personificado en aquel

rey de los sacrificios; el gefe civil é inspirado de una teocracia soberana, que reinaba, como en Egipto, por medio de los reyes á quienes imponia los mandatos de Dios. Su traje y su fisonomía lo habian trasfigurado en profeta. Los pensamientos se petrificaban completamente en los rasgos de la fisonomía de Talma. Su rostro se convertía cuando queria, en su mismo pensamiento.

Mostróse acompañado de un guerrero hebreo, Abner, representado por Lafon, rival de Talma en la escena; Lafon con su frente noble, su mirada centelleante, gesto heróico y acento marcial, era adecuado para hacer los papeles de héroe. Lafon era el arte, Talma la naturaleza. Amábasele con justicia por lo excelente de su corazón. Este fué quien hablando del alma y vertiendo lágrimas sinceras sobre el féretro de su rival Talma, hizo llorar á cien mil espectadores que los discursos académicos de los poetas y oradores no habian alcanzado á conmover.

## XVI.

El actor que representaba á Abner, dejó oír su voz despues de hablar contemplando con una tenaz y triste mirada la soledad del templo.

• • • • •

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Desde este instante hasta que el eco repitió la última palabra de cuarto y último acto de esta inmortal tragedia, la vida y la respiracion de los espectadores parecian estar en suspenso en presencia de la grandeza de la escena, de la magestad del pontificado, y oyendo sin perder una sílaba, ni un sonido, la voz, la pronunciacion de Talma que reunia en su acento todos los ecos subterráneos ó celestes del templo. La presencia del rey y de los príncipes de esta nueva casa de Juda que restauraba en Francia la religion y la poesía de Luis XIV, añadia á la profunda é in traducible emocion que hacia estremecer las almas, algo de tierno, de antiguo y de milagroso.

Despues de caido el telon, Dios permaneció durante mucho tiempo presente en su omnipotencia, en su providencia, en su bondad y en su venganza en el alma de los espectadores edificados por el poeta sagrado, y trasportados desde un teatro profano al santuario de la divinidad. Los aplausos sucedieron lentamente al religioso silencio del corazon, y se repartieron por partes iguales entre la Biblia, Racine y el grande intérprete que acababa de prestarles su voz.

A partir de este dia, la grandeza de Talma, llegada á su mayor altura, permaneció estacionaria como un astro en su apojeio.



La muerte le sorprendió antes de su declinacion.

## XVII.

La suerte de Racine fué la de todos los hombres mas grandes que su siglo, por su génio.

¿Habrá quien crea que el inocente idilio *Ester* fué preferido á la mas augusta de las tragedias santas; y que despues de dos representaciones en Versalles, en presencia de Luis XIV y de su córte, *Atalia* permaneciese sepultada en el olvido durante sesenta años? El poeta que habia condensado en esta obra toda su fé religiosa, toda su adhesion al rey, todo su génio dramático y todos sus esplendores líricos se vió abrumado por el desden de la córte, por las burlas de la crítica y con la indiferencia del rey. Racine no protestó; ¿para qué? renunció para siempre á los versos; justa venganza de una época suficientemente corrompida por la hinchazon del génio de la lengua española para no comprender el génio bíblico. El poeta arrojó su pluma.

Pero al dejar de ser poeta, desgraciadamente se mantuvo cortesano. No ya muy bien quisto del rey para quien las lecciones del gran sacerdote contenian algunas ilusiones irreverentes á su real divinidad, insistió más y más en gran-



gearse el favor de Mme. de Maintenon. Quiso formarse con su proteccion un escudo contra dos suposiciones que le hacian sospechoso á Luis XIV: la primera, que habia usado la sátira en la palabra de Dios, por medio de los discursos del gran sacerdote en *Atalia*, y la segunda, que se le acusaba de secreta adhesion á los jansenistas de Port-Royal, nido de herejías, como se les llamaba en la corte. Sus más hermosos cantos solo se encaminaban, á los ojos del rey, hácia el error ó hácia la libertad del espíritu.

Racine no tuvo acierto en la eleccion del escudo; Mme. de Maintenon no protegía á sus amigos desde el momento que comprendia que su crédito podia verse comprometido por sus amistades; testigos Fenelon y Mme. Guyon. Su amistad era agradable, pero peligrosa; todo aquel que confiaba en ella recibia mas tarde ó mas temprano un cruel desengaño; el mismo rey enfermo de gravedad sufrió los rigores de la ley comun. Cuando le vió próximo á espirar le abandonó para consagrarse á Dios.

### XVIII.

Se ha puesto en duda que la causa de la muerte prematura de Racine fuese la ingratitud de Mme. de Maintenon. Sin embargo, su propio hijo, el segundo Racine, lo afirma en términos que es forzoso creerlo.

Racine sucumbió víctima de una desgracia mortal para todo cortesano; de la falsa amistad de una mujer natural é instintivamente ingrata, y de una obra maestra de versificación que no fué comprendida en su época. Los tiempos todos son culpables de semejantes crímenes á los ojos de la posteridad. Antes de ser glorificado es necesario ser supliciado; esta es la ley de los grandes hombres.

## XIX.

Racine está todo entero en *Atalia*. Vivirá eternamente en esta obra que coloca á su autor no solo en la línea de los poetas sino en la de los profetas bíblicos; creo que no hay comparación posible entre *Atalia* y ninguno de los dramas antiguos ó modernos de ningún teatro profano. Sófocles, Eurípides, Séneca Goethe, Schiller, el mismo Shakespeare ceden la supremacía á esta obra: ¿por qué? porque sus tragedias solo son obras de arte y la de Racine es una inspiración de la fé. Ellos son poetas profanos, Racine en esta tragedia es un poeta sagrado.

Y nótese, que la perfección del arte es igual en ella á la inspiración divina.

Como concepción, el drama es sencillo á manera de la historia, grande como el imperio que se disputa en él, y que Dios traslada de una

á otra rama de la casa de David, á fin de que de esta rama brote un día fruto de salud para su pueblo.

Desu interés, solo diremos que el poeta no busca en él el que despiertan esas vanas curiosidades sobrecitadas por aventuras laboriosamente combinadas, y por peripecias fantásticas: colócalo por entero en lo que la naturaleza ha producido mas interesante y mas patético para el corazón de las madres; en la inocencia, en el candor y en los peligros que amenazan á un niño á quien el destino hace oscilar entre el trono y la muerte.

Dícese que en ella no se encuentra el amor, cierto; pero ¿quién duda que si la situación hubiese admitido un amor profano, aquel que supo hacer hablar á *Fedra* y *Berenice*, no hubiera sabido cantarnos un amor hebreo en la lengua de Salomón?

La virtud de este drama consiste en no ocuparse del amor; esta pasión hubiera estado fuera de su lugar en el templo; en él solo queremos ver y oír las grandes pasiones divinas. La sombra visible de Jehová hubiera hecho palidecer todas las demás. El amor en este lugar hubiera sido una puerilidad, una profanación. Empero ¿de qué manera las pasiones divinas hallan en él un lenguaje superior á la muelle languidez de las pasiones de los sentidos! El amor maternal retratado en Josabet, el valor en Abner, el heroísmo en el gran sacerdote, el odio en



Atalía, la ambicion en Matan, la inocencia y la fé en Eliacin, la piedad en los coros, ¡Dios, en fin, en las profecías! ¿Qué lugar quedaba para una pasion secundaria en medio de aquellas pasiones sobrehumanas? ¿Qué serian los suspiros al lado de estos estallidos del rayo?

En cuanto al lenguaje ya no es el francés, ni el griego, ni el latin como en todas las piezas profanas y clásicas, es el hebreo trasfigurado en un idioma que solo fué hablado por Jehová sus profetas y su pueblo entre los truenos y los relámpagos del Sinaí. Las palabras fulguran, los acentos aterran, las estrofas embelesan, los versos alientan; las mismas rimas, sus consonancias penosas, laboriosas y generalmente pueriles y rebuscadas, aqui oran y cantan. Aplícanse sin esfuerzo, y por sí mismas, á los versos como las plumas se adaptan á la flecha para dirigirla mas recta, mas alta hácia el cielo, para hacerlas penetrar mas profundamente en el oido y en el corazon. Leyendo *Atalía*, es imposible fijarse solamente en la rima ó en la versificacion. El estilo no es ni prosa, ni verso, ni recitado, ni melodía; es el pensamiento fundido en el fuego del santuario simultáneamente con la forma; es el metal de Corinto de la lengua moderna. A este francés no se le conoce origen ni tendrá fin. Procede del cielo y es digno de que se le hable allí.



## XX.

En estos últimos años se ha intentado rebajar mucho la talla de Racine y preferirle Shakespeare y sus imitadores alemanes y franceses. Muy luego hablaremos de Shakespeare y lo haremos con la sublime admiración que se experimenta estudiando al gigante del drama moderno. Él es la grandeza, pero Racine es la belleza. ¿Puede nunca compararse el conjunto, por sorprendente que sea, con la perfección? Creemos que Shakespeare ase al hombre con su mano poderosa y le obliga á sondear con la mirada los abismos unas veces sublimes y otras vertiginosos del corazón humano. Racine le coje entre las suyas santificadas por la piedad y le hace levantar los ojos hácia las regiones serenas del firmamento, morada de la divinidad. El uno mira hácia abajo, el otro hácia arriba; pero abajo están las tinieblas, y arriba la luz, hija del esplendor del Eterno.

He aquí la diferencia que existe entre estos dos hombres; el uno escita las pasiones, el otro edifica y diviniza; uno es terrible, el otro bello. Recordad, pues, la definición que hemos admitido en el comienzo de estas conferencias: *La poesía es la emoción por lo bello.*

Esto es lo que nos distingue y distingue á la Francia de aquellos que ayer se llamaban ro-

*mánticos*, y que hoy se denominan *realistas*; dos herejías llenas de talento estraviado, pero que, si vuelven al camino de la verdad haran prosperar en él el culto de las letras. Estos heresiarcas solo aspiran á la *emocion*, olvidando que la *emocion por lo feo*, se llama simplemente *horror*. Nosotros queremos la *emocion por lo bello*. He aqui por que Shakespeare es su ídolo, y Racine nos enorgullece.

Cuando solo busquemos una emocion nos bastará dirigirnos al pié del patíbulo para ver caer la cabeza de un supliciado bajo la cuchilla que se desliza y mata; pero cuando queramos sentir la emocion por lo bello, asistiremos á una representacion de *Atalía*, escrita por Racine é interpretada por Talma ó por la Rachel.

Añadámos que en *Atalía* no solo lo bello conmueve el espíritu sino que tambien lo divino penetra el corazon. Así es que Racine, para quien *Atalía* fué un acto de fe, no solo ha alcanzado el ideal de la belleza ese éxtasis de la inteligencia, sino que tambien la santidad, éxtasis del alma.

Glorifiquémonos, pues, para siempre de ser hijos del suelo donde nació Racine, y de hablar la lengua en que se pudo escribir *Atalía*:

---

## XIII CONFERENCIA.

---

BOILEAU.

### I.

Retrocedamos un momento hácia el siglo literario de Luis XIV. Esto mismo nos acontecerá con frecuencia al hablar de Corneille, Moliere, La Fontaine, Bossuet, Fenelon, Pascal, Madame de Sevigné, que sobrevivirán eternamente á su siglo muerto.

Nos ocuparemos hoy de Boileau, que es por sí solo un proceso literario. ¿Fué el Tarquino de nuestra literatura, que segó con la hoz de sus sátiras todos los tallos que brotaban del espíritu francés, amenazando sobrepujar todas sus simplezas? ¿Ha perjudicado á nuestro desarrollo como nacion intelectual, ó ha sabido dirigir nuestra sávia perdida y superabundante hácia la conformacion duradera de la lengua y del pensamiento,

sujetando esta sávia y conteniéndola en las eternas reglas del buen sentido y del buen gusto, primeras necesidades y cualidades nativas del génio francés?

Este es el proceso, tantas veces controvertido en nuestros días con la parcialidad y la pasión que caracterizan todas las contiendas del espíritu, que vamos á tratar de juzgar nosotros también, estudiando detenidamente y haciendo lo mismo este hombre escollo, que se llamó Boileau.

## II.

Consignemos desde luego una verdad amarga en la apariencia, pero en realidad halagüeña para nuestro país. El primer deber y el primer derecho de un hombre que escribe sobre la literatura universal del género humano, es de ser el mismo universal, y elevarse por encima del amor propio, de las preocupaciones, y del fanatismo nacional de su patria y de su época, para juzgar á los hombres por sus obras y no por sus pretensiones. La república de las letras no tiene fronteras ni bandera. Todo lo bueno y bello que se piensa ó se escribe en Roma, Ispahan, Jerusalem, San Petersburgo, Viena, Lóndres, Madrid, Calcuta ó Pekin engrandece la humanidad que discurre en Paris. No hay derechos de fisco para el pensamiento; el génio es del dominio comun. A semejanza del aire, salva, sin conocerlos todos los límites geo-



gráficos positivos de los pueblos, para dar vida á todo lo que en él se inspira.

Pobre crítico seria aquel que se declarase exclusivamente nacional, y que detuviese las obras maestras de la inteligencia extranjera en las estrechas aduanas del pensamiento, exigiéndoles el testimonio de su origen. Demasiados críticos de esta especie hemos tenido en Francia y en otros países. Ellos son los que han esterilizado las letras poniendo cuantas trabas pudieron á la union conyugal entre los génios de diferentes climas, que hubiesen multiplicado sus frutos encontrándose y uniéndose. Toda fecundidad se opera por la union, así en la naturaleza moral como en la naturaleza física. Existen en el espíritu humano, como en los vegetales, pensamientos masculinos y pensamientos hembras. Esos hombres de exclusion se parecen á los Arabes de las fronteras de Persia que ponen velas delante de las palmeras macho de sus tribus, en la estacion en que florecen para impedir que el viento del desierto lleve la semilla á las palmeras hembras de las tribus vecinas. Matan el fruto y producen escasez en perjuicio de todos. Pero el viento acaba siempre por triunfar de los errores del hombre y lleva la fecundidad por todas partes.

No pertenecemos, ciertamente á esa clase de hombres envidiosos de la gloria y del alimento intelectual de otros pueblos. Gústanos dar á todas las razas que piensan lo que les pertenece, y á Dios lo que es de Dios.

## III.

Esto sentado, y dando punto á las precauciones oratorias, vamos por nuestra propia cuenta y riesgo á expresar francamente y en pocas palabras, nuestro pensamiento, acerca de las aptitudes naturales de Francia, comparadas á las aptitudes de las naciones antiguas y modernas con las cuales nuestra literatura nacional puede rivalizar. Cada nacion ha recibido su parte de la naturaleza.

La India es superior en la teosoffia, disposicion mística admirable y santa que vé claramente la Divinidad en toda la naturaleza, que hace de toda ella un espejo de esta Divinidad, y que contempla extasiada en este espejo el drama divino y humano de la creacion.

La China es superior en la ciencia que atesora y que descubre los primeros hechos; es superior tambien en el criterio que deduce de esta ciencia las pruebas prácticas y utilitarias en todas las cosas, agricultura, moral, legislacion, civilizacion y política. Las grandes invenciones pertenecen á esta raza experimental. Es el pueblo inventivo por excelencia.

La Arabia, comprendidos los hebreos, los persas y casi todo el Oriente de la zona próxima á Europa, es superior en imaginacion: es la raza

de lo maravilloso, la tierra de los sueños, un lecho de adormideras donde se sueña despierto con el mayor encanto y poesía. En ninguna parte se cuentan con mayor elocuencia esas descripciones quiméricas que flotan en la imaginacion como nubes sonrosadas y transparentes bajo un cielo sereno. Todos los narradores de cuentos, esos poetas populares del aduar son árabes ó persas, y todos nuestros cuentos vienen de Bagdad.

La Grecia es superior en el arte, esa lógica del pensamiento, de la imaginacion y del sentimiento. Todo cuanto toca la Grecia, divinidad, filosofía, política, poesía, música, drama, historia, arquitectura, mármoles, piedras, pinceles, se convierte en sus manos en un arte perfecto. Es el lapidario de la especie, todo lo talla, lo pulimenta y lo ajusta en un cuadro acabado. Su literatura compuesta es el estuche de la inteligencia humana.

Roma es superior en política, guerra, elocuencia de accion, constancia en sus empresas y, en una palabra, en carácter; es el pueblo del carácter, que se encuentra hasta en su literatura. Leed á Tácito; es el nervio irritado de un pueblo voluntarioso, libre, humillado pero indómito; es el músculo que taladra las carnes. El carácter de su raza palpita debajo de cada palabra, como en el espasmo del gladiador moribundo.

El Italiano hijo desheredado pero no dejenerado del romano, es superior en el sentimiento de lo bello. Este es su verdadero génio; su vir-



tud el sello que le distingue entre todos los pueblos. Su alma ha recibido mayor porcion que la de otras naciones, de ese tipo eterno é inefable de la *belleza* que es el modelo interior en el cual se moldean los actos y las obras del hombre. Belleza en la forma; ved sinó sus mujeres! Belleza en la arquitectura; ved sus templos y sus palacios! Belleza en la escultura; ved á Miguel-An-gel! Belleza en la pintura; ved á Rafael! Belleza en la música; ved á Rossini! Belleza en la poesía; ved á Dante!...., Acúsenme ahora los libelistas en Italia, de haber calumniado porque he separado, hablando de aquel pueblo, la obra tenebrosa del Teólogo, del génio incomparable del poeta, y por-qué le he llamado el Dios de la poesía, mientras que Voltaire le llamaba el mónstruo de la barbarie! Ved su lengua, si peca por algo es por el esceso de belleza; es demasiado sonora para los lábios del hombre, solo los ángeles ó las mujeres deberian hablarla! Ved su Tasso, su Ariosto y su Petrarca, el Platon del amor femenino! ved, en fin, su Maquiavelo que lleva el sentimiento de lo bello hasta en el crimen de su estilo!

El Aleman es superior en filosofía especulativa y en la construccion casi indiana de su lengua, hecha para dar cuerpo á los sueños ó para elaborar las ideas. El Aleman es un filósofo.

El Español, en literatura, es superior por la elevacion grandiosa del alma y por la nobleza frecuentemente exajerada de su estilo. Esta elevacion del alma es la que dá á su literatura el



carácter místico, ascético, eremístico que se encuentra en Santa Teresa de Jesús y en el pintor Murillo. A esta nobleza exajerada de sentimientos debe ese génio caballeresco llevado hasta el esceso y la caricatura retratado en su *Don Quijote*, ese libro popular que la pluma de Cervantes produjo para divertirle y servirle de leccion. Los vicios de un pueblo y no sus virtudes nacionales es lo que se debe ridiculizar. El español que hoy se trasforma lentamente en un ciudadano, ha sido hasta el dia un caballero y un fraile.

El Portugués, cuya lengua tiene toda la magnificencia del español eximiéndose de sus defectos, es superior en génio aventurero y en audacia; cuántas veces ha entregado toda su fortuna á la merced de las olas del mar! Jamás pueblo alguno, escribió ni realizó tan grandes empresas. Su Camoens es el poeta épico de su historia, de sus descubrimientos y de sus conquistas en la India. Su imperio trasbordado en seis meses de Lisboa á América, dará asunto algun dia á otro Camoens. El Portugués es un caballero aventurero; el aventurero nacional heróico y poético de los tiempos modernos.

Inglaterra, despues de Alemania es en literatura la sola nacion cuyo génio viene del Norte sin haber pasado por Grecia y Roma; tiene la superioridad de la originalidad. Este carácter ha sido un tanto modificado por la *Biblia* en Milton, y por el latinicismo de Horacio en Pope, el Horacio inglés. Pero su verdadero gigante, Sha-

kespeare, ha nacido, como Anteo, de sí mismo y de la Tierra. Impregnó el génio anglo-sajon de una sávia setentrional salvaje y tan poderosa, que ya no puede desprenderse de ella. Las instituciones libres de esta nacion, y sus condiciones necesariamente marítimas, han dado á su génio incontestable el carácter múltiple de sus aptitudes. Siente la necesidad de compensar la estrechez de su territorio con una fuerte é inmensa personalidad. El ciudadano de la Gran-Bretaña es un patriarca en su hogar, un poeta en sus selvas, un orador en la plaza pública, un mercader en su factoría, un héroe á bordo de su barco, y un cosmopolita en sus colonias, pero un cosmopolita que lleva consigo en todos los continentes su indeleble individualidad. No hay nada en las razas antiguas que se le parezca. No puede definirse política y literariamente de otra manera que diciendo: El Inglés es un Inglés.

América no tiene todavía mas superioridad que la de la juventud. Su génio, si es que tiene otro que el que le ha sido dado por la vieja Europa, su madre, se encuentra todavía en el estado de desarrollo. Nadie sabe lo que dará de sí ese pueblo sin ascendientes, establecido sobre un continente sin pasado:

*Prolem sine matre creatam!*

La Francia, forzoso es confesarlo á riesgo de que todas las palmetas de las escuelas castiguen la mano que escribe estas líneas, no ha tenido, hasta ahora entre sus innumerables aptitudes, gran-

deza de imaginacion literaria y poética. La mejor demostracion de esto que aseveramos es, que no tiene un gran poeta épico como Homero, Dante y el Tasso; ni un gran poeta lírico sagrado como David; ni un gran poeta lírico profano y filósofo como Horacio y Píndaro; ni un gran dramaturgo como Esquilo ó Shakespeare. Francia tiene poca imaginacion poética; parece que reserva su entusiasmo mas bien para sus actos que para sus obras.

Parece de la Teosofía contemplativa de la India; del racionalismo obstinado, inventivo y legislador de la China; de la fecundidad fantástica, del instinto de lo maravilloso de la Arabia; del arte delicado, esquisito, universal de la Grecia; de la constancia y austeridad de la antigua Roma; de la gracia y molicie de la Italia moderna; de la filosofía especulativa suspendida entre el cielo y la tierra, de la Alemania; del génio de lo grandioso y caballeresco de España; del entusiasmo por las aventuras épicas de los Portugueses, y de la indeleble originalidad de Inglaterra.

Pero Francia compensa todas estas inferioridades relativas respecto á los demás pueblos, con cualidades de inteligencia, de carácter, y sobre todo de corazon, que le son propias y que la colocan, cuando no encima, al nivel de aquellas grandes individualidades humanas. La falta relativa de aquellas sobresalientes facultades de imaginacion la preservan tambien de los excesos y de los vicios inseparables de aquellas faculta-



des demasiado dominantes en el carácter de ciertas razas. Su génio no tiene aquel poder, mas tampoco tiene sus defectos; nada altera en el francés el equilibrio admirable de las facultades, que constituye la salud del espíritu, de la misma manera que el equilibrio de los humores establece la salud del cuerpo. Este perfecto equilibrio de la imaginacion y de la razon, del entusiasmo y de la prudencia, de la fuerza impulsada y de la fuerza de resistencia, del calor del alma y de la calma del espíritu conserva al génio francés la cualidad de las cualidades, esto es el juicio sin el cual el génio se convierte en una enfermedad oriental.

El juicio le dá lo que se llama el buen gusto en las artes; es decir, el discernimiento esquisito, irreflexivo, pero casi infalible que le permite decir con seguridad: esto es bueno, esto es malo; esto está dentro de la conformidad de las cosas, esto nó. Atraccion ó repugnancia natural del espíritu que le pone á cubierto de las preocupaciones ilójicas y que le permite elegir con acierto los alimentos sanos de la intelijencia, de la misma manera que la repugnancia física del gusto ó del olfato preserva al cuerpo de las sustancias sospechosas ó nocivas. El buen gusto, no es otra cosa que la buena eleccion bautizada con otro nombre: es la mas preciosa facultad del génio nacional, que acaso ningun pueblo entre los antiguos ni entre los modernos ha poseido con tanta infalibilidad y delicadeza como el



francés; y hay mas, es, merced á esta cualidad, en literatura y en ideas, el oráculo de la Europa. El francés es quien prueba intelectualmente todas las producciones de la inteligencia del mundo. Lo que él aprecia es apreciado por todos; lo que él rechaza nadie lo acepta; su juicio tiene la autoridad de un instinto.

Ahora bien; ¿qué es lo que el francés quiere ante todo y sobre todo en las producciones del pensamiento? El buen sentido. La primera cualidad que exige, y con sobrada razon, en toda obra del espíritu ó de las lenguas, es el ajustarse estrictamente á las regla del buen sentido.

Y, ¿qué es eso que llamamos el buen sentido? Es el *medto exacto del espíritu humano en todo el universo y en todos los tiempos*. Esta es la mejor definicion que puedo dar. Encima del buen sentido está el génio, patrimonio de los menos; debajo está la tontería, la demencia, la medianía triste patrimonio de todo aquel que no merece el nombre de hombre en la especie humana. Pero entre el génio y la medianía existe el vasto dominio del buen sentido, la region media de las verdades recibidas, la tierra de los felices y de los prudentes que no se elevan hasta las regiones peligrosas del génio, y que no descienden hasta las regiones bajas y tenebrosas de la medianía; pero que se estiende inmensa y serena entre los dos abismos, y que es la mansion moral habitada por los espíritus buenos. Aquí es donde el génio francés impera por el buen gusto, y

donde se mantiene por medio del talento, moneda del génio para uso de mayor número de inteligencias que lo es el génio por sí mismo.

#### IV.

Y ¿qué es el espíritu? Es la discrecion, el donaire del buen sentido. Tampoco he podido encontrar una frase mas exacta y mas concisa para definirlo. Dedúcese de esta definicion que el espíritu así comprendido no procede solamente de la inteligencia, sino que tambien del carácter. Una inteligencia justa, fina y penetrante, un corazon franco, abierto y amigo de hacer bien, son dos condiciones necesarias para un pueblo ó para un hombre que quiera tener eso que se llama espíritu. El malvado carece de él, porque la maldad carece de discrecion y de donaire. El francés lo posee porque es esencialmente bueno; olvídase en todos tiempos de sí mismo para acudir en auxilio de todo el mundo. Se le acusa de atolondrado, acaso sea fundada la acusacion; pero este defecto es hijo de su entusiasmo, de su magnanimidad escitada por alguna cosa buena ó bella. Enciérrase viento en su alma, pero este viento hincha las velas del mundo hácia todo lo brillante y hermoso que se eleva sobre el horizonte.

¿Qué deduciremos de todo esto? Que si el indio es teosofo, el chino razonador, el romano políti-

co, el español caballeresco, el árabe cuentista, el griego artista, el portugués aventurero heroico, el alemán filósofo, el inglés patriota y el italiano moderno amante de lo bello, el francés es, por excelencia, hombre de espíritu. Hemos dicho que el buen sentido es *el medio del espíritu humano en todo el universo*; hemos dicho que el francés es el hombre de más viva inteligencia entre todos los pueblos; añadimos, pues: la capital del buen sentido está en Francia, el medio del universo está en París.

Hemos creído necesario escribir este corto preámbulo para llegar á la inexplicable influencia que Boileau ejerció sobre las letras francesas. En ningún otro país del mundo hubiera dejado este hombre rastro de su nombre. Para comprenderlo era necesario empezar por definir el espíritu francés contemporáneo.

Boileau no era, ciertamente, un hombre de génio; carecía de las cualidades que forman la naturaleza de los grandes poetas, focos de entusiasmo que se abrasan en su propio fuego. La verdadera poesía es inseparable de la grandeza de alma, de las convulsiones de la pasión, de la elevación en las ideas, del calor que dá testimonio de la vida en las obras del espíritu, como el ca-



lor del corazon manifiesta la vida en el hombre. El corazon del poeta debe latir como el de los héroes, mas fuerte, mas rápido que el de los demás mortales. La poesía es el heroismo del espíritu y del alma. Boileau no poseía ninguna de estas dotes, que arrebatan frecuente y fatalmente en su juventud, á los grandes poetas, pero que los hacen vivir eternamente en su nombre y en sus cantos. Boileau no cantaba, cuchicheaba ingeniosamente y en voz baja.

La naturaleza ó un accidente de la infancia le negó la virilidad que produce las grandes pasiones, las grandes desgracias, las grandes glorias, y por consiguiente el poder de amar que es el tormento y á la vez la fecundidad del alma. Cuando un hombre carece de esas grandes pasiones no hay que confiar mucho en él. La falta de grandes sentimientos le hace el juguete de las pequeñas pasiones de la sociedad; la envidia, el ódio, el amor propio, y algunas veces la ambicion y la intriga. Los que nacen sin fuerza ni vigor son envidiosos; es una ley de la naturaleza; quieren vengar en los seres completos las imperfecciones de su ser; no tienen mas consuelo que deprimir, rebajar todo lo que se levanta á mayor altura que ellos. La falta de un sentido puede destruir toda la armonía del alma; un defecto de organizacion física vicia frecuentemente toda una existencia. Si Boileau no hubiera sido enfermizo no hubiera escrito sátiras, y si lord Byron no hubiese sido cojo, no hubiera dado á la stampa su



*Don Juan*, que es la venganza de un espíritu viciado por el orgullo irritado contra los que andan derechos. La desgracia suele ser ruin y perversa, y esta perversión es la sola que admite disculpa; el corazón comprimido por el enfriamiento pocas veces se dilata para amar á los hombres.

## VI.

Una predisposición natural inclinó, pues, á Boileau á ejercer la sátira.

Y en efecto ¿qué es la sátira? El mal humor del espíritu en los hombres que, como Boileau ú Horacio, se ocupan solo en satirizar las obras; es el mal humor de la virtud en los hombres que, como Juvenal, satirizan las costumbres. Es la expresión burlona ó virulenta de un alma más sensible á los efectos que á las bellezas intelectuales ó morales de la humanidad. El entusiasmo y el amor, estas dos solas y verdaderas Musas divinas, no se rebajan nunca á satirizar al género humano; lloran por él cuando se mancha, y le cantan el *Sursum corda* de la esperanza cuando se desanima ó se deshonorra. Creerian deshonorarse á sí mismas si le pusieran delante el espejo satírico de Boileau ó el espejo trágico de Juvenal para hacerle reir de sus ridiculeces, ó para hacerle estremecerse de sus crímenes.

La sátira procede del hastío ó del odio, pa-

siones indignas de ser espresadas en versos inmortales por los poetas. Hé aquí por qué colocamos, en nuestra opinion personal, este género de literatura en un grado inferior en las obras del espíritu humano. Sin embargo, esceptuamos de este desprecio las grandes y santas indignaciones en verso de *Juvenal*, de *Gilbert*, y de un poeta único en nuestros tiempos, *Barbier*. Este es quien en un *Yambo* intitulado *La Ralea*, igualó en númen á Píndaro y sobrepujó á Juvenal en su cólera; pero númen lírico cuyas imágenes no desdeñaría Fideas, cólera santa cuyos acentos son de bronce como *La imprecacion bíblica*. Estas sátiras no son la espresion del ódio, sino del amor á lo bello y á lo honrado, exagerado hasta la venganza contra lo malo y lo criminal; y aun esta venganza no suplicia á nadie; es anónima como la espada esterminadora blandida por la mano del ángel: no cae sobre las cabezas, sino sobre los vicios.

Las otras sátiras son un sepulcro personal aplicado, como dicen los satíricos, con el látigo de la sátira á los hombres que merecen tal castigo. ¡Pues bien! sea la que se quiera la justicia de este suplicio, no podemos aplaudir ni disculpar á aquellos que se toman el derecho de imponerlo al ridículo ó á los crímenes de su época. Hace pocos años que me dieron á leer en Italia, una de esas obras que estigmatizan en versos terribles el nombre de algunas personas que viven todavia. Como mi fisonomía manifestase la

instintiva repugnancia que me causan semejantes obras, no faltó quien me dijera: «¿En qué pensais? Pues qué, ¿no debe hacerse justicia de tantas iniquidades? No es conveniente que todas esas fortunas mal adquiridas encuentren un Némesis?»—«Sí, contesté; en la sociedad de los hombres no debe faltar un ejecutor á la justicia: debe haber un verdugo, cosa de que no estoy enteramente convencido; pero no se debe ser verdugo.»

El satírico que se ensangrienta es el verdugo de las reputaciones; arroja al osario el nombre descuartizado de sus enemigos literarios ó de sus enemigos políticos. Este no es oficio de inmortales. Son glorias que producen el arrepentimiento; no deben buscarse, ya que no por respeto al enemigo, al menos por respeto de sí mismo.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## VII.

Los modelos que escogió Boileau, los que escitaron su génio esencialmente imitador, fueron, sin disputa, Horacio y Juvenal, los dos satíricos romanos. Empero no debia igualar en este género de literatura, ni la gracia poco maliciosa del



tierno y voluptuoso Horacio, ni la áspera energía de Juvenal. La sátira de Horacio es un juego, la de Juvenal es una tragedia.

El primero sentado á la mesa entre Augusto, á quien adula, y Virgilio á quien ama, ameniza el festín con algunos epigramas decentes, en verso, contra los malos poetas de Roma: otras veces, recostado á la sombra de las verdes encinas de su alquería de Tibur, (hoy reemplazada con una bonita ermita de capuchinos) al dulce rumor de las cascadas del *Anio* en cuyas aguas los esclavos enfrían su vino de *Gades* y de *Cecube*, escribe á algunos amigos de Roma una epístola familiar en la que sus versos saltan ó se deslizan como los chorros de espuma del *Anio* por la pradera. Si una ligera ironía ó un epigrama inofensivo se escapa á pesar suyo de su pluma contra uno de tantos fastidiosos declamadores de malos versos como abundaban en Roma, lo deja correr, rodar como rodaban los cantos en el álveo de la cascada, ó como un copo de espuma flotando sobre la superficie del agua. En ellos no se revela el ódio, sino la confianza y la negligencia de un espíritu bondadoso y alegre.

Boileau no podía haber elegido peor modelo para él que Horacio, el *Hafiz* del Occidente, el *Saint-Evremont* de Roma, el *Voltaire* de la poesía fugitiva; Boileau, el hábil alineador de versos trabajados á la lima y al martillo, el decalcador pacienzudo de las cosas incalcables de la antigüedad, el jansenista de la religión como del es-



tilo, cuyas gracias y cuyos amores eran puros plajios de lijerezas pesadas y de sensualidades penosas, no puede ser considerado como erudito.

## VIII.

En cuanto á Juvenal, este ya es otra cosa. Boileau hubiera podido imitarlo á la perfeccion y aprender de él el sangriento estilo de la sátira política; tenia para ello suficiente acritud en la bilis y bastante hastío de la humanidad; pero la sátira política era fruta prohibida en el reinado de Luis XIV, á menos que el poeta no tuviese dificultad en jugar su cabeza. La sátira política es imposible con la monarquía. Si se escribe contra los enemigos del monarca por adular á este, cométese una cobardía que repugna á todo hombre de talento por mas cortesano que sea. Si se escribe contra quien tiene la espada en la mano, llámese rey ó pueblo, hay en ello peligro de muerte; ofrece uno su cabeza al hacha del licitor ó la sangre de sus venas al suicidio. Recordad Chenier. En el reinado de Luis XIV solo podian escribirse sátiras insípidas é insignificantes contra el mal estado de las calles de Paris, contra un mal cocinero como Mignot, contra un detestable poeta como Chapelain, contra un mal traductor como el abate Cotin; temas harto estrechos para un verdadero génio satírico.

## IX.

¡Qué diferencia entre estas puerilidades y un Juvenal escribiendo en los intervalos de libertad sin freno, entre dos proscripciones ó entre dos tiranías, durante el derrumbamiento de Neron ó durante el interregno de Domiciano!

Si Boileau no tenia el alma ni el espacio suficiente para igualar á Juvenal, se vé al menos en sus hermosos versos sobre este poeta, que sabia hacer vibrar la cuerda de la indignacion con no menos vigor que el satírico Romano.

Juvenal era el *Caton de Utica* de los poetas; Boileau admiraba indudablemente aquella protesta contra el servilismo y la corrupcion de Roma, mas no aspiraba á imitarla. Preferia el papel de adulator decente de otro Augusto y de amigo de otro Mecenas.

Debemos ser justos con él; desde el cardenal de Richelieu no habia en Francia ni Tiberios, ni Sejanos, ni Neronos á quienes supliciar poéticamente; tampoco se daba lugar á esas orgías de estilo, en el cuadro de las costumbres, con las cuales Juvenal ensucia desvergonzadamente sus pájinas; descripciones del vicio, más horribles y deformes que el mismo vicio. Además la castidad del lenguaje introducida felizmente en la historia y en la poesía por una religion mas púdica, ve-

daba á Boileau exhibir la desnudez de las carnes con tanto escándalo del espíritu y de los ojos. El cristianismo las habia cubierto con un velo. Causa asombro el que un pueblo civilizado haya podido sufrir el cinismo del estilo de Juvenal. No eran solamente *hipérboles*, como las llama su imitador, eran las impudicias y las cloacas de la lengua.

No obstante, Juvenal, ya sea en las imprecaciones contra los vicios, ya en las pinturas de las virtudes puras y amorosas que contrastan con los horrores del vicio, era verdaderamente un escritor de primer orden así en la enerjía como en la gracia. Y hay más, encuéntranse en él sensibilidades que seria inútil buscar en la sátira francesa.

. . . . .

. . . . .

## X.

No escribiremos la vida de Boileau. Bástenos saber que nació en un oscuro pátio del Palacio de Justicia, que le arrullaron en la cuna los rumores de los pleitos, y que la escuela de primeras letras fué su sola nodriza.

Además, Boileau, no tuvo vida, puesto que no fué juguete de las pasiones ni acometió aventuras. La vida de los poetas reside en su corazon;

Boileau solo tuvo espíritu. Toda su vida se encierra en su buen sentido que recibió de la naturaleza innato, incorruptible é inflexible. Los estudios sérios, único consuelo de las enfermedades precoces que le aflijieron durante su infancia y juventud, le hicieron aplicar aquel buen sentido á la afición por las letras. Décimo quinto hijo de un escribano cartulario del Parlamento, huérfano desde su niñez de los cuidados y de las afecciones de su madre, operado de mal de piedra á la edad de doce años, alimentado en los colejos, aprendizaje duro y frio que hacen los niños separados de su familia, obligado despues, contrariando sus inclinaciones, á estudiar teología y jurisprudencia cuyas argucias le repugnaban, y dueño, en fin, á la muerte de su laborioso padre, de una corta fortuna que bastaba para la satisfaccion de sus modestos deseos. Sin ambicion, sin intriga, sin calor en el alma, pero buen amigo; entusiasta de todo lo que se llama virtud por provida natural de espíritu y por esa inclinacion honesta que es el buen gusto del alma, enristró contra su siglo la pluma de Caton el Censor, y escribió sátiras para reformar el gusto literario, como en otra situacion hubiese empuñado el hacha de los lictores para corregir las malas costumbres de su pátria.

Solo los libros fué lo que miró en su vida. Desde sus primeros pasos en la carrera literaria levantó contra sí el odio de los malos escritores, pero tambien se granjeó la amistad de los buenos.



Hiciéronle un lugar en la Côte, mas no se entregó á ella; supo honrar en Luis XIV, la autoridad soberana y la majestad del reinado, pero sin adular en el rey otra pasión que la de la gloria. No fué cortesano como Racine, fué ménos complaciente que Bossuet, más puro de toda intriga que Fénélon, más noblemente desinteresado que Corneille, más desprovisto de orgullo y envidia que Molière, y por último, fué un dechado de honradez y honestidad tanto en su vida pública como en su vida privada.

Retirado frecuentemente en su casita de campo en Auteuil, de la que, á ejemplo de Horacio, hacia su *Lucretio*, aun tiempo que cultivaba sus plantas y sus libros, cultivaba la amistad de los hombres más respetables por sus virtudes y más ilustres por su saber que le visitaban con frecuencia y tomaban asiento á su frugal mesa. Envejeció hasta el límite puesto por la naturaleza á las más prolongadas existencias, y murió con la entereza del hombre que está convencido de la nada de las cosas humanas y de la felicidad y grandeza de la otra vida.

Este es Boileau como hombre; veamos lo que fué como escritor.

## XI.

Su mayor mérito consiste en haber sido el

hombre necesario en el momento en que apareció en nuestra escena literaria. La literatura francesa caminaba á la sazón hácia su decadencia desnacionalizándose por obedecer al impulso que la imprimían los serviles imitadores del estilo italiano y del español. Las manos que manejaban la pluma, incluso la de Ronsard, necesitaban rēcios palmetazos. Ronsard era sin duda alguna mil veces más poeta que Boileau; habia en aquel gentil hombre de córte y de espada algo del *Tasso*, de *Petrarca*, de *Ariosto*, y acaso tambien de *Píndaro* y de *Horacio*. Tenia además cierta gracia juvenil y francesa que agradaba, sin duda alguna, pero que amenazaba hacer retroceder nuestra lengua y la literatura á una segunda infancia. Esta segunda infancia que habia de carecer de la inesperienza y del candor de la primera, podia hacer dejenerar el espíritu francés en afectaciones y melindres, y en juegos de ideas y palabras, cosas todas indignas de la lengua de un gran pueblo.

## XII.

Al lado de la escuela de Ronsard, que imperaba en el palacio Rambouillet, y en contraposición con ella, habíase formado una escuela pedantesca, insoportable por su hinchazón, plajiaría inhábil, pero muy soberbia y poderosa, cuyos

dos soles, segun el dicho de Boileau, eran *Padron* y *Chapelain*, escritores apreciables pero faltos de génio: escuela literaria que se habia apoderado por medio de la pretension, del compadrazgo y de la suficiencia de la córte, de los salones, de los estrados y tocadores de las damas, y sobre todo de los favores lucrativos del gobierno.

Esta junta de compadres literarios, omnipotente y como inviolable en la opinion, semejábbase mucho á la escuela dogmática que ha prevalecido, desde hace treinta años, entre nosotros así en política como en literatura, debido mas bien á una voluntad tenaz y disciplinada que á la verdadera superioridad del génio. Los *Padron* y los *Chapelain* obstruian los caminos á los *Corneille*, *Racine*, *Moliere*, *Bossuet* y *Fenelon*, grandezas de la naturaleza eclipsadas ó aplazadas por aquellas grandezas de pega. La literatura francesa, entre sus manos, estaba amenazada de muerte antes de nacer.

Contra esas falsas reputaciones, Boileau abrió una campaña de crítica áspera; pero valiente, que ofrecía no menos riesgo que gloria á un jóven que no tenia mas apoyo que su amor á la verdad. Pero Boileau á fuer de táctico hábil, supo asegurar su posicion, empezando por alejar el amor propio del rey de esta lucha entre los escritores de su reinado, y por pagar pródigamente á Luis XIV el tributo de gloria y vanidad que este príncipe imponia á los génios de su siglo.



## XIII.

Es evidente que á esta táctica casi legítima en un jóven poeta sin proteccion, deben atribuirse los repetidos elogios de Boileau, al que mandaba con igual despotismo las letras y las armas; pues no se vé que en el resto de su vida austera, haya manifestado ninguna propension á adular á los poderosos. Si hay adulacion en sus epístolas á Luis XIV, debido es á que este rey estaba colocado por la bajeza de sus cortesanos, fuera de la ley mortal, y por sus poetas, mas allá de la verdad. El censor de su siglo comenzó su árdua carrera con una epístola al rey.

Las cualidades verdaderamente antiguas del estilo de Boileau, nuevas á fuerza de ser antiguas, aparecieron así desde sus primeros versos. Verdad, claridad, conveniente sobriedad, sentido espiritual y justo en las imágenes naturales y proporcionadas al sentido, armonia en los versos sin molicie, brevedad en la frase poética á fin de vigorizarla, rasgos inesperados que sorprenden, poca vehemencia, pero un paso ligero y firme que camina recto y sin tropezar jamás: en una palabra, cualidades no de un gran poeta, pero sí de quien sabe manejar hábilmente la lengua poética, hé aquí lo que distinguió desde luego á este jóven y dió á sus pocos años la autoridad de la edad madura.



Creyóse que el Horacio latino del arte poética, de las epístolas y de las sátiras, habia tomado de nuevo carne en París para flagelar las letras y divertir á otro Augusto; los que esto creyeron se engañaban. El lirismo y la gracia, el *molle facetum*, faltaba para la semejanza; pero el buen gusto, el espíritu y la lengua, eran iguales y semejantes en los dos poetas. Tenia más analogía con Juvenal; pero el satírico francés no se arrastraba tanto y se elevaba mucho menos que el latino. Era mucho más meritorio el no hacer subir al rostro el rubor de la vergüenza y conservar siempre, aun en sus desbordamientos de fantasía y de hiel, ese pudor de las palabras que es á la delicadeza del buen gusto lo que la decencia de los actos es á la delicadeza del corazon. No enseñaba á los franceses, como su predecesor *Regnier*, las desvergüenzas del latin. Comprendíase que hablaba en una lengua honesta y casta que no admite desvergüenza en el estilo.

## XIV.

La primera sátira que escribió despues de su *Epístola al Rey*, fué una declamacion insustancial, imitacion de Horacio y de Juvenal, y aplicada á las costumbres generales de su época. Muchos de aquellos versos se han convertido en

proverbios; pero los proverbios, que son imágenes en Oriente, solo son máximas en Occidente. Se pueden hacer proverbios entre nosotros sin ser poeta. Boileau, Moliere y Voltaire, los más espirituales escritores y los menos verdaderos poetas tuvieron ese don. La viveza de imaginación basta para hacer un refran; mas para escribir versos, necesitase además de la imaginación, entusiasmo.

*Al gato llamo gato y á Rollet un bribon,*  
no es más que una palabra cruel escrita en verso endecasílabo. La malicia de Boileau que no se avergüenza en esta sátira de atacar á los malos poetas hasta en lo mísero de su fortuna, le hace acreedor á una eterna censura por haber dirigido á la indigencia el siguiente insulto que tambien se hizo proverbial acaso contra su intencion.

*Galopa Golletet, desnudo y cascarriento,*  
*De cocina en cocina buscando su alimento.*

No era así como Juvenal, su maestro, hablaba de la indigencia y de los trabajos del espíritu; hasta en sus más cáuticas invectivas contra las faltas del talento lamenta tristemente las iniquidades de la fortuna. «Es bueno, es legítimo esclama en dos piadosos versos, el ganar el salario de su génio con el trabajo de la inteligencia.» Boileau en aquella sátira era tanto más indisciplinable, cuanto que ya percibia una pension del rey por sus precoces elogios, y que su bienestar poético no era todavía el fruto de su

trabajo, sino el salario de la adulacion.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## XV.

Segun opinion de todos los críticos, levántose en sus epístolas á la altura, no de la discrecion y donaire, pero sí á la perfeccion de sentido y de versificacion de Horacio su modelo. La epístola, especie de carta más ó ménos familiar escrita en verso, permite mas libertad y ductilidad en el estilo. Es un instrumento poético que tiene todas las notas graves ó dulces del órgano. Se puede en él ser familiar sin ser vulgar, é ingenioso sin depravada intencion.

Esceptuando las de Voltaire, no tenemos en lengua francesa ningunas tan perfectas por su estilo templado como las epístolas de Boileau; algunas veces hasta se elevan á lo sublime de la contemplacion ó descripcion, como acontece en la epístola del paso del Rhin por el ejército de Luis XIV, ó como en la epístola vengadora dedicada á Racine, mal apreciado por su siglo y esperado por la posteridad. Son el fruto maduro de sus largos años. La edad le prodigaba, como á Voltaire, lo que no alcanzan las inteligencias de corta vida; esto es, la flexibilidad dócil



y la hábil negligencia prendas estimables del gé-  
nio que reposa.



## XVI.

Su poema intitulado el *Arte poético*, fria y prosáica imitacion de Horacio, con la cual los pedantes rutinarios de los colegios abarrotan la memoria de los niños, es, ciertamente, la más débil de sus obras. Es el esqueleto de la poesía, descarnado, descolorido, falto de vida y de alma, por un profano anatomista de la inspiracion. Desde luego comete una falta quien escribe un poema de esta naturaleza: los versos se han hecho para el canto, muchas veces para el pensamiento, pero nunca para la pedagogía. El prosaismo del *Arte poético* es sin duda alguna lo que mas han disminuido la talla de Boileau en el concepto de nuestro siglo. El cansancio que producen sus preceptos rimados, hace olvidar los admirables versos esparcidos en sus sátiras y epístolas.

Echanse de menos dos grandes cualidades en las obras de Boileau, la constancia y la elevacion. Su vuelo es corto, apenas si se separa de



la tierra, y juguetea en vez de causar verdadera impresion. Es el poeta por escelencia de los espíritus ingeniosos, pero medianos, que no tienen alas y que se mantienen sobre la tierra en lugar de dejarse arrebatarse hacia el cielo ¡MUSA PEDESTRIS! poesía pedestre que no tropieza pero que tampoco devora el espacio. La falta de profundidad fué el defecto capital de Boileau; defecto característico de la literatura francesa hasta Corneille, Racine, Bossuet y sobre todo hasta J. J. Rousseau, defecto que contribuyó al prodigioso y merecido éxito que alcanzó Voltaire, obligado á reír sin miramientos de ningun género hasta para razonar.

## XVII.

A cierta jocosidad, que creemos profana un tanto la poesía, debió Boileau esa grande popularidad que no ha decaído todavía. Nos referimos á su poema heróico-cómico intitulado *Le Lutrin*. Hasta que escribió esta obra habia sido crítico y modelo; crítico siempre espiritual, modelo cumplido algunas veces, pero en aquella obra se mostró verdaderamente poeta, en la acepcion ingeniosa y temperada de la palabra.

Los poetas italianos hasta Ariosto; Tassoni despues de él, en la *Secchia rapita*, pasatiempo

indigesto é indigno de su fama; el poeta inglés Pope, en *la Boucle de cheveux enlevée*, juguete poético admirablemente escrito habian sido los modelos de Boileau en este género bastardo y corrompido. El mismo Boileau autorizándolo con su *Lutrin*, debia servir de disculpa á la Fontaine en sus cuentos, y de ejemplo al poema burlesco y licencioso de Voltaire, *La doncella de Orleans*; Voltaire á su vez debia dárselo á lord Byron para su poema burlesco y satírico, *D. Juan*. De esta manera la profanacion de la poesía por lo *burlesco* debia corromper una dilatada série de poetas, y conducir de exceso en exceso á La Fontaine á la obscenidad, á Voltaire al escándalo, á Gresset á la puerilidad, y á Byron al sacrilegio. No se humilla, no se rebaja impunemente el más preciado don de Dios, la poesía, á triviales ridiculeces. No se bebe el vino de la orjía en el caliz. La corrupcion del género produce necesariamente la del espíritu. Lo burlesco en poesía es el carnaval de una divinidad.

## XVIII.

Estamos muy léjos, sin embargo, de aplicar estas severas censuras á Ariosto, el *Cervantes* poético de la errante caballería. Escribió el *Don Quijote* italiano, pero un Don Quijote heróico y

enamorado, cada una de cuyas aventuras es un delicioso poema. Ariosto lo embellece todo y no profana nada. Da rienda suelta á su imaginacion para que todo lo recorra en los espacios, pero nunca en el fango. Así es que el amor, el heroísmo, y hasta lo patético que llora con la sonrisa en los lábios, le acompañan incesantemente; embriaga con sus imaginaciones, pero jamás entristece con el sacrilegio. Necesita un lugar aparte en la literatura y se coloca entre el cielo y la tierra. Por mucho que estimemos la sábia ejecucion del poema heróico-cómico de Boileau, no haremos á Ariosto la ofensa de compararle su imitador francés.

Conocido es el asunto del *Lutrin*. Es un asunto de sacristía y de colegio. Esto solo se presta á escribir buenos versos desgraciadamente fuera de su lugar. Boileau los prodigó en este juguete. Nunca se parodió en un estilo más nervioso y más épico las bellas narraciones de Homero y de Virgilio; pero al cabo no es más que una parodia.

Si bien no se le puede conceder el título de gran poeta por su estilo en el *Lutrin*, no es posible negarle el de grande artífice en versos.

Ninguna lengua, ni aun la más naturalmente

armoniosa ha llegado por la perfeccion del trabajo de sus más hábiles obreros (los poetas) á producir mejores ó semejantes efectos de música y de imágenes. Lástima causan los que menosprecian semejante artista, porque no tienen ojos ni oídos capaces de comprender la grandeza del arte que reproduce por medio de las sílabas todo cuanto la naturaleza hace experimentar á los sentidos ¡hasta el silencio y el adormecimiento de las sensaciones!

Todo el poema está sembrado de perlas de estilo; pero desgraciadamente cosidas á una tela demasiado delgada. Si Boileau hubiese escrito con la misma perfeccion sobre un asunto sério, religioso ó heróico, hubiera producido una obra inmortal en lugar de un gracioso y fugitivo pasatiempo; en lugar de la sonrisa hubiese hecho brotar el entusiasmo del corazón. Pero es una de esas májicas inspiraciones que descienden en lugar de ascender. La sonrisa procede del espíritu, la emoción del alma. Lo hemos dicho y lo repetimos; Boileau es el espíritu francés por excelencia. La naturaleza le había negado el manantial de las lágrimas.

## XIX.

Boileau adolecía de la lijereza y elegancia demasiado superficial del espíritu galo, pero tam-



bien tenia sus buenas cualidades. Su espíritu era probo y recto, y su corazon honrado y valeroso. La constancia que manifestó en la amistad de Moliere perseguido por los hipócritas de su tiempo, y por la de Racine caido en desgracia del rey, prueban que su alma no se dejaba intimidar por la versatilidad de los partidos ni por los enojos del rey. El *aura popularis* ese viento de tierra que sopla en la vela de los grandes hombres hinchándolas unas veces y otras rasgándola sin piedad, no existió para él. Representó en su época lo más bello que se podia representar, esto es, la posteridad.

Su amistad era tan leal, y su afecto á los hombres distinguidos tan acertado que no se engañó en ninguna de sus profecías. Aseguró una gloria imperecedera á Corneille, Racine, Moliere y Bossuet. La posteridad cumplió todas las promesas que de antemano hiciera á sus ilustres amigos. Nunca habló en sus versos de La Fontaine, por más que este fabulista indolente, fuese una visita asídua á su jardin d'Auteuil, y un convidado voluptuoso á su mesa. Considerábele, se dice, como un niño mimado por el génio, pero tambien como un niño raquíptico que creciendo no pasaria de la estatura de un adolescente para alcanzar la de los verdaderos grandes hombres. Los fanáticos, sobre palabra, de La Fontaine, hacen un cargo á Boileau por haberse olvidado del autor de las Fábulas y de los Cuentos; y nosotros solo vemos en este olvido la

prueba de la esquisita exactitud de su juicio. La Fontaine tenia encantos infantiles de lengua, y rasgos atrevidos y felices de poesía que debian ser durante algun tiempo la alegría de la Francia; pero las gracias infantiles pasa con la juventud, y no sobreviven muchos años á la madurez de los pueblos, la posteridad solo estima al hombre de corazon varonil y de alma fuerte. Boileau no se ha equivocado. El solo error que cometió fué con respecto al Tasso y á la literatura italiana, cuyos vicios le chocaban con razon, pero cuyas obras maestras pasaban casi desapercibidas para él. Dante, el Tasso, Petrarca, Ariosto eran libros mudos para él; no podia juzgar de aquellos grandes monumentos literarios, porque desconocia la lengua en que están escritos.

## XX.

Todo el trabajo literario de Boileau durante su larga vida se encierra en algunos epigramas más correctos que elegantes y en dos ó tres tentativas desgraciadas para remontar el vuelo con sus propias álas hasta la oda heróica. Puede decirse en verdad que cantaba sin lira, quemaba sin fuego y palpitaba sin aliento. Es curioso y casi ridículo el ver como tomaba con un compás las medidas de las álas de Píndaro, para ajus-

tar las suyas facticias á aquel modelo, y hendir el cielo con ayuda de ese pesado mecanismo de entusiasmo clásico, que le dejaba caer al suelo entre los silbidos de sus admiradores atónitos.

Boileau no fué un gran poeta en la acepcion trascendental de la palabra. No se alcanza este título por haber aguzado malignamente algunas lancetas templadas en el epígrama, ó por haber rimado con grande acierto algunas sátiras espirituales contra los malos poetas de su tiempo. No se es gran poeta por haber pulido admirablemente algunas epístolas breves sobre las proezas de un príncipe, ó algunas máximas sanas pero insustanciales de filosofía trasnochada. Ni por haber rimado en versos medianos la prosa didáctica de Horacio, de Longinos ó de Quintiliano acerca del mecanismo del estilo. Ni por haber manejado admirablemente el instrumento todavía imperfecto de la lengua poética francesa, y por haber legado, despues de muerto, esta lengua perfeccionada á sus sucesores. Ni aun por haber escrito en un poema heróico-cómico, como *Le Lutrin*, cinco ó seis páginas iguales en expresion, ya que no en invencion, á cuanto hay de mas perfecto en el jugueteo de Ariosto y de Pope. Con todos estos títulos solo se es un admirable artesano de estilo pero no creador, es decir, poeta. Se puede ser hombre de buen sentido, de buen ingenio, de buen gusto, de talento y uno de los primeros críticos en accion; se puede contribuir á formar buenos poetas como Boileau hizo á Ra-



cine, pero los discípulos aventajan al maestro, y este queda sobre la tierra en tanto que aquellos remontan su vuelo hácia la gloria con las álas que el maestro les dió. Tal fué Boileau como poeta.

Como crítico ejerció dos influencias diversas, la una muy perjudicial á nuestro parecer, y la otra muy saludable al génio especial de su país. Con la primera enfrenó, en cuanto de él dependía; las originalidades, temeridades, audacias y entusiasmos poéticos de la Francia literaria, y la condenó á calcarse servilmente sobre lo antiguo, es decir, á calcar lo vivo sobre lo muerto. Intentó hacer un imposible queriendo rehacer un mundo viejo con uno nuevo. Con esto solo hizo abortar el porvenir de una grande poesía nacional en Francia. Boileau contuvo por espacio de mas de cien años el nacimiento de aquella grande poesía. Esta fué su sinrazon, ó mejor diremos, la sinrazon de su naturaleza: no habia nacido libre y fecundo, sino servil y copista.

Poco tiempo despues de la muerte de Racine falleció Boileau. Y, como si su sepulcro debiera ser, aun despues de su muerte, la piedra de escándalo y de division entre los escritores y entre las escuelas literarias, la disputa eterna sobre la utilidad ó sobre lo funesto de su influencia tuvo principio sobre su tumba y se ha perpetuado hasta nuestros dias.





## XXI.

La Francia era jóven en la carrera de las letras cuando apareció Boileau: podia dejarse arrastrar por los escesos de la juventud y la plétora de sávia, descarrío antipático á su génio nacional, génio verdadero, sensato moderado, lógico y delicado; génio que necesitaba como la juventud, un preceptor severo y frio. Boileau fué este preceptor para su naciente literatura, que estimuló con una mano y con la otra la escamondó para contener la superabundancia de su sávia. Acaso la escamondó demasiado, no lo negamos; pero observad, sin embargo, que no puso obstáculo al nacimiento ni embarazó el desarrollo de Moliere, Corneille, Racine, Bossuet, Fenelon y Pascal, y sobre todo al de Voltaire que nació á su lado, sobre su traza, y el cual, con un espíritu mil veces mas orijinal, mas independiente y mas extenso, fué, no obstante, como lo confiesa glorificándose de ello, su discípulo y su obra en el dominio de la crítica y del buen sentido en el arte de escribir.

Semejantes servicios prestados á la lengua

francesa y al buen gusto, y esto en buenos versos, no podrian ser desatendidos sin cometer una negra ingratitud por la nacion que, como la Francia, blasona de buen sentido, de buen talento y de buen gusto. Boileau ha contribuido inmensamente á conquistarla y á conservarla incontestablemente estas tres modestas pero sólidas superioridades sobre las literaturas de las naciones contemporáneas.

Francia no tenía como Italia un *Dante* gigantesco pero tenebroso, un *Tasso* épico pero enervado, un *Maquiavelo* robusto pero depravado; un *Ariosto* acabado pero frívolo; no tenía como el Portugal un *Camoens* grandioso pero demasiado latino; como Inglaterra un *Milton* bíblico pero monótono. Nó; la Francia tenía, con su inesperienza, aquella universal aptitud que iba á proporcionarla hombres, uno por uno, segun la hora y con arreglo á la necesidad, no la superioridad, pero si la direccion del espíritu en Europa. Es así, que esta direccion que Francia iba á dar en la filosofía, en las ciencias, en la política, en las artes y en el buen gusto en Europa, despues de Luis XIV, la recibió primero de Boileau.

¿Es esto poco? Hombre de reglas y de monarquía en las letras, Boileau se convenció de la necesidad de fundar un gobierno para las letras. Este es uno de los poderes de Francia. No debe admirarse nadie, despues de esto, que en el culto tributado á Boileau haya entrado por algo el pa-

triotismo francés. Él fué uno de los fundadores de la monarquía del buen gusto literario, que desde luego fué francesa, la cual, merced á la unidad del espíritu humano que se constituye más y más en Europa, se hace universal en nuestros dias.

---

---

## XIV CONFERENCIA.

---

### LITERATURA ITALIANA.

---

DANTE.

#### I.

Entre todas las naciones que han cultivado las letras antes y despues del cristianismo, sin esceptuar la Grecia y Roma, la Italia moderna es indudablemente, segun nuestra opinion, el pueblo que mayor y más magnífico contingente de jénio ha traído á la familia humana. Dante, Petrarca, el Tasso, Ariosto, Maquiavelo, Miguel-Angel, Rafael, los Médicis y su córte; tres poemas épicos en tres siglos: una larga letanía de nombres y de obras de segundo órden, y sin embargo imperecederas, dignas de ser grabadas sobre la columna de bronce que debería erigirse á la glo-



ria intelectual de Europa, son el testimonio de esta inmortal fecundia de Italia. *Alma Baren!* El cielo, el mar, las montañas, los rios, la raza, la lengua, las religiones, las grandezas y los reveses del destino, el pasado casi fabuloso, el presente triste, el porvenir dispuesto siempre á renacer, la juventud eterna de la sangre italiana, una nobleza de pueblo-rey en el último labrador de sus llanuras ó en el último pastor de sus montañas, una rivalidad de ciudades como Nápoles, Roma, Florencia, Sienna, Pisa, Boloña, Ferrara, Rávena, Verona, Génova, Venecia, Milan, Turin que alternativamente concentraron en sí la actividad, el génio, la poesía, las artes de la pátria comun, y pudiendo todas aspirar al reinado intelectual de una tercera Italia, hé aquí la esplicacion de esta aristocracia indeleble del espíritu humano mas allá de los Alpes.

Todos los pueblos jóvenes, y nosotros mismos lo somos muy mucho comparados con Italia, respetamos su grandeza hasta en su decadencia. Por que no es la raza lo que ha degenerado en ella, es la suerte, la antigüedad y la dignidad sobreviven á la degradacion de su fortuna. Italia dividida, sin corona, humillada, flajelada, agarrada, corrompida aquí y dominada en todas partes, es siempre Italia.

Es muy curioso el saber lo que fué este pueblo en su literatura viril, en el momento en que daba el primero al mundo la señal del renacimien-

to de las letras, despues de doce siglos de tinieblas y de esterilidad estendidas en Oriente y en Occidente sobre la tierra que se llamó el universo romano.

Prescindiremos de eso que podríamos llamar el balbuceo de aquel renacimiento, y le haremos comenzar como todas las cosas grandes de su primer grande hombre; el Dante.

## II.

Cuando una religion se derrumba en la parte del mundo que dominó, todo se unde con ella. El altar es el edificio que mas profundos cimientos tiene en el suelo, necesitase para derribarlo, un terremoto que lo sepulse todo en las entrañas de la tierra. Cuando los dioses se van, todo se va, como dice Tertuliano.

Así fué el advenimiento del cristianismo en el imperio romano. Las letras perecieron por mil años aplastadas en el choque de las dos religiones. Las tinieblas envolvieron la inteligencia en tanto que una nueva moral y una nueva teología se imponian á las opiniones y las almas. Constantino dió la maza del imperio á los cristianos para pulverizar el pasado. Los monumentos, los templos, los oráculos, las bibliotecas, y los libros desaparecieron entre escombros. Nada resistió á aquel arrebató de la cólera sagrada del espíritu

humano contra sí mismo. Sembróse el fuego sobre los edificios, la ceniza sobre el fuego y la sal sobre la ceniza para hacer imposible la nueva jerminacion de las viejas supersticiones y de las viejas filosofías. Aquellas fueron las *Vísperas Sicilianas* del paganismo, el 1793 de su literatura. Tal es la condicion de la miserable humanidad: jamás se detiene en lo verdadero ni en lo justo, peca siempre por el exceso, y solo se cree libre de la opresion cuando se convierte en opresora.

Niégrese en vano hoy en dia aquella reaccion esterminadora contra los monumentos de piedra ó escritos de la antigüedad literaria; ella se manifiesta por todas partes, no solo en las ruinas de Efeso, de Delfos, de Atenas y de Alejandría, cuyo polvo procede de las estátuas mutiladas ó de las cenizas de las bibliotecas, sino tambien en los escritos de los primeros cristianos y en las actas de los concilios. Tirabosqui, en su sábia *Historia de la literatura italiana*, cita el decreto del concilio de Cartago que prohíbe á los obispos la lectura de los autores anteriores al cristianismo; tambien cita el pasage de San Gerónimo, en el que este padre reprende amargamente á los que, en lugar de leer la Biblia y el Evangelio leen á Virgilio. Conocido es el desastre de la biblioteca de Alejandria, que duró seis meses, mandada reducir á cenizas por órden del patriarca Teófilo, que nada dejó que hacer al árabe Omar. El historiador contemporáneo, Orosio, descri-



be y lamenta la total destruccion de aquellos tesoros de la memoria. El mismo papa Leon X, aquel restaurador tan platónico y tierno de los vestigios del espíritu humano salvados del saqueo del mundo, dice «que oyó en su infancia de los lábios de Chalcondyle, hombre que fué muy instruido en todas las cosas relativas á la Grecia, que los sacerdotes habian tenido bastante influencia sobre los emperadores de Oriente para incitarlos á quemar las obras de varios antiguos poetas griegos, y que de esta manera fueron destruidas las comedias de Menandro, las poesías líricas de Safo, de Corina de Alceo.» «Estos sacerdotes, añade Leon X, manifestaron así una vergonzosa animadversion contra los antiguos, pero dieron testimonio de la sinceridad y de la integridad de su fé.

Si esceptuamos los estudios teológicos y morales, si esceptuamos la elocuencia sagrada que discute las cuestiones de ortodoxia ó de cisma entre las diferentes sectas nacidas del cristianismo que se enseñorearon paso á paso de una parte del Oriente y de todo el Occidente, la inteligencia humana durante aquellos siglos católicos y de elaboracion se mantuvo encerrada en los templos y en los monasterios. Esceptuando Bagdad en la Arabia y Córdoba en España, en tiempo de los Califas, en ninguna parte la antorcha de las letras y de las ciencias iluminó al mundo cristiano hasta Carlo-Magno. Este gran hombre hizo el primero por el Occidente todo entero, lo que mas



tarde hicieron los Médicis por Italia; ordenó hacer escavaciones en las cenizas del pasado, recojió los monumentos esparcidos, restituyó las lenguas muertas y evocó por medio de los estudios estimulados y remunerados, el génio de la antigüedad para avivar el génio del porvenir. Un crepúsculo alumbró aquella prolongada noche de la barbarie. Empero, salvo en la jurisprudencia, primera necesidad de las sociedades civiles que se fundan, ninguna obra notable produjo aquella segunda infancia de las letras. El génio humano empollaba no se sabe qué fruto desconocido. En Italia es donde debia salir á luz.

### III.

Los papas, los emperadores de Alemania, las tiranías provinciales, las repúblicas y las anarquías municipales se disputaban aquella herencia conquistada y reconquistada sobre los romanos y sobre los bárbaros. Aquel movimiento político que se operó en Italia desde el cuarto al décimocuarto siglo es tan confuso y tan indijesta para ser descrito, como las ondulaciones de las olas desencadenadas por los vientos en un mar de equinoccio.

Después de la muerte del emperador Federico, aquellas divisiones acabaron por quedar reducidas casi á dos partidos, los *Güelfos* y los *Gibe-*

*linos*; el uno favorecía con sus votos y con sus armas la dominacion de los papas; el otro, en odio á esta dominacion pontifical se puso al servicio de los emperadores de Alemania, como si el patriotismo se sintiera menos humillado y menos oprimido bajo la dominacion de un extranjero, que bajo la de una autoridad sagrada que ejercia un doble poder temporal y divino.

Florenzia, capital de la antigua Etruria, hoy la Toscana, era el centro mas animado de las disputas de aquellos dos grandes partidos. República fundada sobre el trabajo y no sobre las armas, prosperaba rápidamente, no obstante sus disenciones intestinas, por la sola virtud de la libertad. Allí era donde la Italia poética y literaria debia manifestarse, dado que el espíritu humano busca, por instinto, como el águila, las tierras libres para salvar á sus hijos de las torpezas de la tiranía. Además, existia en la sangre toscana un derrame de la antigua sangre etrusca, savia todavía no agotada del génio literario y del génio artístico. Esta nacion procedia desde la mas remota antigüedad de la Grecia y del Egipto. La civilizacion elegante y casi fabulosa de la Etruria, habia sido aniquilada por la soldadesca de los primeros romanos, es decir, de los bárbaros de Rómulo; pero aquella civilizacion, de la cual nada se sabe sino por sus obras, habia dejado en sus vasos, en sus dibujos, en sus monumentos cíclopes testimonios de notable vigor de espíritu y de una admirable perfeccion

de mano. Aquella raza tenia en la política, en el comercio y en la guerra facultades innatas que aparecian frecuentemente en individualidades colosales. Los Dante, Maquiavelo, Médicis, Buonarrota, Gondi, Mirabeau y Bonaparte, eran familias etruscas. Los dos hombres modernos que mas movimiento han impreso á las ideas por la elocuencia, y á los hombres por la guerra, Mirabeau y Napoleon, fueron toscanos trasladados sobre el escenario de la Francia. El cardenal de Retz que fué á la intriga lo que Maquiavelo á la política, era toscano. La Atenas de la Toscana, estaba, pues, naturalmente predestinada para dar una lengua y una literatura á la confederacion de las ciudades italianas que pretendian reconstruir un espíritu moderno sobre aquella tierra antigua.

#### IV.

Para lograrlo necesitaba dos cosas; una lengua y un hombre.

La lengua latina se habia desmoronado con el imperio de los Césares. De sus restos, mezclados con los dialectos vulgares de las provincias romanas y de la Galia meridional, formóse una lengua usual, imperfecta, vacilante y diversa, por medio de la cual se comunicaban bien ó mal los unos con los otros en la conversacion; mas



sin poder espresar sus pensamientos en esa forma estable, convenida y uniforme, la sola lengua con la cual se pueden construir monumentos de estilo. El latin corrompido era la lengua de la Iglesia, de la historia y de la lejislacion, y el italiano era la lengua del pueblo. Las clases superiores hablaban las dos lenguas; pero el latin se deterioraba cada vez mas, y la lengua usual se perfeccionaba. Faltábale ya solo ser adoptada y escrita por una inteligencia de primer órden en una obra, para sustituirse fácil y triunfalmente á la latinidad póstuma del mundo romano, gobernado á la sazón por los papas.

Esto es cuanto teniamos que decir con respecto á la lengua.

En cuanto á un hombre de génio, solo uno creemos, existia capaz de operar esta grande revolucion del renacimiento de las letras en Italia desde Carlo-Magno. Este era, Santo Tomás de Aquino. Hémosle confundido durante mucho tiempo, por efecto de nuestra ignorancia, con aquellos oradores y escritores eclesiásticos de los siglos bárbaros, que han sido elevados, á nuestro parecer, muy por encima de su natural estatura, en estos últimos tiempos, comparándolos á los poetas, oradores, historiadores y filósofos de Atenas y de Roma. Aquellos Tácitos, Demóstenes, Cicerones, Homéros y Virgilibios del cláustro, escribian en una época oscura de transicion rodeados de tinieblas, entre las letras clásicas y las letras de los siglos de los Médicis y



de Luis XIV. Pertenecen un poco al sacerdocio y menos á las letras profanas.

Pero, desde que un estudio mas profundo nos ha hecho conocer, siquiera por fragmentos, la grandeza de la inteligencia de Santo Tomás de Aquino, nos hemos convencido de que, si aquel génio universal hubiera podido emanciparse de la teología escolástica y del mal latin, hubiera dado á Italia un *Dante*, superior al Dante. Fontenelle igualaba Santo Tomás á Descartes. En cuanto á nosotros no vacilamos en reconocer en aquel precursor de los filósofos y de los políticos modernos, un espíritu digno de conversar con anticipacion y desde lejos con Maquiavelo, Bacon, Montesquieu, J. J. Rousseau, génio fecundo y bastante vasto para contener en sus entrañas en una misma gestacion un mundo divino y un mundo humano como dos gemelos de su pensamiento. Las ideas tienen tambien, como la tierra, germinaciones de plantas precoces y estrañas que florecen en invierno. Santo Tomás fué uno de esos fenómenos, de vegetacion anticipada.

Érase un jóven gentil-hombre de la noble casa de Landolfo de Aquino. Vivía en medio de la opulencia feudal del castillo de Roca-Seca. La pasion por Dios y por el conocimiento de las cosas divinas, que arrebatava, á la sazón, tantas almas á buscar la soledad, le alejó del mundo en la flor de su adolescencia. Refiérese que esta pasion estaba tan profundamente arraigada en el corazon del jóven, que resistió heroicamente

todas las seducciones empleadas por su familia para apartarle de su santo propósito, hasta el punto de perseguir con un tizon ardiendo en la mano, á una jóven de maravillosa belleza que sus hermanos habian introducido sigilosamente en su aposento para fascinar sus ojos. Entró en la Orden de los Dominicos, y estudió en París bajo la direccion de Alberto el Grande, célebre teólogo en un tiempo en que la teología era la ciencia única. Muy luego dejó los bancos del discípulo para subir á la cátedra del maestro, y enseñó con gloria en París, Roma y Nápoles. El amor al estudio le consumió antes de tiempo, y murió en 1274, cuando se dirigía al Concilio de Lyon. Contaba apenas cuarenta y nueve años. Las obras que escribió este infatigable é ilustrado filósofo formaron las bibliotecas de los monasterios y de las universidades de su tiempo. Algunas son dignas de ser exhumadas como monumentos de la fuerza y de la fecundidad del pensamiento humano.

## V.

En 1265, nueve años antes de la muerte de Santo Tomás de Aquino, hallábase el Dante en Florencia. Intelijencia del mismo orden, tenia sobre aquel la ventaja del don que eleva el pensamiento hasta el cielo, la poesía. Su nombre

era *Alighieri*. Su familia unida por tradicion al partido Güelfo, fué patricia y consular en la república. Dante educado desde su primera infancia por Brunetto Latini, especie de Quintiliano Toscano, que profesaba la gramática y la retórica en Florencia, tuvo por primer alimento el áspero manjar de la teología escolástica. Este alimento no le hizo perder enteramente el gusto por las letras profanas. Aprendió el francés con su maestro, y el italiano vulgar en los sonetos y en las *canzones* de algunos poetas toscanos, que comenzaban á regularizar y pulir aquel lenguaje naciente como para prepararlo para otro poeta mas grande que ellos. Todos ellos cantaban el amor, ese eterno quejido del corazon. Así es, que el amor fué el primer canto de aquel niño, en cuya alma la pasion ideal nació antes de la edad de las pasiones terrestres.

Admitido en la intimidad de la noble familia de los *Portinari*, amiga de la suya, albergó desde la edad de once años un presentimiento amoroso por una jóven de aquella casa, llamada Beatriz. Esta inclinacion fué mútua, si bien se vió contrariada por circunstancias de familia. Así es, que llenó su adolescencia de tiernos ensueños, y fué un manantial de lágrimas para su edad madura. Beatriz murió en lo mas florido de su juventud y belleza, á la edad de veinte y cinco años. El alma de Dante, abandonó, hasta cierto punto la tierra con la de Beatriz, y no se puede dudar que por seguirla y encontrarla en



su celeste peregrinacion, emprendió algun tiempo despues aquel triple viaje por los tres mundos sobrenaturales, el Paraiso, el purgatorio y el infierno, donde, bajo el nombre de teología solo busca y solo diviniza á su amante.

Algo mas de treinta años contaba, y todavía sus versos no anunciaba el poeta soberano que habia de revelarse en él en una edad mas avanzada; solo escribia sonetos y canciones sin nervio, sin espontaneidad y sin grandeza, calcadas sobre las pasiones amorosas de los poetas de segundo orden de su tiempo. La edad, las meditaciones y la desgracia no habian dado todavía á su alma aquella armonía grave y sobrehumana, timbre sepulcral de su segunda voz.

La tradicion de su difunto padre, las inclinaciones de familia, los cuidados de su madre, *Bella*, mujer no menos tierna que eminente, y en fin, la corriente de los negocios y de las opiniones en una República que llaman á todos los ciudadanos notables al ejercicio de las funciones del Estado, lanzaron al jóven Alijieri en los empleos y en los disturbios de la pátria. No pretendemos escribir su vida en este lugar; no hacemos la historia poco interesante en nuestros dias de aquellas agitaciones municipales del valle del Arno; agitaciones que solo fueron grandes cuando influyeron en los destinos del mundo. Dante acaso hubiera sido un Graco ó un Ciceron en Roma; en Florencia solo fué un Gibelino.



## VI.

Bástenos saber, que Alijieri, á quien llamaban ya familiarmente Dante, sirvió en la caballería florentina contra los Güelfos de la pequeña ciudad toscana de Arezozo, y que se condujo como buen soldado antes de figurar como político y poeta; á diferencia de Horacio que arrojó su escudo á Filipo, y de Virgilio que buscaba la sombra de las hayas para tocar la chirimia cuando la guerra civil devoraba su pátria. Dante era un ciudadano, aquellos eran solamente poetas.

Ascendido muy luego á los primeros cargos de la magistratura de la república, vióse asediado de un lado por los *blancos* y del otro por los *negros*, nombres con que eran conocidos los dos partidos que turbaban la paz de Florencia; resistió al uno y al otro, y acabó por hacerlos desterrar fuera de la Toscana.

Nombrado embajador de la república cerca del papa, negoció la paz y la independencia de su país. Durante esta mision diplomática, el pueblo de Florencia ingrato y ciego como lo son todos los pueblos, le acusó de traición y de concusión, se amotinó contra su nombre, saqueó su casa, y la destruyó hasta los cimientos, lo mismo que *Claudio* hizo con la de Ciceron el moderador de Roma. Confiscáronle sus bienes y se dió un

decreto desterrándole perpétuamente de su pátria. Y pareciendo harto blanda esta pena para castigar sus pretendidos crímenes, un segundo juicio popular le condenó al suplicio del fuego.

Indignado contra el papa, su enemigo, á quien suponía ser el instigador de aquellas persecuciones, Dante abandonó á Roma y se refugió primero en Sienna y luego en Arezo, donde reunió sus amigos proscriptos como él y por la misma causa, y puesto á su frente intentó un ataque á mano armada contra Florencia. Fué rechazado y huyó para siempre de aquella ciudad que devoraba sus mejores ciudadanos.

Desde aquel día anduvo errante por la baja Italia, unas veces en Pádua en casa de los *Malespina*, otras en Verona, en la de los *Scaligieri*, tiranos de la ciudad, y otras en la de los *Scala*, tiranos de otra parte de Italia; hoy en Udino, mañana en el castillo de Tolmino, y por último, en Rávena. Cada día mas impulsado por el deseo de la venganza hácia el partido del emperador, no cesaba de escitar á este príncipe contra su pátria. ¡Triste condicion de los emigrados, condenados con frecuencia á tener por amigos á los enemigos de su país! Por último, muerto el emperador sin haber vengado al poeta, Dante hizo un viaje á París, regresó á Italia, y se fijó en Rávena. La hospitalidad del tirano, *Guido Novello de Polenta*, le proporcionó cierto tranquilo bienestar. La melancolía de aquella ciudad convenia á la de su alma. La selva de pinos (*la pi-*

*ne'la*) que se estiende entre el mar y Rávena, era su paseo predilecto. En ella he leído sus mas bellos versos, acaso escritos á la sombra de los mismos árboles, ajitados por las mismas brisas del Adriático. Allí, y no en la encrucijada hedionda de Rávena es donde debiera habérsele erigido un sepulcro. El vacío es necesario en derredor de las sombras, y el silencio en derredor de los grandes recuerdos. Oiríase mejor el jemido del alma del ilustre proscrito entre el susurro de los pinos de la *pineta* y el mujido de las olas besando sin cesar la playa.

## VII.

Pero en tanto que aquel melancólico proscrito, *de elevada y encorvada talla, de rostro enjuto y descolorido, y de mirada velada por la reflexion interior*, como lo describen sus contemporáneos; en tanto que el huésped de los enemigos de su pátria andaba errante de ciudad en ciudad, y desde el mar á la selva recordando su casa derribada por su pueblo, acariciaba en la mente dos cosas inmortales, su gloria y su venganza. No era ya el poeta desabrido é injenioso de su juventud; era el poeta teólogo, político y *nemesin* de su avanzada edad. La adversidad habia cambiado la musa en su seno, dejando solo el recuerdo de su primer amor.



Sin embargo, este amor no fué el único. Además de su matrimonio con una jóven florentina de familia ilustre, de la cual tuvo siete hijos, Boccasio nos dice en la historia de su vida, escrita en los mismos lugares pocos años despues de la muerte de Dante, que su héroe y poeta habia tenido las debilidades de los héroes y poetas, esto es un amor por la hermosura exagerado algunas veces hasta la licencia del corazon.

El abandono en que el Dante dejó á su mujer despues del destierro, su dilatada separacion sin regreso y la afectacion con que habla, en sus obras en prosa, de los inconvenientes del matrimonio corroboran las acusaciones de Boccacio. Mas todo indica tambien que si Dante fué poco escrupuloso en el amor de los sentidos, se mantuvo fiel al amor del alma. El incesante recuerdo de su Beatriz, primera y última aparicion de la belleza celeste bajo un velo mortal, le atormentó ya dulce ya dolorosamente hasta el postrer instante de su vida. Aquella imájen le trasformó de tal manera, presentándosele á cada paso que daba en la vida, á cada estremecimiento de su mente, que, cuando quiso consagrarse exclusivamente á la filosofía teológica, musa severa de su epopeya, no pudo prescindir de dar á aquella filosofía y á aquella teología personificadas el nombre, la forma, la mirada, la voz y la belleza de su Beatriz. Esto lo confiesa él mismo en sus sonetos y en su *Vita nuova* (vida nueva) especie de comentario místico de sus obras y de sus



pensamientos escritos por él mismo.

Cuando escribía sus sonetos y sus obras en prosa no sentía todavía su grande inspiracion; sintiéndola en el destierro cuando los acontecimientos, la guerra, la diplomacia, la política y las pasiones civiles hubieron enmudecido en su alma. Entonces, y solo entonces oyó toda la voz de su génio ahogada hasta aquel instante por el ruido de la tierra. Dibujó su gran poema y empezó á escribirle.

Aquel poema, era él! ¿No ha sido siempre el poeta el sujeto palpitante y mas interesante en todo poema? Sean los que se quieran los innumerables defectos en la fábula del poema del Dante, no puede negarse que fué, en la época en que lo escribió, y todavía en la nuestra, el solo verdadero texto de una inmensa epopeya que habian de cantar los hombres. Hubo en la concepcion no menos verdadero génio que en la ejecucion. Tengo un secreto placer en asistir con el pensamiento, á aquella lenta concepcion del desterrado de Florencia. Comprendo como pudo llegar por la fuerza y la exactitud de su juicio á cantar el mundo invisible.

En efecto; dado que la estension de su inteligencia, la elevacion de su alma, la fecundidad de su imaginacion y la riqueza de los colores de su paleta poética permitian á este hombre del siglo décimo tercero crear un poema épico, ¿donde podia encontrar en la historia de la Edad media desde los emperadores romanos hasta su época,

un asunto heróico, nacional ó europeo para la epopeya? No era posible encontrarlo sobre la tierra. Homero habia hecho la epopeya de los griegos, Virgilio habia escrito la de los latinos; los sitios estaban tomados. El cielo pagano, los héroes fabulosos, el Olimpo, la tierra, el mar, la guerra, la fundacion y la caida de los imperios, la naturaleza física y la naturaleza moral habian sido descritas y cantadas por los poetas predecesores del cristianismo. Esceptuando las grandes invasiones de los bárbaros del Norte cuya inundacion habia sumergido á Italia, no habia en la historia ninguna epopeya heróica que construir; pero esta epopeya de los bárbaros, ruina y humillacion de Italia, debía ser cantada por los bardos del Norte, no por los ciudadanos del país conquistado.

## VIII.

Dante, pues, no encontraba nada épico en la historia de Italia que pudiera servir de texto á su imaginacion; pero el mundo teológico estaba lleno de dogmas nuevos, de fé sábia ó de fé popular, de creencias sobrenaturales, de verdades morales ó de fantasmas imaginarios flotando revueltos en el vacío del espíritu humano, como apariciones truncadas de los sueños en el momento de despertar.

El alma humana que el cristianismo habia separado, sobre todo en los monasterios, de los intereses terrestres, estaba absorta en el interés de su salud eterna. Cielos, infiernos, purgatorios incesantemente descritos poblados y des-poblados por los predicadores en el púlpito del pueblo habíanse transformado por el poder de la fé, el hábito de las prácticas y la repetición de las ceremonias, en realidades del pensamiento no menos visibles y palpables en la imaginación de los fieles que las realidades físicas. La mente vivía, por decirlo así, en todos esos mundos intelectuales de los muertos, tanto ó mas que en el mundo de los vivos. Llenos estaban los templos de sus símbolos; hasta en los muros de las calles aparecían trazadas por el pincel las representaciones de aquellas tres moradas de las almas, el infierno, el purgatorio y la gloria. En las fiestas sagradas y en las profanas dábanse al pueblo italiano, en lugar de los juegos olímpicos, ó de los combates del circo, dramas de teología cristiana. Allí las almas, los demonios, los ángeles, las vírgenes, los santos, los condenados y hasta las tres personas de la Santísima Trinidad representaban papeles de actor en los dramas teogónicos de aquellos mundos sobrenaturales. El cielo y la tierra se tocaban y confundían en la atmósfera de la teología monástica popular como dos horizontes envueltos en la niebla.

El mismo Dante no podia dejar de ser lo que todo el mundo era en aquella época en Floren-



cia, y lo que fueron con más intensidad algunos años despues, en los tiempos de los Médicis y de Leon X; esto es, creyente y platónico á la vez, asociando en su espíritu la fé moderna á la filosofía griega y romana; los piés en la Iglesia y la cabeza en el Olimpo, el alma en el cielo, en las pruebas ó en los abismos del mundo cristiano.

Era preciso que aquel mundo sobrenatural que preocupaba más la imaginacion de los hombres de su tiempo que el mundo de los vivos, le pareciese el único y verdadero asunto para una epopeya poética y mística, propia para aquella edad y para las venideras. Debió fijar la mirada durante mucho tiempo y hasta causarle vértigos, en las profundidades de su alma, de su fé, de sus amores, de sus ódios y de sus venganzas, y se dijo á sí mismo: «Yo haré ver lo invisible haciéndolo visible, con el poder de mi fé y con el vigor de mis pinceles, y la tierra y el cielo parecerán abrirse ante los ojos de los hombres, y que yo gozaré desde luego en este tiempo, y despues por anticipacion, en la eternidad de aquella justicia eterna que será mi felicidad y mi venganza. ¡Gloria á los que habré salvado! ¡Desgraciados aquellos á quienes habré perdido! Y sobre todo, gloria á mí mismo. No seré á los ojos de la Italia güelfa ó gibelina, solamente su poeta, seré el profeta de la divina retribucion!»

Así debió hablar el Dante, poseido de conviccion divina y estremecido de cólera humana



cuando mirando por última vez desde la cima del Apenino la iniquidad de Florencia le dió su maldición de proscrito y le anunció su profecía de poeta.

## IX.

Como se vé, aquella concepcion de la epopeya de *la Divina Comedia*, (título de su poema), era doble; divina por el plan, humana por la personalidad. De aquí proceden sus bellezas y sus defectos que vamos á hacersurjir con el libro abierto ante los ojos.

Comprendo tanto más el plan de esta epopeya cuanto que yo mismo, mil veces más inferior en concepcion, en elocuencia y en poesía que el ilustre desterrado de Florencia, tengo concebida, desde mi juventud, una epopeya, el gran ensueño de mi vida, la única que me parece hoy realizable, sobre un plan próximamente análogo al de *la Divina Comedia*.

Preguntábame yo: ¿Qué hay de mas interesante hoy en dia en la humanidad? ¿Son las batallas, las conquistas, el engrandecimiento y las catástrofes de los imperios? Nó; el mundo ha presenciado tantas veces estos espectáculos y conoce tan á fondo los miserables resortes por medio de los cuales la fortuna levanta ó aniquila los conquistadores, que apenas si dá mas importan-

cia á las vicisitudes de los imperios que á la formacion y aplanamiento de una ola espumosa sobre la superficie del mar. Pero lo que verdaderamente interesa al hombre, es el hombre mismo, y en el hombre la porcion permanente de su sér, es decir, el alma, y en el alma, el destino pasado, presente, futuro y eterno de este principio inmaterial, inteligente, amante, gozando, sufriendo, consciente, virtuoso ó criminal, castigándose á sí mismo con sus vicios, recompensándose á sí mismo con sus virtudes, alejándose ó acercándose á Dios segun que remonta su vuelo ó se arrastra sobre la tierra en la esfera infinita de su eterna carrera, hasta el dia en que se une al fin, por la fé creciente y por el amor que identifica, á su Creador el Soberano Sér, la soberana verdad, el soberano bien y la soberana belleza.

## X.

Me complazco en este momento en recordar el sitio, el dia, la hora en que concebí de improviso en mi pensamiento, el plan de esta epopeya del alma, del alma seguida por el poeta en sus peregrinaciones sucesivas é infinitas por entre los mundos escalonados y sus existencias de pruebas.

Érase en Italia, al terminarse la primavera de mi edad. Acababa de pasar un invierno en Ná-

poles, aquejado de esos inesplicables padecimientos de los nervios que son el crecimiento del espíritu, y que causan en el alma las mismas angustias que el desarrollo demasiado rápido del cuerpo produce en los sentidos. Una ansiedad sorda y continua sobreescitaba mi pensamiento; no me encontraba bien en ninguna parte, el cielo sereno, el sol resplandeciente, las colinas elíseas, el mar azulado, el movimiento, la vida, la inagotable alegría de este pueblo de niños, de enamorados, de músicos y de poetas que hormiguea en las playas de aquella costa, despues de haberme deleitado otras veces, se me habia hecho casi insufrible entonces. Sentíame herido por el contraste que ofrecian la gozosa expansion de esta raza y la melancolía enfermiza de mi espíritu. La intensa claridad del dia me cegaba deslumbrándome. Echaba de menos las nieblas del otoño, y las húmedas tinieblas de los bosques de mi país. La Escocia y Ossian me convenian más que el *Tasso* y *Sorrente*. Precisamente leia yo entonces interesantes y detallados documentos referentes á la vida del Tasso; la lectura de estos documentos abundantes en pruebas de su locura, atormentaban mi imaginacion y me hacian experimentar un terror inesplicable. Sin embargo, mi imaginacion estaba no menos despejada que mi cuerpo sano; pero estaba yo malo de un poema que quería dar á luz sin tener todavia la fuerza de concepcion necesaria para este alumbramiento.

A fin de aliviarme de este martirio de un mal desconocido y para aplacar la irritabilidad de mis nervios respirando un aire ménos impregnado de sal y azufre que el aire de la mar y del Vesubio, partí para Roma, cediendo á los consejos del anciano *Cottonio*, Esculapio, casi secular de Nápoles.

## XI.

No bien hube pasado Cápua y franqueado las primeras colinas de los Abruzos que separan la atmósfera de las montañas de la del mar, cuando me sentí súbitamente curado como un hombre asficionado á quien la abertura de una puerta facilita aire respirable. A la mañana siguiente despues de haber dormido toda la noche en la villa de Ciceron á *Molo di Gaeta*, continué mi delicioso viaje hácia Roma. Pasé la noche en Terracina, á pesar de las lagunas Pontinas, y empecé á subir las colinas de *Velletri*, *Genzano* y de *Albano* aquellos montes *Pentélino* é *Himeto* de la llanura de Roma, más graciosos y magestuosos que los de Atenas.

Habíame sentado en el pescante de mi carruaje para contemplar desde más alto y desde más cerca mayor porcion de aquel májico horizonte, delicias de Ciceron, de Mecenás, de Virgilio y Horacio, quienes incorporaron sus nombres como



ilustraciones eternas del hombre á estas páginas de la naturaleza.

Era la caída de la tarde, el disco rojizo del sol, empañado á intervalos por nubecillas encarnadas como las tintas de púrpura de los campos de batalla, evaporadas en sus rayos, descendía lentamente hácia el mar resplandeciente. Los surcos de la mar ondulaban dulcemente en los últimos términos, produciendo mil reflejos de brillantes colores. Las laderas de las colinas por las que serpenteaba la carretera, estaban cubiertas, así como los valles, de bosques de almendros en flor, y estas á manera de una copiosa nevada, caían de los árboles á impulsos de una brisa tibia y perfumada cubriendo el suelo de una sábana láctea y sonrosada.

En la cima de estos cerros vestidos de almendros en flor y de viñas, alzábase á manera de monumental y sombría pirámide tal cual alquería romana; mas allá todavía veíanse multitud de pinos de copa estendida, que recortaban serpenteándola la línea del horizonte. Estas negras y pesadas cúpulas formaban marcado contraste con el mar de luz que inundaba los valles á la manera que los siglos inmutables contrastan con una riente primavera que florece y se deshoja á sus piés!

## XII.

Todavía recuerdo hasta los más fugaces detalles de aquella magnífica puesta de sol en la campiña de Roma, en la tarde de un día del mes de marzo, y los recuerdo con más vivacidad, cual si estuvieran fotografiados en mis ojos, que en la hora misma en que los admiré. Aquella escena debió, sin embargo, impresionarme bastante profundamente puesto que al cabo de treinta años se pinta con tan vigorosos tonos en mi imaginación; y eso que solo me daba cuenta de ella por mis sentidos y por el instinto, absorto como se hallaba mi espíritu en la contemplación interior de otra naturaleza.

Parecióme que el velo del mundo moral y del mundo material acababa de rasgarse de improviso ante los ojos de mi inteligencia; sentí que mi espíritu hacia á modo de una repentina explosión y se elevaba recto para penetrar en un firmamento moral, como un ambiente más ligero que la atmósfera. Entré en el éter y me mantuve, ignoro cuanto tiempo, sumergido en un fluido puro y sutilísimo sin tener sentimiento del mundo que me rodeaba y que yo no veía desde aquella inmensa altura.

Las creaciones infinitas y las fechas inmemoriales de Dios en las profundidades insondables

de los espacios que llena él solo con sus obras; los firmamentos dilatándose sobre los firmamentos; las estrellas, soles que alumbran otros cielos de los que solo se aperciben los contornos, esos promontorios de otros continentes celestes alumbrados por faros apercibidos á incommensurables distancias; aquella atmósfera de los globos luminosos ó crepusculares en la que se refractaban de unos en otros los esplendores recibidos de los soles: sus evoluciones trazadas por el dedo divino; su aparicion á la vista del astrónomo como si el cielo los hubiese dado á luz durante la noche, y como si allá arriba hubiese tambien fecundidades de sexos entre los astros y alumbramientos de mundos; su eclipse despues de muchos siglos cual si la muerte llegase allí tambien; el vacio que aquellos globos desaparecidos como una letra del alfabeto dejan en la página de los cielos; la vida bajo otra forma que esta que nos es conocida, y con otros órganos distintos de los nuestros, animando verosíblemente aquellos gigantes de llamas; la inteligencia y el amor, aparentemente proporcionados á su masa y su importancia en el espacio, dándoles un testimonio moral en armonía con su naturaleza; el mundo intelectual tan inteligible al espíritu como el mundo de la materia es visible á los ojos; la santidad del alma, partícula desprendida de la esencia divina, para devolverle la admiracion y el amor de cada átomo creado; la jerarquia de estas almas cruzando primera-



mente las rejiones tenebrosas, luego los crepúsculos, luego los esplendores y por último los deslumbrantes torrentes de la luz de las verdades, soles del espíritu; las almas subiendo y bajando por una escala sin base ni fin, sufriendo, pasando con mérito ó con caducidad miles y miles de pruebas morales en peregrinaciones que duran siglos y en innumerables trasformaciones de existencias; infiernos, purgatorios, paraísos simbólicos de *la Divina Comedia* de las tierras y de los cielos.

Todo esto, repito, se me apareció durante una ó dos horas de alucinacion contemplativa; con tanta claridad y tanjibilidad como habia en los pasos flamíjeros de la escala de Jacob en su sueño, ó que hubo para el Dante en el dia y hora en que, sobre una cima del Apenino escribió el primer famoso verso de su obra;

*Nel mezzo del cammin di nostra vitta,*  
y donde su espíritu entró en la selva oscura para salir por la puerta luminosa.

### XIII.

«*Eureka!* exclamé despertando, ya tengo mi poema! «Y no era solamente mi poema el que creia haber encontrado; era tambien el dia, ó mejor diré, el crepúsculo del mundo de la verdad que la Providencia mantiene siempre á nuestro



alcance, pero siempre tambien un paso por encima de nuestra inteligencia, como el padre que hace oscilar el fruto por encima de la cabeza de su hijo para obligarle á levantar las manitas hasta el árbol, y hacerle crecer por medio de sus esfuerzos para alcanzar las ramas.

Creacion, teogonía, historia, vida y muerte, fases primitivas, sucesivas y definitivas del espíritu, destino de todos los seres animados, del alma humana en primer lugar, despues de la de los Soles, luego de esa miriada de espíritus invisibles, pero evidentes, que llenan el vacio entre Dios y la nada, que pululan en sus rayos, y que son, no lo dudo, tan diversos y múltiples como los átomos flotantes que se nos aparecen en un rayo de sol; creí haberlo comprendido todo; y en efecto comprendí todo lo que Dios permite comprender á una de sus más ínfimas inteligencias.

Y una inmensa alegria, una alegria de que hasta entonces no habia gustado, y que no he vuelto á saborear despues, inundó todo mi ser. Creia haberme acercado todo cuanto me era posible al foco de la verdad; no solo apercibia su claridad que me deslumbraba, sino tambien su calor que descendia de mi espíritu á mi corazon y del corazon á los sentidos; estaba ébrio de inteligencia, si es posible asociar estas dos palabras.



## XIV.

En el mismo instante quedó concebido mi poema épico. Suponíame asistir, como un bardo de Dios, á la creacion de los dos mundos material y moral. Tomé dos almas nacidas en el mismo dia, como dos resplandores de un rayo de luz de Dios: varon la una, hembra la otra, como si la ley universal de la generacion por el amor, tendencia apasionada de la dualidad hácia la unidad, fuese una ley de las esencias inmateriales de la misma manera que lo es de los seres materiales animados (¿y hay algo en lo que vive que no esté animado para reproducirse?) Lancé aquellas dos almas hermanas, pero que se habian hecho estrañas la una á la otra, en la carrera de su evolucion por entre los modos de su vida renovada. Seguílas con una mirada sobrenatural y eterna durante sus principales trasfiguraciones angélicas ó humanas que debian sufrir en los mundos superior é inferior, encontrándose algunas veces, pero sin reconocerse jamás enteramente, de esfera en esfera, de edad en edad, de existencia en existencia, de vida en muerte, y de muerte en renacimiento, en el cielo y sobre la tierra. Y, despues de estas quince ó veinte trasfiguraciones cumplidas, que tan pronto las acercan á Dios por sus virtudes como las alejan por

sus faltas, al mismo tiempo que aquellas virtudes ó aquellas faltas las acercan ó las separan á ellas tambien, yo las reunia al fin en la unidad del amor mútuo y del amor divino en el manantial de la vida de santidad y de felicidad de donde todo emana, y donde todo se eleva por la gravitacion natural hácia el soberano bien y lo soberanamente bello, el Ser perfecto, el Ser de los seres, Dios.

Cada escena de este drama sagrado estaba tomada en la tierra y en los otros planetas del espacio; y las decoraciones poéticas cambiaban, por consiguiente á voluntad del poeta, así como la época, los acontecimientos y los personajes. El poema empezaba en las puertas del Eden y terminaba con el fin del mundo por la esplosion del globo, devolviendo todas las almas purificadas y divinizadas por la misericordia de Dios, y lanzando sus lenguas de fuego en el firmamento como las llamas de una pira que se consume á sí misma despues de cumplido el holocausto.

Compréndese desde luego cuánta riqueza de descripcion, qué variedad de accidentes, qué mundo de pasiones y cuánto misterio un texto de epopeya de esta naturaleza proporcionaría al poeta si hubiese habido un poeta ó si yo mismo fuese el poeta digno de concebir y de cantar tan grandiosa inspiracion. Pero yo no era mas que un niño que queria ensayarme en levantar el globo en lugar de remontar mi pan-



dero. Mi poema, después que le hubé contemplado durante algunos años se perdió detrás de las nubes que velan el firmamento como un panderero que se vá de las manos, dejándome algunas gotas de sudor en los dedos, ó mas bien diré, de tinta, puesto que *La caída de un Angel*, *Jocelyn*, y el *Poema de los Pecadores*, que he perdido en mis viajes, y algunos otros bocetos épicos que empecé y he dejado por concluir, con gotas de aquella tinta. Estos poemas eran otros tantos fragmentos de mi epopeya del alma. Poseía en mi pensamiento el hilo conductor para no estraviarme entre aquellos bocetos, y contaba con reanudarlos algun día los unos con los otros por la unidad de las dos almas, siempre estraviadas y volviéndose á encontrar, y siempre siguiéndose con la mirada y con el deseo, en su *Divina Comedia*, por entre la vida y la muerte hasta la vida eterna.

## XV.

Mi poema tenía alguna analogía remota con la *Divina Comedia* del Dante. Sin embargo, había una diferencia sensible; y es que el interés imposible en el plan del Dante, visto que su poema es solo un espectáculo al cual asiste sin tomar parte en él, una especie de revista breve de los suplicios de algunas sombras de sus



enemigos. Los personajes pasan bajo el látigo de los demonios á la vista del poeta; el interés fraccionado ó interrumpido incesantemente desaparece con ellos dejando solo una especie de deslumbramiento en la imaginacion; mientras que en la epopeya tal cual yo la tenía concebida, el interés unido á las mismas almas en multitud de peripecias diversas no se rompía hasta su reunion definitiva en la eterna beatitud. Solo faltaba, repito, á mi epopeya una cosa: el poeta.

El *Dante*, el *Tasso* ó *Petrarca* podian, acaso, componer esta epopeya del alma, único asunto que queda: pero en mí, discípulo harto dejenerado de aquellos grandes maestros, solo habia fuerza de voluntad para sonar tan alta concepcion é impotencia para darla á luz.

## XVI.

Volvamos al Dante.

Diciendo lo que debia ser una epopeya sobrenatural despues de las epopeyas heróicas agotadas, hemos dicho lo que, á nuestro parecer, faltaba á la suya: esto es, el interes, la universalidad y la unidad.

Hé aquí el motivo de las violentas reprensiones que nos dirigen, desde hace algunos meses, los numerosos periódicos literarios de Ita-

lia. Hemos puesto la mano sobre el arca y la magstad del Dios nos ha herido de muerte. Veamos, sin embargo, si la hemos tocado sin el respeto conveniente. Hé aquí el hecho.

Hace algunos meses publicamos, segun lo tenemos por costumbre, en el periódico *Le Siecle*, algunas breves páginas de notas íntimas acerca de nuestras lecturas, páginas en las cuales, hablabamos, como en conversacion íntima al amor del hogar, del *Dante* y de su poema.

Hé aquí testualmente lo que decíamos. Se verá en la continuacion de este estudio profundo sobre el *Dante* y su poema, que lo que pensamos hoy en dia no difiere esencialmente de lo que escribíamos en el *Siecle*. Definíamos al *Dante* de esta manera: *Un hombre más grande que su poema.*

Este es nuestro crimen; leed.

«Vamos á lastimar muchos fanatismos. No importa, digamos nuestra opinion.

«Somos de parecer que el poema del Dante, *El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso*, puede clasificarse entre esas poesías locales, nacionales, temporarias que proceden del génio, de la nacion, de la época, y que se dirigen á las creencias y á las pasiones de la multitud. Cuando el poeta es tan mediano como su país, su pueblo y su época, sus poesías se ven arrastradas por la corriente á la cloaca de los siglos, con el vulgo que gusta de ellas. Cuando el poeta es un *grande hombre*, como el Dante, sobrevive eternamente, y

se pretende hacer sobrevivir tambien el poema (*todo entero*) pero no se consigue; la obra en otro tiempo inteligible y popular se resiste, como la esfinge á las preguntas de los eruditos; solo subsisten de ella fragmentos que se parecen más á enigmas que á monumentos. Para comprender el poema del Dante, sería necesario resucitar toda la plebe florentina de su época (que le desterró, le quemó en efígie y derribó su casa) dado que lo que cantó fueron las creencias, la popularidad y las impopularidades de aquella plebe.

«Ha sido castigado por donde pecó; cantó para su tiempo, y la posteridad no le comprende.» *Os doy gracias* escribe Voltaire, *de haber tenido valor de escribir contra ese mónstruo de oscuridad*, etc. Nosotros nunca hemos dicho una cosa tan dura ni tan injusta; pero continuemos la citacion del *Siecle*.

«Todo cuanto se puede comprender, es que el poema, exclusivamente toscano, del Dante, es una especie de sátira vengadora del poeta y del hombre de Estado, contra los partidos á quienes habia jurado ódio mortal. Semejante idea era mezquina é indigna del poeta. El génio no es un juguete para entretener nuestra irrascibilidad; es un don de Dios que se profana empleándolo en semejantes pequeñeces. *La Lira*, sirviéndonos de la espresion antigua, no es una tenaza para martirizar á nuestros adversarios, no se debe arrastrar con ella los cadáveres á las gemonías; este es trabajo de los lectores y no de los poetas. El



Dante cometió ese error; creyó que los siglos infatuados con la belleza de sus versos tomarían parte contra no se sabe qué clase de enemigos que á la sazón eran poderosos en Florencia. Las amistades ó enemistades de los hombres oscuros son perfectamente indiferentes á la posteridad. La posteridad gusta mas de un buen verso, de una buena imájen y de un bello sentimiento, que de toda esa crónica rimada de la plaza del *Palacio-Viejo* en Florencia.

«Empero el estilo en que el Dante ha escrito aquella gaceta del otro mundo, es imperecedero. Reduzcamos, pues, este poema estravagante á su mérito verdadero, el estilo. Harto sabemos que al hablar así chocamos contra toda una escuela literaria reciente, (en Francia como en Italia) esta escuela se ceba ansiosa sobre el poema del Dante tratando inútilmente de comprenderlo, á la manera que los comedores de ópio, en Oriente, se estasiaban mirando sin cesar hácia el cielo para ver á Dios. Hemos vivido muchos años en Italia en íntimas relaciones de amistad con aquellos eruditos comentadores y explicadores del Dante, que se suceden de generacion en generacion como las sombras de los geroglíficos sobre los obeliscos de Tebas. La misma perseverancia de aquellos comentadores prueba la impotencia del comentario para esclarecer el texto. Una vez sabido un secreto ya nadie se cuida de descubrirlo. Algunos jóvenes franceses se esfuerzan en nuestros días en encontrar en sentido oculto, trabajo



que ha cansado á los mismos toscanos. ¡Que el Dios del cáos les sea propicio!

En cuanto á nosotros diremos como Voltaire, que solo hemos hallado en el Dante un grande inventor de estilo y un gran formador de la lengua estraviado en una concepcion tenebrosa, un inmenso fragmento de poeta contenido en un corto número de trozos grabados mas bien que escritos con el cincel de ese *Miguel Angel de la poesía*, algunas veces una grosera trivialidad que se rebaja hasta el cinismo del vocablo. (No nos atreveríamos á suministrar las pruebas de lo que aseveramos), una quinta esencia de teología escolástica que se eleva hasta la evaporizacion de la idea; en suma, para decir nuestra opinion en una sola palabra, *un grande hombre* y un detestable poema!»

## XVII.

Bien se vé por lo que dejó dicho que la pretendida injuria no es de naturaleza mortal, y que si he sido acusado, acaso no sin fundamento, por los italianos de haber desconocido la belleza arquitectural del poema, estoy muy lejos de haber negado la grandeza colosal y miguel-angélica del hombre.

Proseguía yo en las páginas del *Siecle* el mismo pensamiento; citaba por entero el episodio de

Francesca, y decía de él: «¿Qué cosa mas incendiaria que aquellos dos amantes solos con aquel libro cómplice que interpreta desgraciadamente su silencio, que aquel extravío que los pierde, y en fin, que aquel suplicio cambiado en amarga felicidad por el recuerdo de su separacion sobre la tierra y por el sentimiento de su indivisibilidad en el castigo? Si Dante tuviese muchas páginas como las indicadas, aventajaría á su maestro Virjilio y á su compatriota Petrarca. Pocas páginas de poesía igualan en melancólica belleza estos pocos versos. El tamaño del cuadro es reducido, y la pintura está escasa de color; pero la impresion es eterna. Esto es debido á que la emocion y la belleza son completas é infinitas por decirlo así. Diré por qué. Consiste en que la juventud la belleza, la cándida inocencia de los dos personajes que no desconfían de nadie ni de sí mismos, la frente inclinada sobre el mismo libro, el cual semejante á un espejo empañado por sus alientos, les pinta y les revela de improviso su propia imágen, y los precipita en el mismo delirio, en el mismo infierno por la fatal repercusion del libro contra el corazon, y del mismo corazon contra el otro, son los toques de pincel mas acabados. Consiste en que la narracion es sencilla, breve y cándida, como la confesion de los dos jóvenes. Quisiera tener, decía yo, en lugar de pluma el pincel del gran pintor del pensamiento, Scheffer, para traducir aquí el demasiado breve episodio de Francisca de Rímmini, que hace soñar y llorar así en el poema

como en el cuadro de Scheffer las imajinaciones enamoradas... Hay en esto un divino conocimiento del corazon de la muger que prueba que Dante habia amado. Conoce el secreto de los corazones tiernos, secreto que no debe decirse muy alto, ni aun en los infiernos; y es que el amor lo desafia todo, escepto la separacion, verdadero infierno de los que aman.

«Oigamos al poeta. Empieza describiendo en versos que tiritan de frio el huracan helado con el que son castigados sin cesar, sumerjidos en un Océano de nieblas y escarchas, las sombras de aquellos que ardieron en el mundo en la llama de un amor culpable.»

Cuando reproduce esta escena patética, que no copio en este lugar, porque lo he de hacer mas adelante, decia yô:

«Ni Siso en sus estrofas de fuego puede comparársele. La naturaleza del mismo suplicio, el viento helado que arrebatata en un torbellino de escarchas á los dos culpables, pero que se los lleva unidos, comunicándose el uno al otro la triste y eterna manifestacion de su arrepentimiento, bebiendo sus lágrimas, pero encontrando en el fondo de la copa de su amargura algunas gotas del bálsamo de su pasada felicidad, es una escena tan grandiosa como no cabe más en una relacion épica. Pues qué, la emocion ¿no se produce aquí por el Dante en algunos versos mas completa que en todo un poema? Esta es la razon por lo que el poema sobrevive; el poema de la teología



ha muerto, el del amor es inmortal.»

Y despues de haber reproducido un segundo episodio que muy luego analizaré, terminaba diciendo.

«Si el poeta gigante no aparece aquí ¿dónde le encontraremos? Ni Homero, ni Virjilio, ni Shakespeare encierran en ménos palabras tan sublimes acentos. Aunque solo tuviera estas dos escenas, Dante merecería ocupar un lugar á su lado.» (*Siecle* 20 de Diciembre, 1856.)

### XVIII.

Hé aquí, repito, los supuestos sacrilegios que he cometido contra el gran Toscano! Hé aquí por qué crímenes imaginarios contra la inviolabilidad de su gran poeta, veinte periódicos literarios ó políticos de Italia, cuyos redactores no han debido, ciertamente, leer la nota en el texto, me arrastran á las cloacas del Arno, me llenan de diatribas ó de calumnias sazonadas de injurias y me sepultan, vivo y ardiendo en amor por Italia, bajo una montaña de papeles ennegrecidos con la tinta de su cólera; cólera que se remonta hasta la tragedia en uno de esos periódicos que me ha enviado recientemente su circular invectiva. «¿Por qué mi pluma, esclama el redactor al terminar, no se convierte en una espada, y por qué no puede atravesarte el corazon con el mismo



golpe con que nuestro compatriota el coronel *Peppe* te atravesó un día el brazo?»

Voltaire que hablaba de las galanterias literarias de su tiempo ¿qué hubiera dicho de esta? Y ¿cuál es el motivo de tanto furor nacional? Acaba de verse: he llamado al Dante un grande hombre, un Miguel-Angel de la poesía, un rival de Homero, de Virjilio y de Shakespeare, algunas veces superior á ellos en ciertos fragmentos épicos; pero he sido bastante audaz para decir que su poema es oscuro, que las espresiones se pierden algunas veces en las nubes de la teología mística, y descienden frecuentemente hasta el escándalo en la imájen y hasta el cinismo en la palabra!

No guardo rencor á esos patriotas del hemisferio y de la rima, que se creyeron ultrajados porque no me habian leído, y que me han excomulgado sobre su palabra. El patriotismo honra en todas partes; el génio itálico es tambien una patria cuyas magníficas fronteras defienden á botes de pluma. Pero les aconsejo que apunten mejor y no disparen sobre sus amigos creyendo tirar sobre sus enemigos. ¿Por qué no emplean su patriotismo de colejo en los Alpes ó en los Apeninos en lugar de ponerlo en las rimas del Dante?

Volvamos á nuestro asunto.

## XIX.

Mas antes de que hojeemos página por página estos tres poemas, que forman uno solo, *El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso*, poemas llenos de esplendores de estilo y de tinieblas de ideas; digamos una palabra acerca de las diferentes interpretaciones que los traductores ó comentadores franceses han dado al sentido metafísico de la *Divina Comedia*.

No hace mucho tiempo que el poema del Dante ha empezado á ser conocido aquende los Alpes. Boileau no se ocupa de él en su *Arte Poética* y si lo hace, es en un pasaje en que desaprueba el empleo de lo maravilloso cristiano en poesía. Voltaire habla de él en algunas cartas dirigidas á sábios italianos; pero es evidente que no lo habia leído todo entero (cosa difícil) y ya hemos visto anteriormente que lo califica de *monstruosidad* poética.

Las primeras traducciones que se publicaron en Francia al finalizar el siglo pasado, solo son paráfrasis arreboladas ó empalagosas que no conservan ni la menor traza del original; son ligeras gasas puestas sobre la musculatura de Hércules. La primera verdaderamente seria y los primeros comentarios competentes, es la traducción con notas esplicativas del caballero Ar-

taud, diplomático y sábio francés residente unas veces en Florencia y otras en Roma. He conocido con intimidad en mi juventud á M. Artaud; he sido su discípulo en diplomacia italiana, y en el estudio de los poetas de aquella tierra que es toda poesía. Con él deletreé el Dante, y á él le debo el conocerle y poder comentarlo en el día. Me complazco en rendirle este tributo de reconocimiento sobre su tumba, abierta en el cementerio de París. Era digno de dormir el sueño eterno con los ilustres toscanos, en su lecho de gloria, en el *Campo Santo* de Pisa, ó en la iglesia de *Santa Croce*, en Florencia, ó bien en Rávena, á la sombra del sepulcro del Dante. Los italianos deberían reivindicar sus despojos, como deberían un dia reivindicar los míos, si es que el hombre debe descansar en el seno de la tierra que mas amó durante su vida.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## XX.

Existe otra traduccion en francés y en prosa, que se dice ser excelente, y que solo he leído en fragmentos; es debida á un hombre de letras italiano, Mr. Fiorentino ha tomado carta de naturaleza en Francia por la pureza de su estilo en

nuestra lengua. Es un buen precedente en favor del sentido de esta traduccion el haber sido hecha por un compatriota del Dante. El sentido de la *Divinam Coaedi*, está inoculado, por decirlo así, en la sangre que circula por las venas de los italianos. *Barbarus hic ego sum*, debemos decir á Mr. Fiorentino, nosotros los bárbaros. Acaba de dirigirme en este concepto un epígrama indulgente en las columnas de un periódico; lo he aceptado con toda humildad. Un traductor que venga su poeta es respetable en su piedad filial. Los traductores tienen el derecho de confundir su propia persona con la de su modelo, de manera que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Así es que si se evoca al Dante, Mr. Fiorentino puede muy bien responder: «¡Heme aquí!»

Admitimos esta identidad muy legítima entre el poeta y el intérprete; es la identidad de la voz y el eco. Mr. Fiorentino ha sido un magnífico eco de Italia en Francia.

.....  
 .....  
 .....

## XXI.

Mr. de Lamennais, ese soberano obrero del estilo, consagró sus últimos años á hacer una



traduccion literal palabra por palabra de *la Divina Comedia*. Mr. de Chateaubriand habia consagrado tambien sus últimas vijilias de escritor á una traduccion de Milton.

Es indudablemente glorioso así para Italia como para Inglaterra, que los dos grandes pro-sistas franceses no hayan creido indigno de su talento el copiar aquellos dos modelos estran-jeros, y de inscribir sus nombres sobre los pedestales eternos de Milton y del Dante; pero el sistema de traduccion que ambos han adoptado, es, á juicio nuestro, un falso sistema, un entretenimiento de la pluma mas bien que una traduccion fiel. Han querido, por medio de una copia servil mas bien que exacta, reproducirlos en otra lengua palabra por palabra, frase por frase, sílaba por sílaba. ¡Error! con esto han demostrado que no se habian dado cuenta del génio de las lenguas.

En efecto, ¿qué exige el lector? el sentido, no palabras. Es así que dos lenguas diferentes no expresan el mismo sentido con las mismas palabras, ni aun con el mismo número de palabras. Si os ateneis á espresar puerilmente el verso por el verso, el vocablo por el vocablo, el terceto por el terceto y la octava por la octava ¿qué habreis hecho? El instrumento no es el mismo, y no le tocareis con el mismo compás ni con los mismos dedos. Hareis lo que haria un músico que pretendiese imitar el violin con los timbales, ó la flauta con el tamboril. Por última vez os lo

digo; no es la expresion lo que debeis traducir, sino el sentimiento. Para traducir el sentimiento, la poesía, la armonía y las imágenes de un dialecto á otro, no basta poseer en grado eminente la libertad, la elasticidad y toda la riqueza de la lengua que traduce. No os embaraceis vosotros mismos unciéndoos como buey servil al yugo paralelo del vocablo descarnado y frio. Esto es lo que ha hecho M. de Chateaubriand con respecto á Milton, y lo que ha querido hacer M. de Lamennais con el Dante; traducciones • apreciales pero desgraciadas en las que el servilismo destruye la fidelidad.

## XXII.

Otro jóven traductor de la *Divina Comedia*, intenta en la actualidad una obra infinitamente mas difícil, y cosa extraordinaria, la lleva á cabo con éxito.

Nos referimos á la traduccion de la *Divina Comedia* en verso francés, por M. Luis Ratisbonne.

A pesar del prodigioso esfuerzo de talento y de lenguaje que es indispensablemente necesario para traducir un poeta en verso, M. Ratisbonne no solo ha vertido el sentido, sino tambien la forma, el color, el acento y el sonido. Y ha hecho más, ha comunicado al metro francés la vibracion del

metro toscano, y ha trasformado, á fuerza de arte, el período poético francés en tercetos del Dante. Esta obra maestra de vigor y de habilidad lo es al mismo tiempo de inteligencia de su modelo. M. Ratisbonne recuerda en su traduccion del Dante, la inimitable, hasta ahora, de las *Geórgicas* de Virgilio por el abate Delille; pero el Dante es poeta mil veces mas innaccesible á la traduccion que Virgilio. La luz se refleja mejor que las tinieblas en el espejo de espíritu humano como en el espejo del Océano.

## XXIII.

Otros escritores de nuestra edad, entre los cuales debe citarse M. de Saint-Mauris, que ha consagrado diez años de su vida al estudio concienzudo de la reproduccion de la *Divina Comedia*, y otros tambien que se anuncian y cuyos nombres son una esperanza, han generalizado y generalizan cada vez más entre nosotros el conocimiento del Dante. Enciérrase en este culto una revelacion del espíritu de nuestro siglo; es el síntoma de un renacimiento de la poesía grave y filosófica entre un pueblo que ha confundido durante mucho tiempo la poesía con la futilidad. El rio poético remonta hácia su origen para encontrar la corriente de sus aguas mas puras y cristalinas. El Dante es, á pesar de sus

defectos, para nuestra época, uno de esos ventisqueros inabordables que vierte sus aguas fecundas bajo las nubés y bajo las tinieblas de la edad media. No solo se ha querido traducirle, sino tambien comprenderle, y este intento ha producido el escelente libro de *M. Ozanam* intitulado: *Dante y la filosofía católica del siglo décimo tercero*.

Mucho hemos amado y llorado á este estudioso y piadoso jóven. Parecia por su alma, su fisonomía, mirada serena, por el timbre de su voz monótona y afectuosa, un Brahama cristiano venido de la India á Europa, para predicar en ella el Evangelio de la ciencia serena de la contemplacion mística, y de la adoracion estática á nuestro mundo de discordias y de contiendas.

Ozanam creia, como nosotros, que la verdad existía en mayor dósis en el corazon que en el espíritu. Sus dogmas derramaban amor y piedad como el sol de Oriente derrama el rocío sobre las flores. Por más que su filosofía no fuera la mia en todos los artículos de ese gran símbolo que reúne los espíritus en la base y algunas veces los separa en la cúspide, estas diferencias igualmente respetadas porque era igualmente sinceras no ocasionaban entre nosotros ninguna divergencia de alma ni ninguna tibieza de sentimientos. Su ortodoxia perfecta para él mismo era una caridad de espíritu para los demás. Rodeábale á manera de una atmósfera de ternura para con todos los hombres. Aquella cordial at-



mósfera suavizaba toda aspereza entre las ideas. Respiraba y aspiraba yo no sé qué aire balsámico que se habia saturado de aromas en el Eden. Cada una de aquellas respiraciones y aspiraciones se apoderaba de vuestro corazon y os daba el suyo. Podia no estarse de acuerdo, pero era imposible disputar con aquel hombre sin hiel. Su tolerancia no era una concesion, era un respeto. Ozanam era el San Juan de la filosofia platónica y monástica del Renacimiento. Dormíase en el seno de su maestro el Dante, y sus sueños eran divinos.

Uno de aquellos sueños mezclados de nubes y de luz, de maravillas y de verdades, es su libro intitulado: *Dante y la filosofia católica en el siglo décimotercero*.

El italiano fué la lengua de su niñez; graves y profundos estudios le iniciaron despues en todos los arcanos de la edad media. Cometió el error de tomar aquel crepúsculo por el dia claro. No participábamos de su ilusion; la razon, no la credulidad, es quien produce la luz del dia en los siglos. Pero debe respetarse la luz hasta en la aurora. Dante, como el Lucifer del cuadro de Guido, rompió el velo de las sombras y ajitó la antorcha delante de sí.

Diremos de pasada algunas palabras acerca del libro de Ozanam.

## XXIV.

Es notorio que el poema del Dante tiene, segun sus intérpretes y segun el mismo poeta (en su *Vita nuova*) dos sentidos; el uno literal y poético para los profanos, y el otro místico y simbólico para los iniciados.

Ozanam se esfuerza en describir el sentido místico y simbólico de los amores y de la poesía del Dante, y este mismo sentido místico y simbólico es en el que pretende dar á conocer y hacer admirar la filosofía religiosa de la edad media cristiana. Opina que Dante es una especie de Ovidio; sus poemas, especies de metamorfosis cristianas, narrando, cantando y explicando todos los dogmas sobrenaturales de la nueva religion que habia reemplazado el paganismo. Hay en esto verdad y error, pero la verdad domina. Escuchemos en algunas páginas la voz de Ozanam, tan digna de describir las cosas del espíritu.

«Hacia la mediacion de aquel período, á la hora en que cantó el cisne de la filosofía antigua expirante, es cuando la filosofía de la edad media debia tener su poeta. La poesía es, en efecto, como un cuerpo glorioso bajo el cual el pensamiento permanece incorruptible y eterno. Inmortalidad y popularidad son dones divinos, de los

cuales los poetas son los dispensadores. La filosofía griega tuvo su Homero en la persona de Platon.» (¿No podría decirse que la filosofía espiritualista comenzó en Platon?) «La filosofía escolástica de la edad media, amenazada de una decadencia mas rápida todavía, tenia necesidad de ser consolada por un gran poeta. El poeta que venia, tenia, pues, su lugar señalado en el tiempo.»

«Ser concebido en el destierro y morir en él, añade Ozanam, ejercer la alta magistratura y sufrir los mayores infortunios, ha sido destino de muchos hombres; pero Dante, tenia preparada, á beneficio de circunstancias especiales, otro género de vida que la pública, una vida de corazón que no puede ser comprendida sin penetrar sus misterios. En efecto, segun las leyes que rigen el mundo espiritual, para que una alma se eleve necesita la atraccion de otra alma. Esta atraccion es el amor. Dante no podia eludir el cumplimiento de la ley comun. A los doce años, edad en que la inocencia aleja toda sospecha impura, conoció por vez primera, en una fiesta de familia á Beatriz, niña llena de nobleza y gracia. Al verla sintió nacer en su pecho un afecto que no tiene nombre en la tierra, y lo conservó cada vez mas tierno y puro durante la peligrosa estacion de la adolescencia. Pero sobre todo, cuando Beatriz abandonó la tierra en todo el brillo de su juventud, la siguió con el pensamiento en el mundo invisible que habitaba, y se compla-

ció en vestirla con todas las galas de la inmortalidad. La rodeó de coros de ángeles, y la dió por asiento la grada mas alta del trono de Dios. Así es que aquella belleza se trasformó para él en un tipo ideal que llenaba su imaginacion, y debia dilatarla y hacerla rebozar. Quiso decir lo que pasaba en su sér; quiso, segun sus propias palabras, hacer oír los cantos interiores del amor, y Dante se hizo poeta.»

«Mas como es una ley fatal, prosigue Ozanam, que la naturaleza humana se haga traicion por algun lado, las bellas cualidades de aquel poeta se deshonraron algunas veces con sus excesos. En medio de las luchas civiles, el ódio hácia la iniquidad tomó en él el carácter de una cólera ciega, que alejó hasta la idea del perdon de su pecho. Entónces andaba por las calles de Florencia apedreando las mujeres y los niños que calumniaban á su partido. Entónces exclamaba en una discusion filosófica: «¡Con el puñal, y no con argumentos, debe contestarse á estos estúpidos!» Entónces tambien, á pesar del incesante recuerdo de Beatriz, su sensibilidad no sabia resistir las seducciones de otras mujeres. Sus poesías líricas que precedieron la composicion de su poema, han conservado los trazos de aquellas afecciones profanas y pasajeras, que intentó velar en vano con ilusiones simbólicas.»

«La poesía épica, dice mas adelante el jóven comentador, se muestra en su origen revestida de un carácter sacerdotal, mezclándose en la



oracion y en la enseñanza religiosa; esta es la razon porque hasta en los tiempos de decadencia, lo maravilloso se conserva como uno de los preceptos del arte poético. Así es que, desde el paganismo, las grandes composiciones orientales, como el *Maharabata*; los ciclos griegos, como los de Hércules, Teseo, Orfeo, Ulises, Psiquis; las epopeyas latinas de Virgilio, Lucano, Stacio y Silio-Itálico, y en suma, aquellas obras que pueden llamarse poemas filosóficos, *República* de Platon y la de Ciceron, tuvieron sus viajes á los cielos, sus bajadas á los infiernos, su nigromancia y sus muertos resucitados ó aparecidos, para contar los misterios de lá vida futura. El cristianismo debió favorecer todavía mas la intervencion de cosas sobrenaturales en la literatura que se formó bajo sus auspicios. Las víctimas que llenan el Antiguo y Nuevo Testamento inspiraron las primeras leyendas; los mártires fueron visitados en sus prisiones por visiones proféticas; los anacoretas en la Tebaida y los monjes del monte Atos tenian relaciones que encontraron eco en los monasterios de Irlanda y en las celdas de monte Casino. Nada gozaba tanta celebridad en el siglo décimooctavo, como los sueños de Santa Perpétua y de San Cipriano, el peregrinaje de San Macario Romano al paraiso terrestre, el rapto del jóven Alberie, el purgatorio de San Pátricio y los viajes milagrosos de San Brandan. Así es, que numerosos ejemplos y todos los hábitos literarios contemporáneos nos seña-

lan las rejoncs eternas como la pátria del alma, como el lazo natural del pensamiento. Así lo comprendió Dante, y salvando los límites del espacio y del tiempo para entrar en el tríplice reino, cuyas puertas abre la muerte, puso desde luego la escena de su poema en el infinito.»

«Allí se encontraba en el sitio señalado para reunirse las generaciones, gozando del mismo horizonte que será el del juicio universal, y comprenderá todas las familias del género humano. Asitia á la solución definitiva del enigma de las revoluciones. Juzgaba los pueblos y á los gefes de los pueblos; ocupaba el lugar de Aquel que un día dejará de ser paciente, distribuyendo, según su voluntad, las penas y las recompensas. Estaba en situación para poder desarrollar, con la magnificencia de la epopeya, sus teorías políticas, y de ejercer, con el látigo de la sátira que los mismos profetas no se han desdeñado de manejar, sus implacables venganzas. Allí, como el viajero cuya llegada se espera con impaciencia, encontraba á Beatriz, que le había precedido algunos días; contemplábala con todas las perfecciones de que la había dotado en sus mas hermosos sueños, y la poseía, en fin, en su triunfo. Este triunfo celeste acaso había sido la idea generadora de la *Divina Comedia*, concebida como una elejía, en la que habían de venir á reflejarse las melancolías y los consuelos de un piadoso amor.»

## XXV.

Mr. Ozanam cita en este lugar la interpretacion filosófica y simbólica de la *Divina Comedia*, escrita por el hijo del Dante, muy poco tiempo despues de la muerte de su padre, y en los momentos en que el rumor de la tragedia paternal debia resonar todavía en los oidos del hijo. Hé aquí aquella interpretacion filial; todo induce á creer que dice la verdad acerca de esta extraordinaria composicion.

«La obra entera se divide en tres partes; la «primera llámase el Infierno, la segunda el Purgatorio, y la tercera y última el Paraíso. Empezaré explicando de una manera general su «carácter alegórico, diciendo que el principal «propósito del autor, es el demostrar bajo formas «imaginarias las tres maneras de ser de la raza «humana. En la primera parte considera el vicio, que llama infierno, para hacer comprender «que el vicio es opuesto á la virtud como su antagonista, de la misma manera que el lugar «destinado para su castigo se llama Infierno, en «razon á su profundidad opuesta á la altura del «cielo. La segunda parte tiene por objeto el paso «del vicio á la virtud, que llaman Purgatorio, «para demostrar la trasmutacion del alma que se «purga de sus faltas en el tiempo, dado que el

«tiempo es el medio en el cual se operan todas las  
 «trasmutaciones. La tercera y última parte es  
 «aquella en que considera á los hombres perfec-  
 «tos, y la llama Paraíso, para expresar la alteza  
 «de sus virtudes y la grandeza de su felicidad,  
 «condiciones ambas, fuera de las cuales no es  
 «posible reconocer el soberano bien. Así es como  
 «el autor procede en las tres partes de su poe-  
 «ma, caminando siempre entre las imágenes de  
 «que se rodea, para llegar al fin que se ha pro-  
 «puesto.»

## XXVI.

Con arreglo á este índice que nos suministra el hijo del Dante acerca de las intenciones filosóficas y poéticas de su padre, Mr. Ozanam, como la mayor parte de los comentadores italianos, vé en la fábula del Dante una filosofía completa; y llama esta doctrina la filosofía católica de la edad media. Somos de opinion que debería llamarse, con mas esactitud, la filosofía espiritualista de todas las edades, incorporada en algunos dogmas y en algunas formas de la imaginacion cristianizada de aquel tiempo.

En aquella época en Italia, y sobre todo en Florencia, el cristianismo se desprendia trabajosamente de la filosofía platónica, con la cual estuvo á punto de confundirse en tiempo de los



Médicis. La mezcla frecuentemente grotesca de personajes de la Fábula y de la Biblia, de Virgilio y de los profetas, de las Musas y de Beatriz, del Cielo y del Eliseo, en el poema, es una prueba de lo que pasaba en este particular en la imaginación del pueblo y del poeta. Dante era, por decirlo así, un pagano recién convertido que arrastra en pos de sí las teorías de su culto antiguo, y los jirones de su primer vestido.

En este particular Mr. Ozanam, en un volumen tan sabio como extenso, sigue paso á paso al Dante en su teología, en su astronomía, en su ciencia escolástica, y demuestra en todas partes la concordancia alegórica de la fé del Dante, de la ciencia de su tiempo y de la invención sobrenatural del poeta. Esto se transforma en manos de Ozanam en un vasto tratado de escolástica moderna, terreno en el que no le seguiremos. Bástenos haber dado al lector, que quiera leer los tres poemas por entero, la clave de aquellas interpretaciones, encontrada y presentada por una inteligencia juiciosa y sabia.

Este comentario dá, de paso, á cada uno lo que le pertenece en el tesoro filosófico y poético del Dante. Relaciona con exactitud la idea general del poema á aquel incomparable fragmento de la filosofía, de la razón y de la elocuencia antigua de Ciceron, intitulado *El sueño de Escipion*. Este fragmento que hemos reproducido en la vida de Ciceron, es, á nuestro parecer, la mas bella profesión de fé racional que haya sido es-

crita por mano de hombre por encima de las ficciones y de las credulidades de la imaginacion de los antiguos.

«Entre las reminiscencias que han inspirado la *Divina Comedia*, las de Cicerón me llaman desde luego la atencion. Cuando Dante recorre los círculos del Paraíso escuchando el rumor armonioso de los astros, y buscando con la mirada la tierra imperceptible en las profundidades del espacio; cuando sabe por su bisabuelo, Cacciaguida, el objeto de su mision peligrosa y su destierro, reconócese la narracion del *Sueño de Escipion*. En el momento de empezar su gloriosa carrera, el héroe es arrebatado en sueño á un lugar injente del cielo, en el que su abuelo el Africano le revela los honores, peligros y deberes que le esperan, y le prepara á llenar su destino mostrándole el espectáculo de la economía divina que sostiene el universo, civiliza las sociedades y dispone soberanamente de los hombres. Desde lo alto del celeste templo y en medio de las almas de los justos que van y vienen por la vía lactea, Escipion oye las siete notas de aquella música eterna que forman los ástros; contempla los espacios donde se mueven, y cuando al fin apercibe la tierra tan pequeña, y sobre la tierra el punto negro que es el imperio romano, se avergüenza de su pequeñez y aspira á gozar de una felicidad no circunscrita por nada. Su abuelo le descubre el secreto, y en este cuadro admirable reúne sus mas importantes doctrinas sobre

Dios, la naturaleza y la humanidad. Con ella hizo el último libro de su tratado *de República*, buscando de esta manera en la eternidad, la sancion de las leyes destinadas á contener los pueblos en el tiempo.

«La gloria del Dante consiste,» prosigue Ozanam, «en haber impreso su marca, la marca de la unidad, sobre un asunto inmenso, cuyos elementos móviles jiran sin cesar hace cerca de seis mil años en el pensamiento de los hombres.

«El génio no puede hacer más. No tiene la misión, por mas que se haya afirmado, de crecer y de introducir ideas en el mundo; encuentra cuanta luz necesita para los ojos; pero la encuentra flotante, nebulosa, moviéndose en desordenado torbellino. El valor consiste en retener dentro de uno mismo, al paso, aquellas ideas fugitivas; rasgar la nube que las envuelve, y en copiar al vivo las bellezas que contienen; en fijarlas, en fin, encadenándolas y poniéndolas en orden, obligándolas á traducirse en estos tiempos de penosa contienda, en los que la filosofía volviendo á ser relijiosa, y en los que la ortodoxia volviendo á ser platónica, si bien no pueden confundirse, buscan al menos á progresar en una concordia divina sobre la doble vía que la razon y el corazon quieren recorrer encaminándose al mismo punto: la ciencia y el servicio de Dios. Si Ozanam, hombre de paz y no de disputa, no hubiese conquistado los espíritus á sus doctrinas, ¡cuántos corazones no hubiera conquis-

tado para la paz! Empero la disputa ¿es acaso mas favorable que la paz al progreso de la verdad en los dos órdenes de espíritus que se ocupan de las cosas sobrenaturales? A esta pregunta contesta el siguiente verso del Dante:

. . . . . *Esser conviene*

*Amor semanta in voi d'ogni virtute.*

(Canto 17.º del *Purgatorio*.)

«Sea en vosotros el amor la semilla de toda virtud.»

La mas bella de las obras de Ozanam, la sociedad fundada para acudir á las miserias del pueblo, bajo los auspicios del Santo de la Caridad moderna, Vicente de Paul, ¿no fué por sí misma una obra de amor imparcial, que sería en vano tratar de empequeñecer en nuestros dias?

Siempre unido á la gran figura simbólica del Dante, Ozanam meditaba en sus últimos dias una historia completa de la literatura desde el quinto hasta el décimotercero siglo. No es posible leer sin enternecerse el prólogo no acabado de su obra.

«Todos somos servidores inútiles,» escribia sintiendo ya desfallecer su vida, «pero servimos á un Amo soberanamente económico, que no deja perderse nada, ni una gota de sudor de nuestra frente, ni una gota de rocío de las plantas. Ignoro qué porvenir está reservado á este libro, si se acabará y si llegaré á escribir la última línea de esta página; lo único que sé es, que emplearé en él lo que me queda de calor y de vida.»



El Viernes Santo del gran jubileo de 1300, Dante, llegado, como él mismo lo dice, á la mitad del camino de su vida, desengañado de sus pasiones y de sus errores, dió principio á su peregrinacion al infierno, al purgatorio y al paraíso. A los primeros pasos faltóle un momento de valor; pero tres mujeres benditas velaban sobre él desde el alto cielo. Virgilio conducia sus pasos, y confiado en la palabra de este guia, penetró valerosamente por tan tenebroso camino. Yo tambien como él quiero emprender el peregrinaje de los mundos..... Pero, á diferencia de Virgilio, que abandonó á su discípulo antes del término de su carrera, Dante me acompañará hasta las últimas alturas de la edad media. . . . .

## XXVIII.

Poco tiempo despues, Ozanam enfermo y errante de un punto á otro para restablecer su salud, escribia desde *Pisa* el dia 23 de abril, 1853, las siguientes líneas, verdadero salmo de agonía cantado sobre las tumbas del *Campo Santo*.

«He dicho en medio de mis dias: Iré á las puertas de la muerte.

«Mi vida se recoje detrás de mí como la tienda de los pastores.

«El hilo que se urdia todavía, está cortado como por la tijera del tejedor.

«Entre la mañana y la noche me habeis conducido al fin de mi vida.

«Mis ojos se han cansado de tanto levantarse hacia el cielo.

«Hoy cumpla los cuarenta años de mi edad, algo más que la mitad del camino ordinario de la vida. Sé que tengo una esposa joven y amada, un hermoso hijo, excelentes hermanos, una segunda madre, muchos amigos, una carrera honrosa y trabajos adelantados hasta el punto en que pueden servir de fundamento á una obra meditada durante mucho tiempo. ¿Cuál de estas afecciones mundanas os debo sacrificar? Si vendiera mis libros para dar su precio á los pobres, si consagrara el resto de mis días en visitar á los indigentes, ¿quedaríais satisfecho, Señor, y me dejaríais el consuelo de envejecer al lado de mi mujer y de educar á mi hijo? ¿Acaso no aceptais este holocausto? ¿Es á mí á quién llamais? ¡Héme aquí, Señor!

«Voy. Si me llamais no tengo derecho á quejarme. Habeis concedido cuarenta años de vida a una criatura que nació enfermiza, débil, destinada á morir diez veces antes de adquirir su primer desarrollo, si los tiernos cuidados de un padre y de una madre no la hubiesen salvado. Acaso, Señor, oireis misericordioso esta otra súplica..... Dadme el valor de la resignacion, y encontraré en mi penosa enfermedad un manantial

de méritos y de bendiciones, y estos méritos y estas bendiciones, sean, Señor, para mi mujer y mi hijo.»

## XXIX.

Al terminar el otoño, Ozanam se embarcó para Francia. Al salir por última vez de la casa que habia habitado á orillas del mar en aquellas templadas marismas de Toscana, en las que se respira un ambiente de Eliseo antiguo, dice Mr. Lacordaire, su amigo, en una relacion verdaderamente virgiliana de su muerte, se quitó el sombrero para saludar el sol y el firmamento. Su mujer, su hijo y sus hermanos estaban á su lado. Levantó las manos al cielo, y dijo en alta voz: «Os doy gracias, Dios mio, por los sufrimientos y aflicciones que me habeis enviado en esta morada que abandono. Aceptadlos en recompension de mis debilidades.» Luego volviéndose hácia su mujer, continuó: «Deseo que bendigas á Dios conmigo de mis dolores.» Y echándola los brazos al cuello, prosiguió: «Bendígote tambien por los consuelos que me has prodigado;» y esto diciendo, dirijió á su *Beatriz* una mirada y una sonrisa como para significarle que ella habia personificado aquellos consuelos.

Ozanam espiró al poner el pié en Francia.

Este fué el traductor que necesitaba el poeta místico y filosófico de los tres mundos.

Mr. de Lamennais, escritor mas consumado en el manejo de la lengua, tenía la enérgica aspereza del Dante. Ozanam tenía su piedad: las rocas son imponentes, pero no son bellas sino en cuanto brotan aguas cristalinas para apagar la sed de un pueblo; bajo la mano de Ozanam hubieran derramado lágrimas épicas nacidas del corazon.

Es muy posible que, con respeto al comentario, Ozanam no hubiera sido mas afortunado que Mr. de Lamennais, en cuanto á hacer toda la luz necesaria en aquel cáos. Todos esos comentarios solo son la noche disuelta en las tinieblas. Poesía es lo que se debe buscar en aquel libro, nó opiniones póstumas ó alusiones muertas.

Vamos á conduciros, como Virgilio, con el libro en la mano en aquellos tres mundos, para espigar de acá para allá algunos versos sublimes y para recoger en la aridez de los siglos convertidos en polvo, algunas gotas de ese rocío que tras una larga noche humedece la yerba nacida en derredor de los sepulcros.

---



---

## XV CONFERENCIA.

---

DANTE.

(Continuacion).

I.



Leamos ahora *la Divina Comedia*, en el órden con que Dante escribió aquel poema; El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso.

Si quisiésemos leerlo en verso, solo nos causaría embarazo la eleccion entre las traducciones de Mr. Antony Deschamps, espíritu del Dante en nuestra edad; la de Mr. Mongis, estudio épico ante el cual se han desvanecido las oscuridades del texto, y de Mr. Ratisbonne terminada en estos momentos. Si quisiéramos leerlo en prosa, abríamos la traduccion recién editada de Monsieur Menard, cuya fama se estiende en la literatura nacional.

Pero ante todo, preguntamos, ¿es en realidad un poema épico? Reflexionemos:

¿Qué es un poema épico? Es una narracion cantada.

Una narracion supone un acontecimiento. ¿Donde está el acontecimiento en el poema del Dante? No hay en él mas acontecimiento que el sueño de un hombre despierto, que ha sido arrebatado del mundo real por su vision y trasportado imaginariamente á los mundos sobrenaturales: viaje por el infinito.

Bajo esta primera referencia no busquemos en el del Dante un poema verdaderamente épico.

En segundo lugar, un poema épico supone un héroe, un Dios, un personaje cualquiera histórico ó fabuloso que realiza el suceso cantado por el poeta.

Aquí no hay héroe ni personaje histórico ó fabuloso realizando el acontecimiento épico; hay mil agrupado en sus visiones, sin lazo que los una: las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, la Virgen, los santos, los ángeles, las divinidades del Olimpo, las del infierno pagano, los habitantes del Empíreo cristiano mezclados á las figuras fabulosas del Empíreo antiguo. Estos personajes no concurren á ninguna accion una ó colectiva; pasan como una revista de fantasmas delante de los ojos del poeta y del lector; es la procesion de las sombras en la noche de los tiempos; como la *Danza de los muertos* de los pintores alemanes de la edad me-

dia. Esta muchedumbre no tiene voluntad propia, se precipita semejante á una catarata de la humanidad, en los abismos. Esto no impresiona al lector, le deslumbra. El vértigo del poeta causa vértigos al lector.

En tercer lugar, un poema épico supone una narracion continuada, un principio, un medio y un fin, narracion que inspire por sus peripecias, un interés épico ó dramático á aquel que lo lee ó que lo escucha leer. Asi son los grandes poemas épicos de la India, de la Persia, de la Grecia, de Roma y de la misma Europa moderna. Los poetas indios cantan las aventuras humanas ó divinas de Rama ó de Crisna; Ferdessi, las de Rusten y de los héroes de la Persia; Homero las de Aquiles; Virjilio, las de Eneas; el Tasso, las de los cruzados; Milton, las del primer hombre y la primera mujer; Klopstok, las de Cristo tomando la forma humana para sufrir la muerte en satisfaccion de los crímenes de la tierra. En todos estos poemas la grandiosa ley literaria de la unidad del asunto, que es al mismo tiempo la condicion absoluta del interés, está rigurosamente guardada.

En la *Divina Comedia*, por el contrario, no hay, cómo se vé, ni unidad de personajes ni unidad de accion; es una sucesion de episodios sin relacion los unos con los otros, en los cuales el interés se liga ó se rompe á cada nueva aparicion de personajes ante el espíritu, y en los que este interés incesantemente ligado é incesante-

mente roto, acaba por perderse en la multiplicidad misma de los personajes, y por causar al lector el ofuscamiento de la vista por efecto del movimiento de la muchedumbre.

Bajo estas tres referencias no es posible dar lejítimamente el nombre de poema épico á esta obra. Llámese poema metafísico, ó platónico, ó teológico, ó escolástico, ó político en la seguridad de que cualquiera de esta es su verdadero nombre. No es la epopeya, es la escuela. Si hubiera en él un verdadero héroe sería santo Tomás de Aquino, dado que son los pensamientos de este santo los que canta el poeta.

Pero ¡qué poeta tan divino! Vamos á exponerlo á vuestra vista, no en conjunto; no lo tiene sino por trozos. No existen que sean mas gigantescos, ni mas desvanecidos, y sin embargo, mas bellos en ninguna lengua desde el *sanscrito*, esa lengua de las revelaciones sobrenaturales de la India.

Los cantos están truncados como el asunto. La mayor parte de ellos tienen solo de ciento á doscientos versos, el espacio de una rápida vision. Vamos á hojearlos.

## II.

El primer canto del *Infierno* empieza con una alegoría y una alusion. «En medio del camino



de la vida,» dice el poeta en el primer terceto (estrofa de tres versos) «habiendo perdido la vía recta, me encontré perdido en una selva.» Ezequías habia dicho antes que él: «En medio de mi vida iré á las puertas del infierno!»

«Como entré en ella» continua el poeta, «no sabré decirlo, tan dormido estaba cuando perdí el verdadero camino!» Un rayo de sol que dora la cima de una alta colina, le tranquiliza un poco; mira con menos espanto no se sabe que paso estrecho y terrible que sin duda es la muerte; pero él no lo dice; el sentido es inentelijible; y sin decir si ha franqueado ó nó aquel paso, sube lentamente por la falda de la colina. Una pantera de piel atigrada (personificación del amor de los sentidos) se atraviesa en su camino. Aquí hay cinco ó seis versos que resplandecen con la dulce serenidad de la primera mañana que alumbró al primer hombre cuando el sol ascendió rodeado de estrellas, á impulsos del movimiento comunicado por el amor divino á esos bellos luminares. Entregádose habia á la dulce impresion de aquella luz de la mañana, cuando se le apareció otra bestia feroz, un leon, símbolo de la violencia y del espanto. Luego se le presentó una loba flaca símbolo de la insaciable avidez de la Roma de los papas). La loba le obligó á retroceder no se sabe donde (alusión á su destierro provocado por el papa.)

Aquí se aumenta la oscuridad. «En tanto, dice, que resbalaba en una hondonada del suelo

(alusión sin duda á sus adversidades) se apareció á mis ojos AQUEL QUE POR SU PROLONGADO SILENCIO PARECIA HABER PERDIDO EL USO DE LA PALABRA. Esta frase denota á Virjilio por alusión á la prolongada ignorancia de aquellos siglos que habian olvidado la lengua latina. Dante le dirige la palabra y le implora. Virjilio le responde y le revela su nombre por sus obras; y luego agradecido á los elogios filiales que le dirige el poeta toscano, le pone en el camino recto y se libra del encuentro de otras bestias feroces que se juntan con la loba (tenebrosa alusión á Roma y á sus aliados). Virjilio se ofrece á ser su guía en una de las mansiones de la eternidad, *loco eterno*. «Cuando hayas oido los ruidos de-  
«sesperados y cruzado en seguida la morada en  
«donde los que arden se estiman todavia dicho-  
«sos porque esperan» le dice, «una alma mas  
«digna que yo de entrar en el Cielo te guiará,  
«porque el Dios que gobierna allá arriba, no  
«permite que yo penetre en su imperio.»

Dante le dá las gracias porque accede á conducirle á la puerta de San Pedro (alusión á las llaves del cielo que segun las creencias católicas guarda este apóstol) y sigue á su guía.

Aquí termina el primer canto que deja el espíritu en la media claridad de las alusiones. Camínase á tientas detrás de aquellos dos poetas, sin saber si es en la realidad ó en la vision, en la eternidad ó en el siglo donde se camina.

## III.

«El día, retrocedía,» dice el poeta en el comienzo de su segundo canto, «y el aire oscurecido arrebatava el sentimiento de sus penas á todos los seres animados que existen sobre la tierra, cuando solo y despierto, me preparaba á sostener la doble prueba del cansancio y de la compasion, prueba que va á trazar mi memoria que nunca desfallece!»

Despues viene una invocacion pagana á la *musa* ó á la intelijencia, y luego dirige de nuevo la palabra á Virjilio, su guía. «Yo no soy, le dice, ni Eneas ni Paul para venir aquí—«¿Por qué tiemblas?» interrumpe Virjilio. Entonces el Romano cuenta al Dante en versos patéticos, como fué enviado en su auxilio por una mujer celeste en la cual se entrevé de improviso á Beatriz. «Encontrábanse, le dice, en compañía de «los que están suspendidos (entre el cielo y el «infierno) cuando fué llamado por una mujer rodeada de tanta beatitud y belleza, que en el «instante la rogué me dictase sus deseos;

«Sus ojos brillaban más que las estrellas; y «con semblante de encanto y de paz, y voz de ángel me dijo en su lengua del cielo:

«Oh! alma compasiva de Mántua! cuya fama «dura todavía en el mundo inferior y durará «tanto como el mismo mundo;

«El amigo de corazon y no de mi dicha se encuentra allí, en la desierta playa, de tal modo dudoso de emprender su camino que el terror le obliga á volver sobre sus pasos!

«Temo haberme lanzado demasiado tarde en su ayuda al saber acerca de él lo que he sido en el cielo, de tal manera se encuentra sumergido en sus estravíos!

«Vé, pues! y con tu palabra suave y todo cuanto es necesario á su salvacion, auxillále en su camino á fin de que yo me regocije aquí!

«Yo que te lo suplico, yo soy Beatriz. Vengo de una mansion donde el deseo me llama. El amor que me entenece me hace hablar!

«Cuando vuelva á la presencia del Señor mi Dios me manifestare satisfecha de tí delante de él!»

Entonces se empeñó entre Virjilio y Beatriz una conversacion metafísica en la que la escolástica ocupa mayor espacio que el amor, y en la que una cierta *Lucía*, vírjen y mártir, personifica, segun se cree la divina gracia y suplica á Beatriz acuda en ayuda de su primer amor.

Reanímase Dante con la presencia y las palabras de Beatriz, aparta la bestia que obstruye su camino, dá las gracias á Virjilio, y se dirige á las puertas del Infierno.



## IV.

El canto tercero empieza con esa magnífica inscripcion que se ha convertido en el proverbio de la desesperacion, y que el Dante lee escrita en letras negras sobre el umbral de la puerta:

«Por mí se éntra en la ciudad de las lágrimas, por mí se entra en el eterno dolor; por mí se vá donde habita la raza condenada!

«Vosotros los que entraís dejáran para siempre toda esperanza!»

El estrépito confuso y estridente de los gritos de angustia, de las blasfemias é imprecaciones y de los golpes dados y recibidos en la oscuridad, llenan de estupor el alma del poeta. Interroga á «su guia. «Son, le responde Virjilio, las almas «pequeñas y cobardes que vivieron sin merecer «elogios ni vituperios. No hablemos de ellas, mí-  
«ralas y pasa!»

El suplicio de estos miserables *que no vivieron jamas*, consistía en ser continuamente picados por tábanos y moscardones que inundaban su rostro en sangre y arrancaban á sus ojos lágrimas rojas que caían á sus piés para satisfacer la sed de los inmundos gusanos que le servían de alfombra.

El *Aqueronte*, rio de las sombras, y el barquero *Caron*, aparecen, no se sabe por qué, en el

infierno cristiano. El hijo del Erebo y de la Noche golpeaba con su remo la muchedumbre de almas que andaban vagando por las márgenes del río.

La bajada á las tinieblas empieza en el canto cuarto. Aquí se encuentran las almas que vivieron antes del Cristianismo, y que viven ahora en el suplicio del *deseo sin esperanza*.

«Al ver este cuadro, dice el Dante, una inmensa tristeza se apoderó de mi corazón, porque reconocí entre ellas muchas almas grandes por su naturaleza y elevadas por sus virtudes!»

Virgilio, una de aquellas almas, es reconocido por sus semejantes. GLORIA AL SOBERANO POETA! ONORATE L'ALTISSIMO POETA! esclama la muchedumbre. *Homero, Horacio el satírico, Ovidio y Lucano*, le reciben con agasajo, y al Dante también. «De modo» dice «que fui el número seis entre aquellos grandes espíritus.» Luego la confusión de la imaginación del poeta se refleja de manera desconsoladora en sus cuadros. Electra, Eneas, Hector, Cesar, el de *los ojos de ave de rapina*, Pentesilea, Lavinia, el primer Bruto, Lucrecia, Saladino, Aristóteles, Platon y otro sin número de grandes sombras aparecen y desaparecen sin interés para el drama.

*Minos*, que personifica la justicia divina, juzga y castiga, en el canto siguiente, las almas culpables de haberse dejado arrastrar por las pasiones sensuales. Todas las mujeres célebres por su criminal debilidad se encuentran allí; parece

haberlas puesto el poeta para que sirvan de marco al más interesante y más patético episodio del poema: *Francesca de Rímini*.

## V.

En él ya no es el poeta escolástico quién habla sino el amante; recuerda su propio amor y reconoce que la separacion es el verdadero infierno de los que aman.

Muy reciente era el trágico acontecimiento cuando el Dante hizo aquella inmortal alusion, Francesca de Rímini, una de las bellezas mas interesantes de Italia en la época en que el Dante escribía, fué hija del señor de Rávena, *Guido di Polenta*. Su padre la habia obligado á casarse con *Lanciotto*, primojénito del tirano de Rímini *Malatesta*. Lanciotto, mal dotado por la naturaleza, era de una fealdad repugnante, corcovado, cojo, avaro y feroz. Su hermano, Paolo Malatesta era por el contrario, jóven, bello, de carácter dulce, y en tal virtud el más peligroso contraste para el corazon de *Francesca*. Lamentó la desgracia de su cuñada, la amó y se hizo amar de ella. Sorprendidos juntos por el esposo celoso, Lanciotto dió muerte de una sola estocada á los dos amantes. Este drama fué muy sonado en Italia é hizo derramar tesoros de piedad y rios de lágrimas. Dante tenía que encontrar en el otro mundo aque-

llos cuya triste aventura le habia conmovido tan hondamente en este.

## VI.

Escuchad al poeta.

Empieza por describir en versos que producen frio, el huracan de hielo con el cual son azotados eternamente y arrastrados hácia un océano tumultuoso de escarchas las sombras de aquellos á quienes el fuego del amor consumió en el mundo los sentidos y el alma. Dante se muestra tiernamente conmovido; la piedad le hace olvidar el crimen. Recuerda que amó y que ama todavía.

«Oh! poeta» le dice á su guia Virjilio, «tengo »vehementes deseos de dirigir la palabra á aquellas dos almas que parecen inseparables, y se dejan llevar por el hálito del mismo viento que »las arrastra por el espacio!» Y el poeta le responde: «Observa el momento en que pasen lo más »cerca de tí, y entonces llámalas en nombre de »aquel amor que las arrebató todavía unidas la »una á la otra; no desoirán tu llamamiento, y »vendrán hácia tí!»

«Y en cuanto el viento que las impulsaba las »hubo acercado á mí: «Oh! almas en pena!» les »dije, «os dignareis conversar con nosotros, si os »lo permite el soberano señor de esta mansion!»

«Como dos palomas impulsadas por el deseo



»hienden el aire que contiene su vuelo y vienen  
»con las álas abiertas y sin movimiento á posar-  
»se juntas en el dulce nido de sus amores, así se  
»lanzaron del grupo de las mugeres castigadas  
»por haber amado demasiado; y aquellas dos al-  
»mas volaron hácia mí, cruzando por medio de  
»la tormenta, comprendiendo por el acento y el  
»grito con que las habia llamado cuánta era mi  
»compasion y mi ternura hácia ellas!

»Oh! dulce y afectuosa criatura!» me dijeron,  
»que así recorres esta atmósfera de los réprobos  
»y que viene á visitarnos en nuestro suplicio, á  
»nosotros que hemos teñido con nuestra san-  
»gre el mundo donde vives;

«Si nos fuera permitido invocar por otro al  
»dueño del universo que nos aflige y nos castiga,  
»pediríamosle qué te colmase de paz, á tí que  
»sientes tan tierna piedad por nuestras penas sin  
»remedio!

«Estamos dispuestas á hablar contigo de lo  
»que te muestras deseoso de saber, en tanto que  
»este viento un momento inmóvil deja en silen-  
»cio el espacio que nos rodea.

«La tierra donde ví por vez primera la luz  
»del dia,» dijo Francesca, «se estiende sobre la  
»pendiente marítima en donde el Cridan, cansa-  
»do del tumulto de las aguas que arrastra, se  
»pierde en el mar donde encuentra al fin el re-  
»poso.

«El amor que se enciende en los corazones sen-  
»sibles y tiernos, se encendió en el corazon de

»*este*, por el cuerpo que yo poseía entónces, y que  
 »me fué arrebatado de una manera tan horrible  
 »que todavía su recuerdo irrita mi memoria.

«Este mismo amor que no permite que ningun  
 »ser amado deje tambien de amar, me trajo hácia  
 »*este* con tan irresistible encanto que, como tú  
 »vés, no he podido separarme de él ni aun en este  
 »lugar de los suplicios.

«Aquel amor nos condujo á una misma muer-  
 »te. La mansion de Cain, primer asesino de su  
 »hermano, está reservada aquí para aquel que  
 »nos arrebató á los dos con un mismo golpe la  
 »vida.

«Estas fueron las palabras que llegaron hasta  
 »nuestros oídos.

«Al escuchar el acento de aquellas almas la-  
 »ceradas, doblé la cabeza y mantuve el rostro in-  
 »clinado hácia el suelo. En qué piensas? «me di-  
 »jo al fin mi guia.»

«Cuando hube recobrado el uso de la palabra,  
 »le respondí: «Ay de mí! cuántos dulces ensue-  
 »ños, cuántos ardientes deseos han debido condu-  
 »cir estas dos almas á su doloroso y último pa-  
 »so!»

«Luégo volvíme hácia ellas, y empecé dicién-  
 »doles así: «Oh Francesca! el recuerdo de las pe-  
 »nas que te hacen derramar lágrimas, me llena  
 »de melancolía y de ternura por tí.

«Pero dime: en el tiempo en que suspirabas  
 »dulcemente ¿de qué ardid se valió el amor para  
 »daros á conocer que os amábais? ¿Como os obligó

»á confesar el uno al otro el misterio dudoso todavía de vuestros deseos?»

«Y ella me respondió suspirando: «No existe mayor dolor para el alma que el de evocar, en la morada de la desesperacion, los dias de su felicidad. Tu maestro que está ahí á tu lado, lo sabe muy bien!

«Mas, puesto que tienes un deseo tan vehementemente de conocer, hasta en su primera raiz, el amor que nos perdió, hablaré como aquel que habla llorando.

«Leíamos un dia atraídos el uno hácia el otro como el amor estrechó el corazon de Lancelot. Estábamos solos y sin desconfianza de nosotros mismos.

«En muchas páginas aquella lectura nos eclipsó la luz del dia en los ojos y nos hizo palidecer el semblante; pero una sola imájen fué la que nos hizo sucumbir y la que nos perdió.

«Cuando leímos que el más tierno de los amantes habia hurtado en los labios de su amada la sonrisa que acababa de entreabrirlos, entónces, el que no se separará de mí durante toda la eternidad, imprimió tembloroso un beso en mi boca. El libro y el autor fueron los dos cómplices de nuestra falta. Este dia no leímos mas.»

«Mientras que una de aquellas almas se explicaba así, la otra exhalaba tan hondos sollozos, que me desmayé de lástima, como si fuera á espirar, y caí al suelo como cae un cuerpo muerto!»

Nos hemos servido para la traducción de esta elegía trágica, del trabajo de M. Artaud, retocado y modificado por el nuestro propio.

## VII.

Safo, en sus estrofas de fuego, nada contiene que sea más incendiario que estos dos amantes que se encuentran solos con aquel libro cómplice que interpreta su silencio, que aquel beso involuntario que los estravía, y, en fin, que ese suplicio trocado en amarga felicidad con el recuerdo de su separación sobre la tierra y por el sentimiento de su indivisibilidad en el castigo. Si el Dante tuviese muchas páginas como la de Francesca, sobrepujaría á su maestro *Virgilio* y á su compatriota *Petrarca*. Se conoce en su tierna curiosidad por saber el secreto de aquel amor, lo mucho que él había amado á Beatriz, y como amaba todavía aquella imagen más allá de la vida. Pocas páginas de poesía igualan en sublime y melancólica belleza aquellos versos. El cuadro es de pequeño tamaño, el pintor se ha mostrado hartosobrio de color, y sin embargo la impresión que produce es eterna. Pregunto: ¿Porqué es esto tan bello?

Porque la emoción, en todo lo que constituye lo bello en la expresión, es completa é infinita, por decirlo así: la juventud, la belleza, la cándi-



da inocencia de los dos amantes que de nada desconfían ni aun de sí mismos, ambas frentes inclinadas sobre el mismo libro, que, semejante á un espejo á penas empañado por su aliento, reproduce y les revela de improviso su propia imagen, y los precipita por la fatal repercusion del libro contra su corazon, y del corazon contra el corazon en el mismo delirio, en la misma falta. Maravillosa égloga que empieza como *Dafne* y *Cloé*.

El tirano que los ceta en la oscuridad, y que hiriéndolos á la vez con su espada, mezcla en un mismo charco su sangre sobre la tierra y confunde en un mismo suspiro su primera y última respiracion de amor;

El cielo que los castiga con una severidad moral, pero con un resto de divina compasion, dejándoles al menos en su espiacion rigurosa, el eterno consuelo de no ser mas que uno en el dolor, como uno solo fueron en la falta;

La piedad del poeta que los interroga y los envidia (como se conoce en su acento) al mismo tiempo que los compadece;

El mayor culpable el amante, que guarda silencio y solloza de vergüenza y de dolor por haber causado la muerte y la condenacion de aquella á quien perdió por exceso de su amor; la mujer que responde y que lo cuenta todo, tomando la responsabilidad de la falta sobre sí, por efecto de esa superioridad en el amor y en el sacrificio, que es el heroismo de la mujer apasionada;

La relacion sencilla, breve y cándida como la confesion de dos niños;

El grito de venganza que se exhala al fin del corazon de la amante contra el Cain que hirió en sus brazos al que ama;

La tierna delicadeza de sentimiento con que Francesca se abstiene de pronunciar directamente el nombre de su amante, temerosa de hacerle ruborizar delante de aquellos dos estrangeros, ó por miedo de que aquel nombre tan querido haga estallar en sollozos su propio corazon si lo pronuncia, diciendo siempre *él, este*, de quien mi alma nunca se separará:

En fin, la naturaleza del mismo suplicio que arrebató en un torbellino de viento helado á los dos culpables, pero que los deja en los brazos el uno del otro, comunicándose recíprocamente su amargo y eterno arrepentimiento, embriagándose con sus lágrimas, pero encontrando en el fondo del cáliz algunas gotas de su pasada alegría terrenal, flotando en el frio y en las tinieblas, pero complaciéndose todavia en hablar de su pasado, y dejando al lector indeciso y dudando si aquel infierno no equivale al cielo.....

¿Se puede pedir más á una narracion de amor? La poesia y la emocion por lo bello, no se reproduce aquí por el poeta en algunos versos, más completa que en todo un poema? Así es que el poema ha sobrevivido, merced sobre todo á estos sesenta versos. El poeta de la teología ha muerto, pero el del amor es inmortal.

## VIII.

• En el canto sexto volvemos á caer en la monotonía del suplicio de la lluvia eterna y helada, en la que, para colmo de cansancio, los sumergidos en ella se ven perseguidos y mordidos por el perro Cancervero. El poeta dirige en él algunas imprecaciones, que hoy nos parecen tan frías como los pantanos de la laguna Estigia, contra Florencia y contra sus propios enemigos políticos, papas, cardenales y magistrados manchados de diferentes vicios y contra los herejarcas.

Los siguientes están henchidos de definiciones de las ciencias, de las virtudes y de las ortodoxias de la escuela. Son tésis filosóficas tenebrosas escritas en verso. Todos ellos están salpicados de versos que rechinan y que aullan como las campanas de bronce en las torres de las catedrales góticas. Los centáuros, las arpías, los lagos de betun en cuya superficie aparecen medio consumidos bustos de criaturas que braman de rabia y dolor, las almas agarrotadas á troncos de árboles muertos, los perros hambrientos persiguiendo las almas que huyen, los condenados trasformados en zarzas, las lluvias de fuego en los desiertos de arena que se encienden como la *yescas* y el *eslabon*, todos los héroes

de la fábula confundidos con los de la historia y de la época; los encuentros inesperados del poeta con las almas de sus contemporáneos muertos antes que él, é indicaciones grotescas como la de *Brunetto Latini*, primer maestro del Dante:

«Aquellas almas guiñaban los ojos al mirarnos, como los sastres viejos miran el agujero de la aguja;»

Versos sublimes como el siguiente dirigido por el discípulo al maestro al reconocerle:

«Tú me enseñastes allá arriba como se eterniza el hombre.

Viajes subterráneos sobre el lomo de una bés-tia anfibia, montado á la grupa detrás de Virjilio; diluvios de alusiones, de imágenes, de profecías y de enigma hoy inesplicables; paseos de torreon en torreon del muro que encierra el horrible recinto; condenados que tienen el cuello torcido, cuyo rostro está vuelto hácia los riñones y cuyas lágrimas bañan la grupa (y no empleamos el vocablo único que usa el poeta) grupos de demonios que se entregan á todo género de juegos desordenados y brutales; diálogos interminables y sin interés entre el poeta florentino y los oscuros ciudadanos de la ciudad que ha buscado entre la muchedumbre; serpientes que arrojan fuego en lugar de veneno en las heridas que causan, y que inflaman á los condenados en menos tiempo del que necesita la pluma para escribir una ó ó una í.



«Ne ó si tosto mai ne í si scrisse:

Enigmas llenos de oscuridad ó repugnantes de lascivia, pero maravillosamente versificados; llamas que hablan; cismáticos cuyo vientre agujereado por una espada dan salida, como los toneles cuyas duelas están mal unidas, á sus entrañas que cuelgan y dejan un rastro de sangre:

*Rotto dal mento insin clore si trulla!*

Versos cuya traduccion me haria enrojecer de vergüenza, y que M. de Lamennais se ha visto obligado á reproducir por medio de una decente circunlocucion; bustos descabezados que llevan en sus manos su propia cabeza á guisa de linterna:

*Di se faceva á se stesso lucerna;*

Sarnosos que se desgarran la piel rascándose con sus uñas, *como el cuchillo que quita las escamas al pescado*; Anteo que toma al poeta en sus gigantescos hombros para salvar un fozo de los infiernos; cráneos de sus enemigos que ase por los cabellos para interrogarlos; condenados que se despedazan á dentelladas como los tigres; relaciones interrumpidas á cada paso, que cesan sin saberse por qué, dejándonos en el espíritu una impresion de espanto que viene en pos del horror; y luego, en el canto treinta y tres, una narracion que sobrepuja en horror á las anteriores, si bien es sublime el que produce la descripcion del suplicio de Ugolino.

Es un verdadero toque de pincel satánico gra-

bado en el corazon por las garras de los demonios. Lo he traducido no por los horribles detalles del suplicio, sino porque se contienen en él algunos gritos sobrehumanos que el tormento arranca á las víctimas. La poesía jamás ha aullado gritos de esta naturaleza.

Nadie se sorprenda de la crudeza del estilo: es el del siglo del Dante. Traducir no es faltar á la verdad, débese calcar no solamente la imágen, más tambien la repugnancia que produce.

## IX.

«Nos habíamos separado de la sombra de aquel traidor que abrió á los enemigos las puertas de Faenza durante el sueño de la ciudad, cuando ví de improviso sentadas en la orilla de un foso cavado en el estanque de hielo, dos sombras. La cabeza de la una estaba encima de la otra á manera de tocado.

«Y de la misma manera que se come el pan cuando se tiene hambre, así el que estaba encima mordía con sus dientes la cabeza del que estaba debajo, en el sitio donde los sesos se unen á la nuca.

«Oh tu! que manifiestas un instinto tan bestial contra ese que te comes de esa manera, ¿dime por qué?» le dije; y entonces:

«Si tienes motivos de queja contra él, cuan-

»do yo sepa quien sois el uno y el otro, y cual es  
»su delito, hablaré de vosotros en el mundo de  
»arriba, si es que esta lengua con que os hablo no  
»se seca con tanto horror.»

«El pecador separó su boca de aquel repugnante pasto, limpióse los ensangretados lábios en los cabellos de la cabeza que habia roído por detrás, y comenzó así:

«Quieres que renueve el desesperado dolor que me atenacea el corazon, solo en pensar en lo que voy á referirte.

«Pero si mis palabras han de ser una semilla que fructifique en oprobio del traidor que estoy devorando, me oiras hablar y llorar al mismo tiempo.

«Ignoro quien seas y en virtud de qué privilejio has podido llegar hasta aquí; pero á juzgar por tu acento has debido verdaderamente nacer en Florencia.

«Comienza por saber que soy el conde *Ugolino*, y que este es el arzobispo *Rugiero*. Ahora te diré por qué es vecino mio en este lugar.

«Ocioso seria referirte el cómo á resultas de sus perfidias y de mi confianza fuí antes cautivo y luego muerto.

«Pero lo que no has podido saber de boca de nadie es el suplicio atroz que precedió á mi muerte. Esto lo vas á oír, y juzgarás despues lo mucho que este mónstruo me ha torturado.

«Por un estrecho tragaluz abierto en el muro de la torre del hambre, á la que he dado nombre, y

»que encerrará todavía á muchos otros, habia yo  
 »visto muchas veces la claridad del dia, cuando  
 »tuve un sueño que rasgó para mí el velo del por-  
 »venir.»

Aquí Ugolino refiere su sueño, que solo es una alusion simbólica á los partidos que se combatian en Luca, Pisa y Florencia.

«Despertéme al primer crepúsculo de la mañana, y oí á mis pobrecitos hijos, que estaban encerrados conmigo, llorar durmiendo y pedirme pan.

«Muy cruel serias si ya no te contristase la idea de lo que esto hacia presentir á mi corazón; y si con esto no lloras, ¿con qué lloraras jamás?

«Ya estaban despiertos, y próxima tambien estaba la hora en que segun costumbre nos traian el alimento; pero á causa de los sueños que habian tenido, cada uno de ellos se inquietaba preso de la duda.

«Y yo oí cerrar y sellar para siempre, en el piso inferior de la torre la única puerta por la cual se entraba, y miré el rostro de mis pobrecitos pequeñuelos sin pronunciar una sola palabra que les revelase mi angustia.

«No lloré, de tal manera me sentía petrificado de horror! ellos, si lloraban, y mi pequeño Anselmino me dijo: ¿Que tienes, padre, que así nos miras con esa mirada?»

«Pero yo no lloré ni respondí nada durante todo aquel dia ni durante la noche que le siguió,



»hasta el momento en que el otro sol apareció  
»de nuevo sobre el horizonte.

«Cuando alguna claridad hubo penetrado en  
»aquel calabozo del dolor, recorrí con la mirada  
»el rostro de mis cuatro hijos, y ví con horror  
»retratada en ellos la imájen del mio.

«En el exceso de mi dolor mordíme las dos ma-  
»nos, y ellos creyendo que el hambre me impulsa-  
»ba á comer de mi propia carne, se levantaron  
»despavoridos y me dijeron: «Padre, sería menos  
»espantoso para nosotros que te alimentases con  
»nuestros cuerpos; siendo tú quien nos ha dado  
»esta miserable carne, nadie más que tú tiene de-  
»recho á despojarnos de ella si es necesario.»

«Aparenté calmarme para no entristecerlos  
»más. Todo aquel dia y todo el siguiente perma-  
»necimos mudos los unos en presencia de los  
»otros. ¡Oh tierra cruel! ¿por qué no te abristes  
»para sepultarnos?

«Cuando hubimos visto, en este estado, el cuar-  
»to dia, mi hijo Gaddo se acostó á mis piés, di-  
»ciéndome: Padre mio ¿por qué no me socorres?»

«Allí murió; y de la misma manera que tu  
»me ves delante de tí, yo ví caer y morir sucesiva-  
»mente los otros tres, uno á uno entre el cuarto  
»y el sexto dia.

«Yo mismo, ya casi ciego por el hambre me  
»arrastré tambaleándome del uno al otro, y lla-  
»mé á dos de ellos despues que estaban muertos.  
»Despues, lo que el dolor no pudo hacer hizolo el  
»hambre.»

## X.

Es forzoso convenir en que separadas las repugnantes imágenes del principio de esta narración, la poesía ó la emoción por lo bello contenida en ella no puede llevarse mas lejos.

Pero ¿qué belleza? se me preguntará.

La belleza en el dolor, lo patético, la opresión del corazón conmovido por la piedad en presencia del dolor de otro; la consonancia sublime entre los sollozos de un semejante y nuestros propios sollozos interiores; el placer doloroso, pero placer moral al fin, de nuestra simpatía humana por el sufrimiento de un ser humano como nosotros, el *homo sum, humani nihil á me alienum* del poeta latino; esta simpatía desinteresada que constituye la naturaleza, la virtud y la dignidad del ser humano, se encuentran en todas partes en esta escena poética.

En la infancia y en la inocencia de aquellos cuatro hijos en la semi-oscuridad de aquella torre.

En el infortunado padre encerrado con sus cuatro hijos castigados por el crimen de su padre.

En la horrible y muda angustia que se apodera del padre hasta el punto de petrificarle, al oír el ruido inusitado que se hace al cerrar para

siempre la puerta de su prision, convertida en sepulcro desde aquel instante.

En la mirada estraviada y enigmática que el padre fija sobre sus pobres hijos al oír aquel ruido que significa cinco condenaciones á una muerte lenta.

En la admiracion del más jóven que al ver aquella mirada y no comprendiendo todavía su significacion pregunta á su padre: *Padre, che hai?*

En esa débil claridad del día que penetra todas las mañanas por la claraboya en el calabozo, para anunciar á los presos un espacio menos y un suplicio más, y para recordarles que ese sol que dá la vida, la alegría y la libertad alumbrá el resto del mundo en tanto que ellos permanecen en las tinieblas.

En esa acongojada pesadilla de los niños que sueñan con el hambre antes de sentirla, y que piden durmiendo el alimento que el temor de desgarrar el pecho de su padre les impide pedir despiertos.

En aquella segunda mirada del padre, despues de la tercera noche, que interroga con espanto el semblante de sus hijos, y que reconoce sobre aquellos cuatro *sudarios vivientes* de su pasion la marca de su propio rostro.

En aquel silencio de los días y noches siguientes, durante los cuales las cinco víctimas permanecen mudas, temiendo que el eco de su voz cause una nueva herida en el corazon de aquellos seres queridos.

En el mas jóven y predilecto de los niños que se acuesta para morir á los piés de su padre, y que le dirige en el delirio de la agonía aquellas palabras mil veces mas crueles que la muerte, aquella acusacion desgarradora del moribundo al moribundo: «Padre, ¿por qué no me socorres?

En el error de los niños que viendo á su padre roerse las manos con rábia, se imaginan que quiere devorar su propia carne y le ofrecen la que él les dió con la vida.

En fin, en esos hijos que vienen sucesivamente á acostarse á los piés de su padre, uno á uno, dice el poeta, haciéndole morir á él cuatro veces antes de que llegue su propia muerte.

La belleza moral, la belleza humana igualan en esta narracion el horror patético. Esto es lo que constituye su poesía.

Colocad á cuatro facinerosos en la misma situacion muriendo de hambre entre las convulsiones y las imprecaciones de la rábia; apartareis la vista con repugnancia, viendo en perspectiva un cadalso en lugar de un calvario.

Bello es el padre cuando al oir condenada para siempre la puérta del calabozo, se estremece y no piensa en sí mismo sino en sus hijos.

Bello es tambien cuando en la mañana siguiente interroga sus semblantes para calcular los progresos del hambre.

Cuando permanece silencioso atenaceado por el remordimiento y la desesperacion de haber he-



cho partícipes de su suplicio á sus hijos adorados é inocentes.

Cuando vé, como Niobe, formarse lentamente á sus piés el grupo de la familia muerta antes que el padre.

Solo falta á este cuadro la madre ó el recuerdo de la madre ausente; pero el poeta ha comprendido intuitivamente que era necesario apartar á la madre de este grupo; de otra manera hubiera sido imposible terminar la lectura; el corazon habria saltado en pedazos al oir su primer jemido. Ni el padre ni los hijos la llaman por temor á destrozarse el pecho con este recuerdo. ¡Divina reticencia de aquellos cinco corazones!

En fin, los niños son bellos en su inocencia, en su ignorancia del ruido de la puerta que se cierra sobre ellos como la losa de un sepulcro, en su sueño hablando del alimento, en su silencio para no martirizar á su desventurado padre, en sus gritos para ofrecerle sus cuerpos por alimento; bellos en su delirio cuando se dirijen á él como á una Providencia, preguntándole por qué los deja morir sin socorro; bellos, en fin, hasta lo mas sublime de la belleza cuando en los últimos momentos de la agonía se acercan uno despues de otro á su padre, se acuestan á sus piés y se dejan morir sin producir una queja á la sombra de aquel que les dió la vida.

Si la inmensa grandeza poética no está aquí, ¿dónde se encontrará? Ni Homero, ni Virjilio, ni Shakespeare tienen en tan breves notas tan subli-

mes acentos. Si Dante no tuviese más que estas dos escenas, Francesca y Ugolino, bastarian para ponerlo á su nivel.

## XI.

Lo demás del poema del *Infierno* no contiene más bellezas de composicion de este género; pero abunda siempre en bellezas y en horrores de estilo.

Aquí se ven condenados en el infierno del frio, cuyas lágrimas se congelan al brotar de sus ojos; allí almas sufriendo inauditos tormentos entre los demonios en tanto que los cuerpos de aquellos que tienen su nombre y apariencia sobre la tierra continúan viviendo en ella; más allá el rey de los demonios triturando tres condenados á la vez entre sus mandíbulas; estos tres condenados son Judas, Bruto y Casio. La parcialidad del Dante por el emperador de Alemania, explica el suplicio de los asesinos del César romano.

Despues Virgilio y el Dante salen del abismo y suben á las regiones superiores sirviéndose, á guisa de escalera *de las cerdas del cuerpo de Lucifer*, arrojado del cielo con la cabeza hácia abajo.

«Subimos así, yo el primero y él el segundo »hasta unas aberturas redondas, por las cuales »vimos las cosas hermosas que rodean el cielo.»

Así acaba, con una grotesca ascencion mas digna de *Gulliver* que de Virgilio, el poema de *El Infierno* del Dante; poema cuyas concepciones, están por bajo de las *Mil y una noches* árabes, pero cuyo estilo es la más robusta desnudez de poesía que jamás haya manifestado la fuerza de los músculos intelectuales sobre los miembros de un Hércules del pensamiento.

Pasemos á los dos otros poemas de la *Divina Comedia*.

---

---

## SEGUNDA PARTE.

---

### EL PURGATORIO.

Es una de las ideas filosóficas mas naturales á la humanidad, la de un lugar de prueba continua despues de esta vida, y de terminacion á los destinos de las almas en un lugar de purificacion y de iniciacion, llamado *Purgatorio*.

Siempre ha sido difícil, por no decir imposible para todos, la creencia en una eternidad de suplicios infinitos é irremediables en castigo de faltas temporales, limitadas en su duracion, en sus consecuencias y en su criminalidad; no ha sido posible asociar, sin una invencible repugnancia del espíritu y del corazon, á la idea de la bondad divina del Remunerador Supremo, una continuidad y una eternidad de suplicios que escluirian del Ser divino una parte esencial y necesaria de su mismo ser, la misericordia. Escluir así del cielo la mas dulce virtud de la tierra, la piedad, es cosa que se resiste á las almas tiernas; los



suplicios indescritibles de sus criaturas, formando parte de la felicidad del Creador, han hecho del dogma del infierno perpétuo, uno de los textos de la fé moderna, mas difícil de inculcar en el corazon de los cristianos mas ortodoxos. Muchos comentadores de los dogmas cristianos han tratado por medio de definiciones y de distinciones atenuantes, de reducir el infierno á una privacion dolorosa de la presencia y de la luz de Dios, en regiones eternas envueltas siempre en nubes; otros escritores ó predicadores religiosos, han declarado no comprender la palabra *eternidad*, aplicada á los suplicios sino como expresion de una larga duracion; más no han vedado á la luz de la misericordia infinita el entrar una vez en aquellas prisiones de los mundos sobrenaturales, para llevar al crimen expiado el perdón divino. M. de Chateaubriand, en su poema cristiano *Los Mártires*, cita la autoridad de los Padres de la Iglesia para esplicar en este sentido la eternidad de las penas y para borrar de la puerta del infierno el verso infernal del Dante: *Dejad toda esperanza, vosotros los que entráis*.

## XII.

Esta repugnancia del espíritu humano á admitir la irremediabilidad y la eternidad de las penas, ha hecho que todas las imaginaciones ad-

mitan con preferencia ese *infierno por tiempo* que sellama el *Purgatorio*. En él entra con el culpable el crepúsculo de la felicidad futura, la esperanza en el arrepentimiento, la oracion, y no solamente la oracion del que expía, sino la oracion de los amigos que ha dejado sobre la tierra, cuyo afecto, prolongado mas allá de la tumba, le sigue de un mundo al otro y paga con sus votos y con sus penitencias el rescate de su alma.

Este divino comercio, esta afectuosa comunidad, esta comunión de los vivos y de los muertos, esta violencia hecha á la clemente justicia de Dios por el amor de los que oran en favor de los que expian, este parentesco eficaz, en fin, que la muerte no deshace entre las almas de la tierra y las del Purgatorio, son una de las mas encantadoras concepciones de la poesía natural. Esta concepcion parece haber enternecido y dulcificado de improviso el alma del Dante, dando á sus versos el acento suave y casi celeste de las almas que vá á visitar en aquel vestíbulo subterráneo del paraíso.

Esto no causa estrañeza á quien haya visitado la Italia. El Purgatorio es la grande popularidad de la religion cristiana, en ese pueblo cuyos arrepentimientos son tan fuertes como sus pasiones. La página del Purgatorio, poema de todas las almas abandonadas y amantes de la tierra, está escrita ó pintada sobre los muros de todas sus iglesias, capillas, monasterios, ermitas y hasta en las encrucijadas de sus caminos.

El primer monumento que la piedad italiana erige á su primer duelo, es una pintura mural en sufragio de las almas del Purgatorio; las mismas rocas de sus Alpes de sus Apeninos ó de los Abruzzos están santificadas con ellas. ¡Cuántas veces viajando á pié por aquellas montañas, me he enternecido encontrando inesperadamente algunos de esos monumentos invocatorios situados en parajes inaccesibles á los pasos del viajero, mas no á la piadosa conmemoracion de la viuda, de los huérfanos, de los hermanos y de los amigos que han perdido una prenda querida del corazon!

Los recuerdos de uno de aquellos monumentos de lágrimas, de una de aquellas piedras millares de la peregrinacion de la tierra al cielo, se representa todavía en mi memoria con todos sus accidentes de luz, de sombra y de situacion pintoresca.

### XIII.

El sendero sube serpenteando bajo altísimos acantilados de rocas resplandecientes, que humean, como la boca de un horno, evaporada su humedad por la accion de un sol de estío. Encinas verdes de nudoso tronco, ramas retorcidas y oscuro follaje; alcornoques y algunos pinos de ancha y aplastada copa, crecen acá y allá en la cornisa de los tajos de peñas y barrancos. Algu-

nas cabras negras se mantienen inmóviles en las rocas exentas como estátuas egipcias de animales simbólicos, enhiestas sobre pedestales de mármol. Miran pasar á los viajeros volviendo su luciente cuello y cuernos bronceados hácia el viejo pastor que las guarda, como para avisarle ó interrogarle con la mirada.

El sendero que subía hácia la cima, desciende de improviso por una estrecha hendidura de la montaña. Allí cada muralla forma un saliente que se pierde descantillándose en el azul del firmamento. Esta hendidura ó barranca, mantenida en la sombra por los dos lienzos de rocas, está cuajada de castaños, cuyas hojas lustrosas gotean un rocío constante.

De improviso ábrese el desfiladero entre dos murallas de rocas cuya superficie, herida por los rayos del sol poniente, ofrece á la vista ya la blancura del mármol que se acaba de extraer de sus flancos, ya las tintas de color de rosa de las mejillas de una jóven que se ruboriza. Desde aquella abertura contéplase el cielo desde luego y despues el mar que se pierde en el horizonte visual. Grandes águilas de color leonado sacuden pesadamente sus álas sobre las cornisas de las dos murallas de mármol. El color azul del cielo y el cerúleo del mar se confunden de tal manera en el horizonte, que no se sabe si las velas triangulares ó latinas que cual palomas blancas salpican la vasta estension del mar, se mecen en sus aguas ó en el firmamento.



En tanto que os sentis deslumbrado con los vivos reflejos de aquel delicioso panorama, y cuando os creéis solo entre el cielo y la tierra á mil pasos encima de la morada de los hombres, una brisa que susurra, ó mas bien una brisa salmodiada éco confuso de voces de niños y de mujeres, llega á vuestros oídos filtrándose entre los mirtos y los pinos desde el fondo de la caverna que se abre á la izquierda en una dilatada abertura tallada en la roca por la mano del hombre.

Acerquémonos deslizándonos entre los pedruscos de una cantera de mármol abandonada, y veremos una capilla groseramente esbozada en una concavidad de la falda de la montaña.

Algunas almas en pena, representadas por figuras de mujeres que tienen las manos juntas en actitud suplicante y que lloran lágrimas del tamaño de un canto rodado, aparecen entre llamas rojizas que embadurnan la pared; sobre ella se ve pintado un cielo azul, cruzado por ángeles alados que parecen estar en comunicacion con las almas castigadas.

De hinojos en las gradas del oratorio mírase una mujer jóven todavía y bella que tiene á su lado dos niñas de corta edad. Es la viuda y los dos últimos hijos de un pobre trabajador de las canteras de mármol de aquellas montañas, que murió aplastado tres años antes, bajo un enorme trozo de piedra que arrancaba de la cantera.

Detrás de este grupo está un jóven adolescen-

te de doce á trece años que oprime con su brazo izquierdo una abultada gaita de los Abruzzos. Sus notas pastorales y prolongadas acompañan bajo la roca las letanías salmodiadas por su madre en memoria de su padre. Algunos pasos mas distantes mantiénese en cuclillas y con la cabeza inclinada sobre sus rodillas, una anciana, abuela sin duda de aquellos niños. Su blanco cabello descubierto se ajita lijeramente á impulsos del viento que se escapa de la gaita, como la pelusa de las cardenchas secas se desparraman bajo el aliento del camello que pasta á su lado.

Detengámos nuestros pasos, y descubramos la frente por respeto á esta escena entre los vivos y la muerte. Tenemos ante los ojos y en el corazón toda la poesía del *Purgatorio*.

Sin duda que esas escenas tan frecuentes en Italia, esos oratorios, esas pinturas, esas músicas, esas lágrimas, esas ofrendas y oraciones de las cuales está saturado el aire que se respira en aquel país, debieron inspirar al Dante las suaves imágenes y los dulces versos de su poema el *Purgatorio*. El alma bucólica de Virgilio, su maestro, parece verdaderamente haberse apoderado de él esta vez. Juzgad de ello por las citas que tomó, no alazar, sino en casi todas las páginas de esta deliciosa peregrinacion entre lágrimas dulcificadas por la oracion y enjugadas por la esperanza.

Solo citas pueden sacarse del poema del *Purgatorio*, como acontece con el del *Infierno*.

No hay asunto en él, ni unidad, ni composicion; es una revista; una epopeya compuesta de varias escenas inconexas. Hay, pues, escenas pero no hay drama. Pero ¡qué maravillosos exordios á todas aquellas escenas!

## XIV.

Desde luego es forzoso renunciar á comprender la arquitectura fantástica de la montaña ideal en la que el poeta pone el *Purgatorio*, donde es recibido por Caton de Utica, que ciertamente nadie espera encontrar en aquel sitio. Caton que, segun dice el poeta, nada pudo rehusar á Marcia, su esposa, durante su vida, recibe al Dante en conmemoracion de aquella Beatriz cuyo nombre invoca el poeta.

Dante se siente vivamente impresionado por la luminosa serenidad de un dia semejante á luz de la aurora, que brilla en aquella mansion de la esperanza:

*Dolce color de oriental zaffiro, etc.*

«Una tinta suave de zafiro oriental, que se repercute en la serenidad de una atmósfera trasparente hasta el primer círculo, devolvió la alegría á mis ojos en el momento en que salí del aire muerto que durante tanto tiempo me habia contristado la vista y el corazon.

«Los hermosos planetas que convidan á amar,

hacian sonreír el Oriente todo entero, etc., etc.»

Un ángel á quien sus alas sirven de remos le hizo cruzar el mar que rodea la isla de las almas en suspension.

«Las almas que se preparaban para recibirme, deduciendo de mi respiracion que no estaba muerto» dice el poeta, «palidecieron en vista del prodigio.»

«Y de la misma manera que un mensajero de paz que lleva en la mano el ramo de oliva arrastra en pos de sí la multitud ansiosa de adquirir noticias sin que ninguno se repare en atropellar á los otros, de la misma manera, etc.»

Una de aquellas almas le reconoce y la abraza; sin conocerla quiere el Dante devorverle su afectuosa caricia; pero ó prodigio! «Tres veces, dice; la rodeé con mis brazos para estrecharle sobre mi corazon y otras tantas mis brazos encontraron el vacío y se apretaron contra mi pecho» Aquella alma era la de un músico amigo suyo, que le cantó uno de los versos amorosos de la juventud del Dante:

*Amor que al corazon me habla!*

Las almas escuchaban estasiadas. Caton las reprende por su indolencia.

«Como las palomas que agrupadas en un campo cubierto de la semilla que más apetecen, permanecen sosegadas hasta que viendo llegar de improviso alguna cosa que las inquieta dejan el alimento y huyen presas de la inquietud; así ví aquella muchedumbre de almas renunciar



á la seducción de aquel canto y dispersarse por la playa á semejanza de uno que anda maquinalmente sin saber donde le conducen sus pasos.»

De estas pinturas verdaderamente homéricas que deslumbran ó seducen á cada instante los ojos, están llenas las páginas del *Purgatorio*. La fibra irritada del poeta del *Infierno* se habia suavizado durante los dias de un largo destierro, y su talento habia crecido en la medida de sus años.

## XV.

Mas adelante el poeta pregunta á las almas el camino que debe seguir para escalar la roca, y representa de nuevo con una sencilla comparacion pastoral la solícita diligencia de las almas por complacerle.

«Así como las ovejas encerradas salen del aprisco, primero una, luego dos, luego tres, en tanto que las otras se detienen tímidamente en la puerta con los ojos medio cerrados y el hocico pegado al suelo, y lo que hace la primera las otras tambien lo hacen, adosándose á esta si se pára, sumisas y candorosas ignorando ellas mismas el porqué hacen aquello; así, etc.»

La espresion de las cosas metafísicas, las definiciones y las distinciones de la filosofía transcendental, están espuestas por el poeta con el

mismo vigor y claridad que las escenas de la naturaleza visible. Con el mismo pincel que pinta la materia, pinta el alma. Oid estas cuatro estrofas del canto cuarto. Aristóteles, ni Santo Tomás de Aquino habrian podido definir ó distinguir con mas exactitud en prosa.

Cuando nuestra alma se recoge ó se concentra más resueltamente en sí misma bajo una impresion de placer ó de dolor que se apodera de una de sus facultades por entero, parécenos que las demas facultades quedan absorbidas, y este fenómeno refuta el error de aquellos que creen que sobre nuestra alma única tenemos otra alma que nos anima! Así como tambien cuando vemos ú oimos una cosa que mantiene poderosamente nuestra alma en estado de tension, fija en un solo objeto, la medida del tiempo que se nos escapa y el hombre no lo siente huir; porque es otra la facultad que mira ó que escucha, y otro el conjunto de las facultades que mira ó que componen el alma por entero. La primera está encadenada, en tanto que la segunda goza de entera independencia.

## XVI.

En otra parte describe con el enérgico laconismo de Pascal, la separacion del alma y del cuerpo bajo el puñal de un asesino.

«*Caddi et rimase la mia carne sola*»

Caf, y mi carne quedó sola.

Acentos patéticos interrumpen acá y allá de rechazo en el corazon humano, las visiones sobrenaturales y frecuentemente apocalípticas de sus cantos. Sus versos le bastan para enter-  
necer toda la Italia acerca del destino de *la Pia*, mujer de *Nello della Pietra*, la cual por una sospecha de su marido fué arrojada desde un balcon á los fosos de su castillo. Encuéntrala Dante, y ella le reconoce.

«Ah! cuando seas vuelto en el mundo de los «vivos y hayas descansado de tu largo viaje» le dice, «acuérdate de mí, soy *la Pia*. Nací en Sien-  
«na, la *Maremma* me destruyó! Bien lo sabe «aquel que se desposó conmigo y fué el pri-  
«mero que me puso el anillo nupcial en el de-  
«do.» Esta reticencia acusadora y vengadora, es más fatal que la entera narracion del ase-  
sinato.

Estalla de improviso en el sexto canto, una amarga y sublime imprecacion á Italia, imprecacion que se ha hecho inmortal en los lábios de todos los patriotas. Mas es la imprecacion de *Gibelino* que reprende al pueblo por haber rechazado su César.

«Ah! Italia esclava! hosteria de dolor, navio «sin piloto en la tempestad, no reina de las pro-  
«vincias, sino lugar infame de prostitucion!

«Ni uno solo de los que ahora viven en tu «seno disfrutan de paz en medio de tus guerras

«civiles! Y aquellos que encierran una misma  
«ciudad, una misma muralla y un mismo foso  
«se devoran los unos á los otros.

«Mira, miserable! si encuentras en todos los  
«litorales que bañan tus mares, y mira en el  
«interior de tus provincias, si hay un solo palmo  
«de terreno donde no anda la guerra civil.

«¿Para qué tomaria de nuevo Justiniano las  
«riendas si la silla está vacia? Sin esto, acaso,  
«tu oprobio sería ménos merecido!

«Ah! pueblo ¿quién deberia ser más adicto  
«que tú á su verdadero dueño y dejar á tu César  
«sentarse sobre la silla si comprendieses mejor  
«lo que Dios exige de tí?

«Mira cómo esa bestia feroz se ha vuelto in-  
«dómita desde que no está mutilada por la es-  
«puela, y que tú has puesto la mano en el es-  
«tribo!

«Oh! Alberto el Aleman que la abandonó  
«á sí misma y que la dejó reacia y salvaje,  
«mientras que tú deberias cavalgar en el ar-  
«zon!

«Que un justo castigo caiga desde las estre-  
«llas sobre tu raza, y que este castigo sea nue-  
«vo y evidente para que haga temblar á tu su-  
«cesor!

«Ven! ven! mira tu Roma que llora su sole-  
«dad y la viudez en que la has dejado, y que te  
«dice noche y dia: «César mio ¡por qué me aban-  
«donas!»

No es posible invocar con más claridad la



invasión de la patria por el extranjero. El destierro puede desnaturalizar hasta el patriotismo en las almas que encierran más venganza que virtud. Tal era Dante.

Se necesitarían tantas páginas de comentarios como de versos para explicar las innumerables alusiones contenidas en los cantos que siguen. Sin embargo, el octavo comienza con unas estrofas dulces como una tarde del estío y melancólicas como un adiós eterno. Traduzcámoslas.

«Era la hora que lleva en sus alas el pesar de los navegantes hacia la orilla, y que enternece su corazón al declinar el sol del día en que se despidieron de los seres amados; la hora que atormenta el corazón del viajero recién salido de su morada, si oye sonar en lontananza la campana que parece despedir con lágrimas el día que se va, etc.»

La descripción de la mañana, en el canto noveno, no es menos gráfica, aunque menos conocida.

«En la hora en que, próxima la mañana, la golondrina empieza á gorjear sus tristes notas en recuerdo acaso de sus primeras desdichas, hora durante la cual nuestra alma errante llora desprendida de la materia y mas dispuesta por el pensamiento para sus visiones, y casi elevada á su naturaleza divina. Ví en sueños una águila con alas de oro, etc.»

Mas luego caemos en las tinieblas de un tex-

to oscuro é incoherente, en el que brillan no obstante algunos versos de diamante, como los que siguen:

«Orgullosos cristianos! cansados yá de vuestros miserias, vosotros que, casi desprovistos de la vista de la intelijencia, solo teneis fé en los pasos atras, no sabeis, pues, que solo somos gusanos de la tierra nacidos para convertirnos en la angélica mariposa que vuela invencible hacia la eterna justicia?.....»

## XVII.

Despues de algunos cantos en que el poeta cada vez mas inenteligible, cansa al lector con sus innumerables encuentros con personajes más ó ménos desconocidos de la Biblia, de la fábula ó de la história florentina, se acuerda al fin de Beatriz, que parece representar para él el amor y la fé.

«Hijo mio,» le dice Virjilio, «entre Beatriz y tú ya no hay muro que os separe.»

«De la misma manera que Piramo agonizando al oir el nombre de su amada Tisbe entreabrió los párpados y la miró, en la hora en que la morera se tiñe de púpura, así mi esterilidad humedeciéndose de pronto, volvíme hacia mi sábio guia al oir el nombre que se reverdece eternamente en mi memoria!»

Aquí describe el Dante una escena que es de las más arrebatadoras de su poema, en versos tomados de las églogas de su maestro.

«Los tres sábios se acuestan para dormir á puestas de sol sobre las gradas de la montaña.

«Como las cabras indóciles y vagabundas antes de haber pastado en las cimas, se hacen domesticables y pacíficas rumiando su alimento,—y estacionan silenciosas en la sombra en tanto que el sol lanza sus rayos de fuego, bajo la guarda del pastor que puesto en pié y apoyado en su cayado, y vela por su seguridad, y tal como el pastor que se acuesta al aire libre, inmóvil y pasa la noche al lado de su piara vigilante para que las bestias feroces no vengan á dispensar el rebaño;—así estábamos los tres en aquel momento, yo como la cabra, ellos como los pastores dormidos acá y allá en la caverna. Poco se veía desde ella de las cosas de fuera; mas por aquel corto espacio veía yo las estrellas más centelleantes y más grandes que de ordinario. Así pensando y mirando, sorprendióme el sueño, el sueño que muchas veces antes de que las cosas sucedan, sabe las cosas que van á suceder!»

Duérmese y le visita un sueño.

«Parecíame ver en sueño, dice, una mujer jóven y bella, yendo y viniendo por un erial cogiendo flores y cantando.» Decía:

«Aquellos que me preguntaren mi nombre sepan que soy *Lia*, y que registro con mis her-



«mosas manos la yerba para tejarme una guirnalda;—para que mi espejo me presente una imágen que me embelese, me engalano aquí—pero mi hermana, esa no se aparta nunca del espejo, y todo el día permanece sentada en frente de él: ella se complace deliciosamente en contemplar sus hermosos ojos, como yo en embellecerme con mis manos. Ver, es toda su dicha, obrar es la mia.»

## XVIII.

Pero ya entre los resplandores del crepúsculo, tanto más dulce para el viajero cuanto que están más cerca de su morada, huían las tinieblas por todos los lados del horizonte, y el sueño también de mis ojos con ellas. Levantéme, y viendo á los sábios ya en pié, etc.»

Virgilio le anuncia metafóricamente que toca á la meta de sus mas vehementes deseos, que son volver á ver á Beatriz; y él arde por llegar á ella.

«Tanto deseo sobre tanto deseo» dice, «tuve de elevarme mas alto, que á cada paso que daba parecíame que me salían nuevas álas para volar.»

«Hé ahí el sol que te hiere en la frente,» dijo Virgilio, «mira la tierna yerba, las flores y los arbustos que nacen espontáneamente en



«esta tierra, en tanto que los hermosos ojos (de Beatriz), cuyas lágrimas me enternecieron, para rogarme de venir á tí, se serenán y alegran al saber tu llegada. Ahora puedes sentarte ó vagar segun sea de tu agrado en estas flores-tas, etc.»

Esta deliciosa parada en medio de las más frescas y más amorosas imágenes recuerda el cantor de Francesca, el discípulo de Virgilio, el precursor de Petrarca. Es un oasis en aquel desierto de escolástica; mas, desgraciadamente estos oasis son pocos y no se dilatan más allá de algunos versos. Vuelve el poeta demasiado pronto á la aridez y frío de la alegoría.

No obstante, á medida que el presentimiento de la próxima entrevista con Beatriz ajita su ánimo, sus versos adquieren progresivamente el acento de sus primeras poesías amorosas. Al fin, al salir de una selva encantada poblada de las más seductoras apariciones femeninas, la misma Beatriz se le aparece en la orilla opuesta de un arroyuelo.

«Mírame bien, mírame bien» le dice, «sí yo soy, yo soy la misma Beatriz. ¿Al fin te has dignado subir á esta montaña? ¿Ignorabas que aquí el hombre es dichoso?»

«Mis ojos,» continua el poeta, «se fijaron en las limpias aguas de la fuente; mas al verme tan demudado los volví hácia la yerba, tanta era la vergüenza que enrojecia mi frente.—Como una madre que se muestra severa con su hijo,

así me parecía entonces, porque el sabor de una compasión del superior, viene siempre mezclado de cierta amargura;—así como la nieve impelida y amontonada por los vientos del norte se conjela sobre los hombros de Italia,—luego licuada se funde sobre sí misma cuando la tierra que ella cubre la reblandece con su respiración, como la cera se funde al calor de la llama;—así permanecí sin lágrimas ni suspiros antes de haber oído el canto de los que acompañan siempre con sus armonías las evoluciones de los ástros eternos. Pero después que hube comprendido que aquellos espíritus celestes me manifestaban con su acento mayor y más tierna compasión de lo que habían dicho: «Oh! dama, ¿por qué me reprendes así?»—la nieve que se había amontonado sobre mi corazón se trasformó en agua y en soplo, y salió angustiosamente de mis ojos, y de mi pecho.»

## XIX.

Beatriz habla en un principio un lenguaje místico, semejante al de los ángeles, y con un acento que recuerda la impassibilidad de los espíritus; luego insensiblemente la muger y la amante se manifiestan en la inmortal que echa en cara con severidad á su amado, las distracciones amorosas que ha dejado sobreponerse en

su corazón á los sagrados recuerdos de su primer amor.

«El aspecto de mi semblante le sostuvo por «algun tiempo,» dijo ella á las almas que la escuchaban, «y haciendo brillar sobre él mis ojos «jóvenes, le guíé por el camino recto. Mas en- «cuanto me encontré en el dintel de mi se- «gunda edad y que hube cambiado de mi vi- «da en estos lugares, este,» añadió haciendo un gesto de reproche, se separó de mí para entregarse á otras.» (Alusion punzante á los muchos amores profanos que Boccasio y los demás historiadores vituperan al Dante despues de la muerte de Beatriz. Luego continua:

«Cuando fuí trasfigurada de carne en espíritu, y que mi verdadera belleza creció al compás de mi virtud, fuile menos querida, y le «parecí menos seductora. Dirigió sus pasos por «malas vias, imágenes falsas de lo verdadera- «mente bello, que no cumplen nada de lo que «prometen. Y de nada me sirvió pedir para él «inspiraciones, y por medio de sueños y de otras «maneras le llamé á mí, tampoco me tenia «en la memoria. Cayó tan bajo, que todos los «medios de salvarle estaban agotados y que ya «solo quedaba el espantarle mostrándole la raza «perdida de los condenados. Por eso visité la «puerta de los muertos, y mis ruegos y mis lá- «grimas se dirigieron á *este* que le ha conducido á esta altura. El decreto supremo de Dios «seria vano si se pudiera pasar este rio del ol-



«vido, y si se saborease el maná celeste en esta  
«mansion sin haber derramado una lágrima de  
«penitencia en señal de absolucion!»

Así termina el trijésimo canto del *Purgatorio*. Los olimpos y los infiernos de Homero, de Virjilio, de Milton y de Fenelon no contienen una escena más bella, ni un encuentro más patético, ni un lenguaje más divino. La santidad del alma beatificada, el resentimiento amoroso de la mujer, la silenciosa vergüenza del amante infiel, la fé del cristiano arrepentido, la alegría del poeta que vuelve á encontrar su juventud, su inocencia y su virtud en la primera criatura que ha amado, se funden y confunden en tal armonía de colores, de sentimientos, alegrías, remordimientos, lágrimas y adoracion, que hacen el drama tan divino como humano en el alma de los dos amantes reunidos en el confín de los mundos. Es imposible dejar de conocer que Petrarca se ha inspirado en aquel platonismo precursor del Dante en sus amores con Laura, y que Milton ha imitado, sin sobrepujarlas, aquellas pinturas y diálogos en sus escenas en el Eden entre la primera mujer y el primer hombre. Si Dante tuviese muchas inspiraciones semejantes, habria reunido á la salvaje rudeza del pincel de Miguel-Angel la suave inocencia de la paleta del Correjo.



## XX.

Al comenzar el canto trijésimo primero, Beatriz parece gozarse un poco, á manera de verganza, en el silencio y en la confusion de su amante.

«Dí, pues, si esto es cierto,» continua ella. «A la gravedad del cargo es preciso que se una «tu confesion.» Dante no encuentra palabras para responder. «¿En qué piensas?» insiste ella. «¿Pues qué, tus vergonzosos recuerdos no han «sido ya borrados por las lágrimas de tu corazón?...» El sí que murmuró el poeta fué tan imperceptible para el oído, que solo lo comprendieron los ojos por el movimiento de los lábios.

«¿Qué encanto, qué cadenas son esas que te «tienen sin movimiento,» continua la amante, mujer y alegría al mismo tiempo.

«Ay de mí!» responde el culpable, «las cosas «que se ofrecieron á mis ojos no bien se me ocultó vuestro semblante, estraviaron mis pasos con «un falso atractivo!»

«Escucha,» continua Beatriz todavía inclemente con su amante, «ni la naturaleza ni el «arte te ofrecieron jamás un atractivo semejante «al que poseía la forma mortal en que fuí encarnada, y que ahora está reducida á polvo; y «si te faltó aquel atractivo cuando fallecí, ¿cuál «otra forma mortal podia atreverse en lo suce-

«sivo con semejante deseo? ¿Debias tú aterrarse  
«tu vuelo para buscar tan bajo otras heridas de  
«alguna jovencilla ó de cualquier otra vanidad  
«de tan breve pasatiempo? El pajarillo recién  
«salido del nido se engaña dos ó tres veces antes  
«de conocer el peligro; pero aquellos que están  
«cubiertos de pluma, no se dejan cojer en el la-  
«zo, y saben burlar la flecha!»

«Quedéme como los niños que avergonzados de  
«su falta, bajan los ojos y permanecen inmóviles  
«confesándose culpables; y ella me dijo entonces:  
«Puesto que sientes tanto pesar al escucharme,  
«lavanta la barba y será mayor tu dolor al mi-  
«rarme!»

«Obediente á su mandato alcé la cabeza; cuan-  
do ella indicó mi rostro con la palabra barba,  
comprendí perfectamente la malicia de la inten-  
cion.» (Ella quiso significar de esta manera, que  
ya no era niño, sino hombre de edad madura  
cuando cometió sus faltas.)

«Aparecióseme,» continua el poeta, «en la ori-  
lla opuesta del arroyo verdoso por la sombra de  
la vejetacion de sus orillas; mostróseme cubier-  
ta con un velo trasparente; su belleza primera  
quedaba eclipsada por su belleza presente, tanto  
como en otro tiempo habia eclipsado todas las  
demás bellezas de la tierra.

«Y la ortiga del remordimiento me punzó tan  
cruelmente el corazon, que tanto como habia  
amado las cosas que me apartaron de ella otro  
tanto las aborrecí.»

## XXI.

Aquí empieza de nuevo la alegoría siempre fría y confusa de la fé representada por una mujer, y de la virtud representada por el amor. Beatriz pasa su brazo de amante en derredor del cuello de su amado, le sumerge la cabeza en las aguas purificantes del arroyo. El arroyo representa sin duda la *gracia*. Luego le introduce en la sociedad de cuatro hermosas mujeres, que cantan: «*Aquí somos ninfas, y en el cielo somos estrellas. Antes de que Beatriz hubiera bajado del cielo, fuimos elejidas para acompañarla.*»

«Vuelve, ¡oh Beatriz! ¡vuelve tus ojos hácia tu «fiel amante, que tantos pasos ha andado para «volverte á ver! Concédenos la merced de descu- «brir tu boca delante de sus ojos, para que con- «temple la segunda belleza que ocultas todavía.»

Las últimas visiones del poeta son: Un grifo, un carro en el que suben las ninfas con el grifo, un árbol que muda sus hojas, un águila que siembra sus plumas sobre el carro, un dragon que sale de él y que sumerge en él su cola, siete cabezas que salen de la lanza y de los cuatro ángulos del carro, un gigante que abraza á una cortesana impúdica (cuyo nombre obsceno no me atrevo á traducir), un navío destrozado por una serpiente, náyades que encuentran la pala-

bra del enigma, *siete ninfas en la estremidad de una sombra pálida*, diálogos proféticos é inentelijibles entre Beatriz y su amante, y una agua de salud bebida abundantemente por el Dante, Virjilio y Estace.

«Pero estando lleno el papel,» dice el poeta, «que tenia destinado á este segundo canto, el «freno del arte me veda continuarlo. Me siento «purificado y dispuesto á subir hasta las estre-  
«llas.»

Este es el poema del *Purgatorio*, lleno de alegorías glaciales, de alusiones oscuras, de invenciones estrañas, de encuentros conmovedores y de versos sobrehumanos.

Ascendamos con el Dante al Paraíso, hácia el cual las fuertes álas de su jénio podian conducirle sobre imajinaciones mas sensatas.



---

## TERCERA PARTE.

---

### EL PARAISO.

Desde los primeros versos revélase el mismo poeta; poeta de los limbos, entre los fantasmas de la edad media y los crepúsculos del renacimiento.

«A la gloria,» así empieza, «de aquel que mueve todas las cosas (*mens agitat molem*) que penetra de su esencia el universo entero, y que resplandece con mayor evidencia en ciertas partes de su obra y con ménos claridad en otras; he subido, yo, al cielo, y he visto en él cosas que no se pueden decir cuando se ha vuelto á bajar á la tierra.»

Inmediatamente despues invoca el buen Apolo y el Parnaso de doble cima, á fin de que aquellos le saque, como sanó á Marsyas, de la envoltura de sus miembros. Esta vez, Beatriz es quien le guia; ella fijando la luz de los soles, y él mirando aquella luz en ella.

«Absorbíame de tal manera en su esencia,» dice, «que me hice semejante á *Glaucos*, quien alimentándose de yerbas marinas, se hizo de la misma naturaleza de los otros dioses.

«Amor que gobiernas el cielo, bien lo sabes tú que me levantastes por medio de tu luz!»

Esta idea de franquearse la entrada del cielo por el amor y de ver á Dios por los ojos de la mujer que tanto amó, recuerda incesantemente al amante en el teólogo. Presiéntese á Petrarca y á Abelardo en el filósofo y poeta toscano.

Espántase á la vista de los océanos de luz que atraviesa; interroga á Beatriz, quien rectifica sus ideas. «Con un suspiro de tierna compasión,» dice, «bajó los ojos sobre mí, como una madre que se inclina sobre su hijo que delira.» Con admirable lenguaje explícale ella las leyes del orden material y las del moral. Diríase que son Aristóteles y Platon quienes hablan en verso.

«Vosotros,» esclama el poeta arrebatado de entusiasmo, «que embarcados en una débil navicilla deseais seguir mi navío que canta vogando,—retroceded hácia las orillas, no os aventuréis en este dilatado mar, porque si llegarais á perderme de vista, os estraviaríais!—Las ólas que surca mi nave son todavía desconocidas. Minerva me inspira, Apolo me conduce, nuevas musas me señalan la estrella de la Osa!—No podeis afrontar el alta mar sino es siguiendo el surco que trazo en estas ólas, y que se cierra detrás de mí!»

Después de este segundo exordio lírico continúa la voga.

«Beatriz,» esclama de nuevo, «miraba hacia arriba, y yo miraba en ella!»

Con ella entra en la primera estrella. Escuchad al poeta.

«La perla eterna nos recibió en su seno, como el agua recibe, sin rizarse, el rayo de luz!»

Aquí nos dá una lección de astronomía escolástica y mística que desgraciadamente introduce en la poesía todas las sutilezas de la escuela.

Allí encuentra el Dante una monja florentina, llamada *Picarda*, y le pregunta si las almas relegadas á este rango inferior del cielo desean subir más alto para comprender y amar mejor. Ella le responde que la conformidad con la voluntad divina es el verdadero cielo, y que si el alma deseara elevarse más ó amar más, dejaría de estar conforme con aquel que le puso aquellos límites de felicidad y de inteligencia.

«Su voluntad es nuestra paz.»

Créese estar leyendo *La Imitación de Jesucristo*, que iba á darse á luz poco tiempo después, poema moral mas cristiano y mas patético que el del Dante. En aquella obra deberian buscar Mr. Ozonam y sus discípulos los títulos de la filosofía cristiana de la edad media.

## XXII.

En esta ocasion Beatriz explica á su amante con más ó ménos acierto el equilibrio de los dos deseos en el corazon de los bienaventurados.

Los cantos que siguen son una série de definiciones mas bien de casuistas que de filósofos y poetas. Hay en ellas una deliciosa comparacion referente al cristiano sumiso á la Iglesia.

«No hagais como el cordero que deja la teta y «la leche de su madre, y se entretiene, sencillo y «alocado en justar él mismo con ella.»

Consagra un canto todo entero á discutir los destinos políticos de Italia, y á ponderar la gloria de Justiniano.

Otro para explicar el misterio de Dios sacrificando su hijo inocente representante de una naturaleza culpable. Aquí se pierde el poeta en el dédalo de una metafísica sutil y nada poética. Cipris y Cupido aparecen en el planeta Vénus, que inspira el amor demente. Beatriz aparece en él revestida á resultas de aquella influencia de un aumento de belleza. Los resplandores se mueven describiendo círculos. Son los espíritus que habitan el tercer cielo; necesitaríase una clave histórica á cada nombre para comprender lo que aquellos espíritus le dicen al Dante. Hay soles que cantan, ruedas que argumentan, y los gefes



de las órdenes monásticas desfilan delante del poeta; el papa y los cardenales se ven injuriados como desertores del pesebre de Nazaret, donde el ángel de Dios replegó sus alas. Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Asís y Santo Domingo, son exaltados en versos que brotan alusiones enteramente claustrales. Éntrase en seguida en verdaderas tinieblas palpables. Dante hace hablar allí unas veces á Santo Tomás y otras á Beatriz. No se daría crédito á tales fantasmagorías del cielo escolástico si las tradujese aquí.

«Este,» dice uno de los resplandores, «es *uno*, «*dos y tres* que siempre vive y reina en *tres*, *dos* «y *uno*, no circunscripto, pero todo circuns-  
«criptivo.

«Bendito seas tú, *trino* y *uno*, que tan generoso fuistes en mi simiente!—Tú crees que tu «pensamiento viene á mí de aquel que es el primero, como de *uno*, si se sabe, procede el *cinco* «y el *seis*.»

Hé aquí en lo que se extasían los fanáticos descifradores de aquellos quince cantos geroglíficos!

### XXIII.

En el decimosétimo canto, el espíritu del poeta retrocede hácia la inquieta Florencia, con lo que el espíritu del lector descansa un momen-

to en el mundo real. Estos versos son la eterna querella y tambien la eterna consolacion de los desterrados.

«Como Hipólito saliendo de Atenas por el crimen de su pérfida y despiadada madrastra, así «tendrás que salir de Florencia.—El rumor público, como siempre acontece, se cebará en el «inocente perseguido; pero la verdad que dispensa la venganza, se levantará un dia para dar «testimonio.—Dejarás todo lo que amas con más «ternura, este es el dardo que el arco de la proscriccion lanza el primero.—Probarás cuán amargo es el pan del extranjero, y cuán rudos esfuerzos cuesta subir y bajar por la escalera de «otro!»

Beatriz interrumpió á su amante en la relacion de sus destierros é infortunios.

«Cambia de reflexiones,» le dice, «y ocúpate «solo en pensar en aquel que alivia todas las iniquidades y todas las injurias.

«Y mira hácia arriba, porque el paraíso no «está solamente en mis ojos.»

«Y así como á medida que el hombre siente mayor satisfaccion en obrar bien, y advierte que su virtud se acrece de dia en dia,—así me apercibí que la circunferencia del cielo, bajo el cual yo me cernia, se habia dilatado á mis ojos, y me ofrecia sus prodijiosos éxtasis!»

## XXIV.

Despues de estas bellas estrofas, Dante cae de nuevo en las mas singulares trivialidades de estilo, haciendo figurar por las danzas de las almas bienaventuradas las letras del alfabeto.

*Or d, or i, or l in me figure.*

Luego describe contradanzas de vocales y de consonantes; resplandores que descienden á manera de lamparillas para coronar una *m*, y descansar cantando sobre ella; un pico que habla y que dice *io* y *mio yo* y *mi*, en tanto que en su pensamiento habia dicho *noi* y *nostro*, *nosotros* y *nuestro*; imágenes benditas que entreabren sus pestañas y que ajitan las álas, y luego prurumpe en estrofas descriptivas tan nuevas y tan resplandecientes como aquellas son opacas y grotescas, tales como esta introduccion del vijésimo canto:

«Cuando el astro que alumbra con sus esplendores al mundo, desciende de nuestro emisferio, y que apaga el dia en todos nuestros horizontes, el cielo, que poco antes se coloreaba solo con sus reflejos, se vuelve trasparente con infinitas luces, entre las cuales una sola resplandece más que ninguna. Así me pareció oír el

murmullo de un río cuyas aguas chispean saltando de roca en roca, dando testimonio de la inagotable fecundidad de su manantial; y de la misma manera que el sonido adquiere formas y se convierte en nota al pulsar las cuerdas del arpa, así como el aire sonoro se insinúa por los agujeros de la flauta adaptada al cuero de la gaita, así el murmullo del río subió por el cuello del águila, como si hubiese estado hueco; y allí se hizo voz, y de su pico salieron palabras tales, que las oía mi corazón, en el que las escribí!» etc., etc.

Aquí el misticismo sumerge á la poesía. Todo cuanto puede comprenderse es que el poeta unas veces exalta y otras reprende las órdenes monásticas, cuyos «miembros» dice groseramente, «antes flacos y caminando con los piés desnudos.

«Cubren ahora sus palafrenes con sus amplias capas forradas, de manera que con una misma piel caminan dos bestias:

*Si che duc bestie van' sott' una pelle!*

*Perlas* que hablan se presentan á él, y oye santas palabras dentro de sus conchas. Distráenle contando los vicios de los frailes. Pero al ver á Beatriz recobra instantáneamente sus pinceles de amante.

«Así como el pájaro suelto entre las hojas de los árboles cuya sombra ama tanto, posado sobre el nido que abriga á sus hijuelos durante la noche que lo oculta todo á nuestros ojos, para gozar de la vista de aquellos, y para darles el alimen-



to, cuidados que le hacen olvidar las mas rudas fatigas, al crepúsculo de la mañana levanta el vuelo y desde la rama mas alta espera con ardiente impaciencia la salida del sol, mirando fijamente hácia el lado por donde aparece el alba.»

Con estos versos preludia la aparicion de la Virgen María, á la que entona en el vigésimo tercero canto un *Te Deum* de amor. La maternidad está pintada en él, en un divino terceto:

«Como un niño que alarga todavia los brazos hácia su madre despues de haber agotado sus pechos, atraído hácia ella por el poder del amor que brota de dentro hácia fuera!

El misticismo cámbiase despues en verdadero delirio. El fuego habla, las llamas cantan: el mismo poeta interrogado acerca de la fé, responde cosas mas propias del pedantismo de la escuela que de las evidencias celestes en las cuales está sumergido. «La fé,» dice, «es la sustancia de las cosas esperadas, y el argumento de las cosas invisibles, y esto, en verdad, me parece la esencia de la fé; y de esta fé conviene *silojizar*, sin otras miras, puesto que la intencion hace las veces de prueba. Y este silojismo es tan concluyente para mí que toda otra demostracion me parece estúpida.» En seguida canta el *Credo* de la Trinidad en estos tres versos:

«Y creo en tres personas eternas; y las creo «tan *triples* y tan *una* á la vez que admiten «ra ser nombradas lo mismo el *sunt* que el *est* (son ó es).

En el acto se apodera del Dante un orgullo pindárico, y empieza su vijésimo quinto canto por un triunfo anticipado que se tributa á sí mismo.

«Si jamás acontece,» esclama, «que este poema sagrado en cuya confeccion han tomado parte el cielo y la tierra, y que durante tantos años me ha extenuado y enflaquecido, triunfe de la crueldad de mi *pátria*, que me ha espulsado fuera del redil donde dormía cual corderillo, enemigo de los lobos que la devoran; entonces con otra voz y otro traje volverá el poeta, y sobre las fuentes de mi bautismo ceñiré la corona!»

Despues describe en tres nuevos cantos la indescriptible naturaleza de los Angeles, de los Tronos y de los Serafines; y de improviso, como cansado al fin de aquellas anatomías de lo invisible, se revuelve contra las argucias de la teología y las flajela en versos acerbos.

«Cristo no dijo en su primer cenáculo: Id, y predicad al mundo semejantes bachillerías; mas dijo: «Dad un fundamento sólido á mi doctrina. «Pero ahora con chanzonetas, retruecanos y bufonerías se predica al pueblo, y, con tal que se «le haga reir, llénase la alforja y no se aspira á «más! «Pero bajo la capucha se anida tal pájaro «que, si el vulgo le viese, vería tambien la tontería de los que creen en él! «Con esto es con lo «qué engordaba el cerdo de San Antonio, y otros «muchos que son peores que puercos, que pagan «al mundo con moneda falsa.»

Despues de esta burlesca imprecacion, vuelve á las contemplaciones extáticas del paraíso. «Pe-ro,» dice, «en este difícil paso me doy por ven-cido, como nunca lo fué ninguna poeta trágico ó «cómico!»

## XXV.

En efecto, hasta el final del último canto, su poema sin accion, sin drama, y por consiguiente sin desenlace, ya no es mas que un deslumbra-miento de chispas, de fuegos, de llamas, de res-plandores, de álas y flores que vuelan, de trini-dades luminosas resplandecientes en una sola es-trella, de rostros rodeados de aureolas, de círculos inferiores fundiéndose en otros superiores, como los planos superpuestos de bienaventurados es-calonados por todos los pintores de apoteosis en las medias naranjas de las catedrales: San Ber-nardo, la Vírjen María, Raquel, Sara, Rebeca, Judit, San Juan, San Benito, San Agustin, San Pedro, Santa Ana, Esaú, Jacob, Moises y Santa Lucía, patrona de Palermo, entonan el *Hosanna* al Dios de las alturas. Túrbase la mente del poe-ta, fáltanle las palabras, y compara él mismo el anonadamiento de su espíritu;

«Con la nieve que se funde y se filtra bajo el calor del sol, con el viento que espira entre las hojas ligeras é inmóviles, con los oráculos de la

«Sibila que se pierden en su propia oscuridad.  
«VÍ,» añade, «cuanto el universo encierra encua-  
«dernado en un *tomo* por el amor.»

Al fin vislumbra, dice; «En la profunda y lu-  
«minosa estancia de un altísimo hogar, tres cír-  
«culos de tres tintas y de una misma superficie.  
«Y el uno por el otro parecían reflejarse como  
«*Iris* en otro *Iris*, y el tercero semejaba á un  
«fuego que irradia igualmente aquí y allí!»

«Y quise ver,» añade, «cómo la *imájen* se  
«*adapta al círculo y cómo se incorpora en él.*  
«Pero ya el amor que imprime el movimiento al  
«sol y á las estrellas hacía girar mi deseo y mi  
«voluntad como una rueda que circula bajo un  
«impulso universal.

## XXVI.

Así acaba con este último verso el triple poe-  
ma, como el sueño de un teólogo que se ha dor-  
mido en un cláustro mecido por los cánticos del  
coro y por el perfume del incienso, y á quien su  
imaginación representa en sueños las imágenes  
incoherentes de los cuadros de sacristía que con-  
templaba sobre los muros antes de cerrar los  
ojos.

Que la Italia y la Francia del siglo diez y  
nueve se extasíen friamente contemplando estas  
descripciones monacales de un paraíso del siglo



trece; que el fanatismo por la edad media compare tales concepciones y tal lenguaje á las concepciones elíseas ó cristianas de Homero, Virgilio, del Tasso, Milton, Fenelon, de Petrarca y del mismo Klopstok en su *Mesiada*, solo lo comprendemos en aquellos que aceptan el criterio ajeno, y que no se han tomado el ímprobo trabajo, como nosotros, de seguir verso por verso durante noventa y seis cantos, á aquel soñador inmortal, en los extravíos místicos de su génio incontestable.

Lector de buena fé y sin prevencion, repito aquí lo que dije al principio: sublime poeta, lamentable poema, pero monumento imperecedero del espíritu humano.

Este monumento que se debe compulsar cada vez que se quiera estudiar, para tomarlo por modelo, la marca de un poderoso génio de espresion en una lengua que participa mas del Titan que del hombre, no es un monumento de concepcion, sino un monumento de estilo. En efecto, el estilo jamás se ha visto, ni antes ni despues, ni en verso ni en prosa levantado por nadie á mayor altura que en los cantos del Dante. Una palabra es una estatua tallada de un solo golpe en un trozo de mármol por aquel escultor de la palabra; un toque de pincel es un cuadro lleno de vida al que nada falta, porque la imágen vive y se mueve en el lienzo de aquel colorista de ideas; cada pensamiento se convierte en proverbio, en cada verso saliendo de aquel espíritu de aquel corazon

cuya repercusion no menos poderosa que el golpe del balancin sobre el metal, acuña en moneda ó en medalla todo lo que pasa por su imaginacion de bronce. No es mas profundo Pascal, ni Bossuet es mas conceptuoso, ni Platon mas etéreo, ni Homero mas resplandeciente; Virjilio no es mas sonoro, Teócrito no es mas gracioso, Petrarca no es mas afeminado, ni Esquilo es mas trágico; pero todo esto por momentos salpicado en pájinas y en medias pájinas por flones de oro ó de diamantes en una mina de arena, de escorias ó de fango. Su estilo me recuerda á cada instante el busto por concluir de Bruto, existente en la galería de Florencia y ejecutado por Miguel-Ángel; trozo de mármol en el cual el cincel desenfrenado del artista, hiriendo á grandes golpes la materia, ha producido una obra maestra, mas no ha podido reproducir su semblante.

## XXVII.

Los italianos tienen fundada razon para envanecerse de haber producido aquel Titan de la poesia, quien despreciando los vocablos bárbaros y oscuros de la lengua toscana, formó la divina lengua de la Etruria. Convenimos tambien con ellos, y acaso más que ellos, en que es una desgracia para su literatura moderna, que los poetas sucesores del Dante, como el Tasso, Petrarca,

Ariosto y sus discípulos no se hayan mantenido con más firmeza sobre el camino trazado por el poeta de la *Divina Comedia*, á fin de conservar á su lengua la energía un poco borrosa, pero mas sencilla y mas latina que su diccion.

Pero jamás convendremos en que la *Divina Comedia* sea una epopeya comparable á las epopeyas antiguas de la India, de la Persia, de Grecia, de Roma, de la misma Italia, dos siglos despues del Dante. Los anticuarios de estilo tienen algunas veces las mismas supersticiones y las mismas prevenciones que los anticuarios de monumentos. Dante es una maravillosa antigüedad, pero no es él solo el génio italiano.

Una nacion que ha producido despues de él por la mano del Tasso, un poema épico no menos intachable pero más seductor que la *Eneida*; una nacion que ha producido, por la mano de Ariosto, el más inmortal capricho del génio que jamás haya hecho sonreir la musa severa de la epopeya; una nacion que ha producido un hombre mas grande que todos ellos, Petrarca, el Platon del amor celeste y del amor divino que hace hablar á la vez la piedad, la imaginacion y al corazon sus tres idiomas sobre humanos, en versos que no han sido ni serán cantados jamás sino en el cielo, esta nacion es ingrata con sus otros hijos mostrándose demasiado reconocida con uno solo. Dante fué el primogénito, mas no se llevó consigo toda la herencia. Muy pronto lo demostraremos al tratar de Ariosto, de Maquiavelo,

del Tasso, de Petrarca y de los escritores italianos de nuestro siglo.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .



---

# XVI CONFERENCIA.

---

## UNA PÁGINA DE MEMORIAS.

---

### COMO ME HICE POETA.

#### I.

Interrumpamos la monotonía de estos estudios sobre la literatura de los tiempos antiguos ó recientes, y ocupémonos un momento de los nuestros, y de nosotros mismos.

Voy á deciros como me hice poeta, ó mejor diré, como adquirí el gusto por la poesía, que me hizo, no un verdadero y grande poeta, pero sí uno de esos hombres que en Italia se llaman *un dilettante*, y en Francia *un amateur* de poesía y de literatura; porque yo no me hago ilusiones, y jamás me he dado á mí mismo ni otra importancia ni otro nombre.

Creo que un verdadero poeta es un hombre nacido con una esquisita sensibilidad de sentimiento, con una imaginacion poderosa para concebir y una razon bastante clara para poner en órden su sensibilidad y su imaginacion; es un hombre que se secuestra completamente á sí mismo de todas las demás ocupaciones de la vida, que se encierra en la soledad de su corazon, de la naturaleza y de los libros, como el sacerdote en su santuario, y compone para su época y para el porvenir uno de esos poemas vastos, perfectos y acabados que son la obra y el sepulcro de su nombres.

Ni yo he sido aquel hombre, ni he compuesto esta obra.

## II.

No quiero, sin embargo, exaltarme, ni deprimirme más de lo justo. Paréceme que me juzgo bien diciendo de mí, con la debida modestia, que no he sido un gran poeta, pero que creo acaso con un exceso de orgullo, que con otros tiempos y con otras circunstancias hubiera podido serlo.

Fuera necesario para ello, que el destino me hubiese cerrado herméticamente y con mayor obstinacion todas las carreras de la vida activa. Mi sensibilidad y mi imaginacion que me impul-

san violentamente hácia el movimiento bajo todas sus formas, comprimidas dentro de mí hubieran hecho esplosion en alguna grande obra poética.

Si hubiese concentrado todas las fuerzas de mi sensibilidad, de mi imaginacion y de mi razon en la sola facultad poética; si hubiese concebido lentamente, escrito con sobra de tiempo y retocado con severidad mi epopeya sobre uno de esos grandes y eternos asuntos que tocan á la vez al cielo y á la tierra; si hubiese esparcido entre los dogmas y los himnos de la filosofía religiosa episodios de heroismo, mártires del amor que hacen derramar tantas lágrimas como versos se contienen en las epopeyas del Tasso, de Camoens ó del Dante; si hubiese encerrado mis dramas épicos en las grandiosas descripciones del cielo astronómico ó en las de la naturaleza pastoril y marítima de la tierra y del mar; si hubiese podido servirme de los pinceles y de los colores de los grandes poetas épicos de la India, de Homero, de Virgilio y de Teócrito, y si hubiese derramado con inmensa efusion toda la ternura y toda la melancolía del alma moderna que Ossian, Byron ó Chateaubriand vertieron en sus libros, creo, de buena fé que hubiera podido realizar alguna obra no igual, pero paralela á los bellos monumentos poéticos de nuestras literaturas.

## III.

En la época en que entré en la vida, Bonaparte era ya cónsul. Mi familia me prohibió servirle; las tradiciones de mi padre me llevaban á emprender la carrera de las armas; no podia, pues, pensar en ello.

Limitáronse á hacerme seguir esos estudios clásicos sin objeto determinado, que son el primer alimento de nuestra inteligencia y el ejercicio de nuestras jóvenes facultades. El mecanismo de las lenguas no tuvo atractivo ni dificultad para mí, hasta llegar á las clases superiores en las que se traduce y compone. Tomé desde luego gusto á estas lecciones, porque en ellas encontraba medio de ejercitar mi imaginacion y discernimiento. La poesía de Homero, de Virgilio, de Horacio, de Racine, de Boileau y de J-B. Rousseau, entraban en pequeñas y escogidas dosis en estos estudios. Aquella lengua antigua compuesta de sílabas sonoras y de imágenes deslumbrantes, me sorprendia y arrebatava. Parecíame haber oido hasta entonces solo palabras; más ahora oia música, veia pinturas y percibia la embriaguez de todos los sentidos.

La parte descriptiva y pastoril de aquellas poesías y de sus imágenes era lo que me extasiaba; esto se esplica perfectamente. Nacido yo en



el campo, los primeros espectáculos á que asistí, fueron los de la naturaleza; la sombra de los bosques, el curso de los arroyos, el chirrido del arado abriendo los anchos surcos cuya humedad el sol evapora, las piaras de yeguas pastando en las praderas, los rebaños de ovejas, los pastores y las pastoras acurrucados sobre la yerba al pié de las peñas, en la entrada de las grutas, ó en derredor de las candeladas. Así es que mi satisfacción era inmensa al encontrar en las descripciones de Teócrito, Virgilio y Gessner, aquellas imágenes para mí tan queridas, embellecidas por estos poetas.

#### IV.

Los puntos de localidad son para mí como para todas las naturalezas impresionables, la mitad de las cosas. Los sitios pintorescos se graban en nuestra alma entrando por los ojos, se incorporan á nuestras sensaciones, y estas sensaciones se convierten en caracteres.

El pueblecito de Belley, donde existía el colegio de jesuitas en el cual hice mis primeros estudios, está situado á la estremidad de la Besse que toca á la Saboya; así es, que tiene la fisonomía alpestre y recogida de los profundos y oscuros valles que se precipitan hácia Chambery en la Maurienna.

El edificio del colegio está construido sobre la pendiente de una colina, merced á cuya situacion participa á la vez de la vista del pueblo, del aire libre y de la soledad del campo. Desde cualquiera de sus ventanas la mirada se distrae contemplando lindos jardines cubiertos de lozana vegetacion, cerros cuajados de viñas de Italia, dilatadas hazas de tierra de labor, bosques de árboles frutales, y allá en lontananza verdes praderas donde pastan rebaños de ganado vacuno.

El conjunto del edificio tiene el aspecto de una grandiosa abadía de cenobitas admiradores del campo, mas bien que la fisonomía mural de un encierro de estudiantes como acontece á la mayor parte de estos monumentos destinados para la enseñanza.

Salvo las horas de clase teniamos entera libertad para recrearnos con la vista del cielo, del campo y del espectáculo de una naturaleza imponente; cosas que tanto agradan á la niñez. Los jesuitas que dirijian aquella casa de educacion, nada escusaban á fin de dar á la enseñanza y á sus discípulos el buen trato y hasta las satisfacciones del hogar doméstico que tanto echa de menos el niño que se vé alejado de su madre, de sus hermanos, de sus campos y de sus horizontes de la primera edad.

. . . . .  
 . . . . .

Fuí recibido en e' colegio con la más indul-

gente bondad por los maestros y con las mayores atenciones por parte de mis condiscípulos. Tan benévola acogida templó á los pocos dias el amargo desconsuelo que me habia causado la separacion de mi madre; así es que el cariño de mis maestros, la solicitud de mis jóvenes y nuevos amigos, y la paternal disciplina de la casa cambiaron completamente mi carácter. Sin embargo, nunca llegué á amar aquella dulce cautividad. Nacido y educado en la alegre libertad del campo, aquellos severos muros fuéronme siempre odiosos: hoy todavía pesan sobre mi alma; yo vivo en el horizonte mucho más que dentro de mí mismo.

## V.

Fuera de los muros del colegio estendíase aquel horizonte donde yo habitaba con el pensamiento y con la mirada. Tenia la cama en un ángulo del vasto dormitorio, junto á una ventana por donde entraban para embriagarme con las reminiscencias de mi país, durante las noches de primavera, las balsámicas emanaciones del campo y las suaves melodías del ruiseñor, que reproduce con su canto todas las consonancias de la alegría, de los pesares y de la naturaleza.

Cuando la luna inundaba con su tibia y silen-

ciosa claridad los árboles y las praderas, incorporábame apoyado sobre el codo en la almohada, y en esta actitud divagaba con la vista por los valles creyendo oír el susurro del viento en las arboledas y el murmullo del agua de los arroyos: olas de pensamientos, ó mas bien de sombras de pensamientos, subían como la marea desde aquellos horizontes á mi alma. Ajitábase entonces en mí un Océano de cosas vagas cuyo nombre y naturaleza ignoraba, pero que ya era poesía.

Conservo por casualidad algunos versos, los primeros de mi infancia, que compuse al canto del ruiseñor, en las noches de verano en Belley. Fueron muy celebrados por mis amigos del colegio, pero los oculté á mis maestros porque no nos permitían componer versos franceses antes de tener ideas ó sentimientos que espresar en esta lengua.

## VI.

Después de la naturaleza, la religion me hizo un poco poeta. Las sensaciones de aquella madre fecunda, cada día se mezclaban más y más en mi alma con los pensamientos y las visiones del cielo.

Desde que la adolescencia despertando mis sentidos, inquietaba, enternecía y contristaba mi imaginación, una melancolía un poco adusta se



apoderó de mí, y dió á mis pensamientos como á mi voz un acento mas grave. La educacion eminentemente religiosa que recibiamos de los jesuitas, el rezo frecuente, las meditaciones, los sacramentos, las ceremonias piadosas repetidas, prolongadas y llenas de atractivo con el lujo de los altares, la magnificencia de las vestiduras sacerdotales, el canto, el incienso, las flores y la música, ejercian sobre mi imaginacion adolescente la más viva seduccion.

Resistíme á ella durante algun tiempo, bajo la impresion de las prevenciones y de la antipatía que mi primera estancia en un colegio de Lion, habia dejado en mi espíritu contra aquellos maestros; la cariñosa dulzura y la persuacion insinuante de un régimen más sano, bajo mis nuevos profesores, no tardó en obrar con energía sobre mi corazon de quince años. Con ellos entré otra vez en la senda de la piedad, y en ellos encontré la tranquilidad de mi espíritu, el orden y la resignacion en mi alma, la regla para mi vida, el gusto para el estudio, el sentimiento de mis deberes, la sensacion de la comunicacion con Dios, las dulzuras de la meditacion y de la oracion, el amor al recogimiento interior, y esos éxtasis de la adoracion en presencia del Eterno, á los cuales nada es comparable en la tierra, escepto los éxtasis de un primero y puro amor. Pero si el amor divino produce menos embriaguez y tiene menos delicias, es infinito, y eterno como el Ser que se adora. Y hay más toda-

vía, su presencia se perpetua en los ojos y en el alma del adorador. De este amor ardiente saboreé toda la inmensidad.

Algun tiempo despues, solo me quedaba de él lo que queda de un incendio por medio del cual se ha pasado; el desvanecimiento en la vista y una cicatriz de quemadura en el corazon. Sin embargo, mi fisonomía sufrió una trasformacion; la lijereza de la infancia fué reemplazada en mí por una gravedad que nada tenia de repulsivo, y por esa concentracion meditabunda de la mirada y de los rasgos de la fisonomía, que dá la unidad y el sentido moral al semblante. Parecia yo una estatua de la Adolescencia colocada un momento al abrigo de los altares para servir de modelo á los jóvenes de mi edad. El recojimientto del santuario me acompañaba en mis juegos y en la amistad con mis condiscípulos, que me manifestaban cierta reserva y me amaban con respeto.

Aunque viviera mil años no olvidaria jamás aquellas horas de la tarde en que alejándome de mis amigos que jugaban en los pátijs del edificio, entraba, por una puertecita secreta, en la iglesia envuelta en la oscuridad de la noche, y apenas alumbrada en el fondo del coro por la luz de una lámpara suspendida en el santuario. Allí, oculto en la sombra proyectada de un macizo pilar, con la frente apoyada sobre el mármol frio de una balaustrada, y unido en una muda, pero inagotable adoracion, abismábame en Dios,

como el átomo que flota en el calor de un día de la canícula.

Algun tiempo despues describí, con el nombre de *Jocelyn*, y en versos que ya no eran los de un novicio, estos inesplicables éxtasis que elevan mi alma jóven á Dios.

## VII.

Estos éxtasis que yo experimentaba entonces sin pretender esplicármelos, eran la pubertad de mi alma; eran tambien la misma poesía en su sustancia más etérea. El día en que los saboreé en la copa embriagadora de mi misticismo de adolescente, sentí en mi interior, como una revelacion de una nueva poesía. La mitología clásica del Olimpo no me causaba semejantes entusiasmos, comprendia que aquellas eran fábulas muertas, y que se nos hacia jugar á la taba con los huesos de una poesía sin médula, sin realidad y sin corazon. Canséme de aquellas mentiras de la nada: lo verdadero me atraia; lo presentí en la naturaleza y en el creador. Una circunstancia accidental contribuyó, en la misma época, á desarrollar en mí aquellos presentimientos de poeta.

Lo rápido de mi desarrollo físico, y el crecimiento aun más rápido de mi imaginación, superiores á mi edad, habíanme producido una palidez y un aspecto tan lánguido que alarmaron á mis maestros. Mirábanme, debo reconocerlo, con marcada predilección entre todos sus educandos. Consultaron al médico del colegio, quien me recetó entre otras cosas, mucho ejercicio en el campo. Uno de los padres jesuitas, profesor de literatura, y hombre de salud delicada también, fué encargado por sus superiores de acompañarme dos ó tres veces por semana en mis lejanas escursiones por las montañas del Bugey.

Cada día antes de salir le trazaban el itinerario que debíamos seguir, y él se arreglaba á lo mandado sin separarse un ápice. A dos ó tres palabras se reducían nuestras conversaciones durante las cuatro ó seis horas que duraban nuestros paseos. Caminaba yo siempre á cierta distancia detrás de él cogiendo flores, buscando nidos, oyendo silvar los mirlos, recreando la vista en la corriente de los arroyuelos sin cuidarme de él, quien tampoco parecía ocuparse mucho de mí, atento solo á la lectura de un libro de salmos que llevaba constantemente abierto en la mano.

Algunas veces, rendido por la fatiga, sentábase en la orilla de un arroyuelo ó á la sombra de los árboles para enjugarse el sudor que inundaba su frente. Yo me sentaba también á distancia de mi guía, ó me alejaba por los prados y



entre los árboles para hacer ramitos de flores de la primavera. Pero lo más frecuente era que yo tambien me entregase á la contemplacion. A falta de otras pasiones que mi alma no comprendia todavía, mi corazon se dejaba embelesar por el sentimiento de una sorda y ferviente passion por la naturaleza, y tomando ejemplo de mi guía silencioso, adoraba á Dios en sus obras.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## VIII.

Algunas veces tambien componia en silencio salmos infantiles á imitacion de los de David que oia murmurar sin cesar al padre que me acompañaba. Conservo algunas estrofas incompletas que dí á mis hermanas de vuelta á mi casa por las vacaciones, y que he encontrado por casualidad entre mis dibujos y modelos de escritura de la infancia. Titulábalas, *Cánticos sobre el torrente de Tuisy, cerca de Belley*.

Enseñélas un dia al anciano sacerdote, quien se sonrió benévolamente y aplaudió algunos de mis versos é imágenes. Me pidió que escribiese más corectamente aquel cántico para leérselo al superior del colegio; más él no lo leyó en la cla-

se sin duda por no faltar á la disciplina anti-poética de nuestras lecciones.

Los padres jesuitas que tuvieron conocimiento de mi obra, me la elogiaron cumplidamente.

La vista de los paisages ya pintorescos ya grandiosos que yo recorria en mis paseos de cuatro ó cinco horas en aquel hermoso país, prosce-nio de los Alpes, llenaban mi imaginacion de imágenes tanto más profundamente grabadas en mi alma, cuanto que el obstinado silencio de mi guía no me daba lugar á otra distraccion. Hízome contemplativo por fuerza.

Aquella pintoresca naturaleza fué á manera de un libro que se me obligaba á leer durante cierto número de horas cada dia, dejándome solo para descifrar su sentido. Verdad es, que mi ánimo estaba predispuesto para este estudio; sumerjame en él con todos mis sentidos; cielo azul sobre mi cabeza, yerbas y flores bajo mis piés, los Alpes á lo lejos, el Ródano de rápida corriente, espumosas cascadas y horizontes amenazadores ó graciosos ante mis ojos; murmullos de las aguas, de las hojas, de los pájaros y de los insectos en mis oídos, y sombra de los bosques sobre mi frente; emanaciones odoríferas de los prados recién segados; brisas frescas ó templadas que devolvian á todos mis miembros su primera elasticidad de la infancia, sentimiento de tal ligereza y volatilizacion del cuerpo, que me parecia que el viento iba á arrebatarme con el insec-

to alado ó con la hoja desprendida, flotando en el océano azul del aire de las montañas que circulaba en derredor mio.

Estas impresiones hubieran trasformado á una roca en poeta. Yo lo era cada dia más y más sin darme cuenta de lo que era la poesía.

Una lectura casual que en la clase de retórica nos hizo uno de nuestros más queridos profesores, el padre Bequet, me enseñó acerca de ella mucho más que todos los versos clásicos de Virgilio ó de Homero, tan penosamente interpretados hasta aquel momento.

## IX.

El padre Bequet no era en manera alguna como el padre Varlet (mi guía en los paseos) un cenobita petrificado en la celda por su austera piedad; por el contrario, era un hombre de mundo. Habia entrado en la órden en edad ya madura despues de una vida ajitada, para utilizar en el recogimiento del cláustro la instruccion que recibió en su juventud, y sus gustos literarios que eran los de un verdadero hombre de letras.

Amábamosle todos, porque era para nosotros más bien que un maestro, un condiscípulo de mayor edad. Sus conversaciones con nosotros en

los jardines, durante las horas de recreo, eran sus mejores y mas sabrosas conferencias. Sus gustos literarios eran tan dulces y muelles como su carácter, y este carácter veíase graciosamente reproducido en su semblante.

El solo defecto literario de este hombre excelente, nacia de las cualidades de su espíritu y de su corazon; era un poco afeminado en sus gustos y en las flores de su estilo. Existe un género de ornamentacion en arquitectura que se llama gótico florido; el estilo del padre Bequet, era el francés florido. Por eso se mostraba tan amigo de Mr. de Chateaubriand, el gran génio de esta magnífica corrupcion de estilo.

## X

M. de Chateaubriand acababa de dar á luz el *Génio del Cristianismo*. El siglo militar personificado en Bonaparte, iba á personificarse literariamente en aquel escritor; todo era reaccion en Francia, desde los cuarteles hasta las academias. Necesitábase un decorador de escena de un pasado que se queria volver á la vida bajo sus dos formas esenciales de trono absoluto y de altar popular; el autor del *Génio del Cristianismo*, gran poeta que buscaba un poema, ofreció sus mágicos pinceles. Hizo un prodigio de imaginacion, y deslumbró cantando el mundo con su libro;



fué el génio de las ruinas, cubierto de flores sepulcrales, de recuerdos, de tradiciones, de misterios, de sentimientos, oponiendo el corazón al espíritu y reconstruyendo el templo antiguo con sus mismos escombros. Fué el Esdras del cristianismo despues de la cautividad de Babilonia.

El gobierno le dispensaba sus favores disimuladamente; M. de Fontanes era el lazo oculto entre el nuevo trono y el nuevo altar. Amigo y protector de M. de Chateaubriand, presentaba el poeta al soldado. El soldado y el poeta se comprendieron á la primera palabra.

Se ha supuesto que hubo antagonismo de naturaleza y de tendencias entre aquellos dos hombres del pasado, Bonaparte y M. de Chateaubriand: nada es ménos cierto; aquellos dos hombres se entendian maravillosamente en aquel entónces. Reedificadme un templo con vuestra poesia, decía el cónsul al poeta, y yó os reconstruiré un trono con mi espada. Y el *Génio del Cristianismo* no tardó en darse á luz.

El poeta recompensado por el cónsul no se mostraba en aquel entónces tan realista como más tarde se manifestó con los Borbones. Tomó parte resueltamente en la fortuna de Bonaparte, aceptando un empleo diplomático en Roma y luego en el Valais.

Cuando Bonaparte tomó el nombre de Napoleon, M. de Chateaubriand, en el exórdio de un discurso de la Academia francesa, le presentó como un nuevo Ciro al mundo.

Los jesuitas, muy favorecidos, á la sazón, por el imperio y por el Cardenal Fesch, tio de Napoleon, saludaron el *Génio del Cristianismo* con ménos entusiasmo que lo hicieran el partido imperial y el realista; no se les ocultaba que el auxilio que este libro prestaba á la religion era peligroso por ser más poético que cristiano, y que las sensualidades de imágenes y de corazon con las cuáles el escritor engolosinaba, por decirlo así, el alma, eran en el fondo muy opuestas á la ortodoxia literal y á la severidad moral del dógma y del espíritu cristiano. Empero eliminando prudentemente del libro todas las páginas novelescas ó afeminadas más propensas á encender ó afeminar las pasiones de la juventud, diéronle el pase para entrar á medias dosis en sus colejos. Un compendio en dos tomos, espurgados de *Atala* de *René* y de vários otros capítulos demasiado conmovedores para ser leídos por la juventud, fueron remitidos por ellos á los profesores de sus casas de educacion. El padre Bequet, á título de catedrático de literatura, recibió el primer ejemplar. Poco tardó en hacernos partícipes de su inmensa satisfaccion.

## XI.

Érase un hermoso dia de primavera, estábamos reunidos en su clase situada en el piso bajo del

edificio; los rayos del Sol penetraban por las ventanas abiertas mezclados con la brisa embalsamada del jardín; la sávia rejuvenecida de la estación circulaba en nuestras venas como en las plantas, y aquellos resplandores, aquellos perfumes del campo, aquel zumbido de los insectos traídos y llevados por las bocanadas de una brisa templada, distraían nuestra atención llamando nuestros pensamientos fuera del severo recinto del aula.

La indolencia, el cansancio, fenómenos ordinarios de la primavera sobre los hombres sedentarios, se manifestaba en nosotros por la falta de atención, las actitudes perezosas y los bostezos mal reprimidos. El mismo padre Bequet, muy indulgente de suyo, parecía contagiado como nosotros de aquella especie de somnolencia general. Leíamos y nos comentaba singusto los libros clásicos cuyas imágenes y pensamientos nos eran muy familiares á todos.

El padre Bequet tenía bajo el codo un libro encuadernado en rústica, y notábamos que sus ojos se fijaban en él, con alguna mayor atención que en los textos griegos y latinos que tenía abiertos sobre la mesa de su cátedra.

Nosotros también mirábamos con atención aquel volumen cuya cubierta de papel de color, excitaba nuestra curiosidad. Teníamos á manera de un presentimiento de que aquel libro contenía algo nuevo ó extraordinario.

## XII.

De pronto el profesor cerró sus libros griegos y latinos, y nos dijo que la clase quedaba terminada antes de la hora; pero que para llenar agradablemente el tiempo que faltaba para llenar las horas de reglamento, iba á darnos lectura de un libro mundano que acababa de publicarse y cuyo autor desconocido hasta entónces se llamaba Chateaubriand.

Este breve prólogo pronunciado con el acento de un hombre que anuncia una buena nueva á su auditorio, despertó toda nuestra atencion. Los resplandores serenos del dia, que entraban por las ventanas de la clase, el canto de los pájaros en la enramada, la esperanza que acariciábamos de ir muy luego á disfrutar de la libertad y de los encantos de la naturaleza, nos predisponian á la alegría. Cerramos nuestros libros los guardamos en las carpetas y con los codos apoyados sobre las mesas y la cabeza en las manos tomamos la actitud de los discípulos que escuchan al maestro en el cuadro de la *Escuela de Atenas*, de Rafael.

«Amigos mios, nos dijo entónces el buen padre; voy á hacer una cosa inusitada, acaso reprehensible, cual es, intentar un ensayo de buen gusto literario sobre vuestro espíritu; voy á



ver si la impresion que me ha producido esta mañana la lectura de un libro enteramente moderno, es una ilusion de la novedad, ó una legitima admiracion causada por imágenes y por un estilo realmente bello, tanto como el antiguo, cuyas bellezas buscamos juntos. Escuchad con atencion las páginas que voy á leeros; fíjad vuestras impresiones y vuestros juicios; luego os interrogaré acerca de vuestros propios sentimientos y os daré para mañana por asunto de composicion el análisis razonado de estas páginas. Aquellos de entre vosotros que por razon de su edad más tierna prefieran el paseo y los juegos inocentes con que brinda esta hermosa mañana, á los esparcimientos del espíritu pueden retirarse; los otros permanecerán libremente conmigo para gozar de otros placeres.»

La gran mayoría de los asistentes á la clase se lanzaron hácia los jardines dando gritos de alegría que se mezclaron á los gorgoros de los pájaros que poblaban las alamedas. Solo ocho ó diez adolescentes de los mayorcitos en edad, y más aficionados al estudio de las letras permanecieron en el aula agrupados al pié de la cátedra. Entre ellos contábame yo. Eramos, como vulgarmente se dice, todo ojos y oídos para no perder una sola letra del fenómeno literario que se nos acababa de anunciar.

## - XIII.

«Hay un Dios, y empezó su lectura el maestro con un acento solemne que participaba de la voz del sacerdote y de la del poeta, «hay un Dios! las yerbas dé los valles y los cedros de los montes le bendicen, el insecto susurra sus alabanzas, y el elefante lo saluda al salir de la aurora; las aves le cantan himnos entre el ramage; el rayo patentiza su poder, y el Océano declara su inmensidad. El hombre, el hombre solo ha dicho: no hay Dios.

¿Y será posible que el ateo no haya levantado jamás los ojos al cielo en sus desgracias, ni bajado la vista en su felicidad hácia la tierra? ¿tan distante se haya de él la naturaleza que no haya podido contemplar, ó la cree por ventura, un simple resultado del acaso? ¿Pero qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un orden tan perfecto?

Pudiera decirse que el hombre es el *pensamiento* manifestado por Dios, y que el universo es su *imaginacion hecha sensible*. Los que han alegado la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, deberían haber reflexionado una cosa que engrandece prodigiosamente la esfera de las maravillas, y es

que el movimiento y la inquietud, la luz y las tinieblas, las estaciones y el curso de los ástros que varían las decoraciones del mundo, no son sucesivas sino en la apariencia, y permanentes en la realidad. La escena que se esconde á nuestra vista se representa en otro pueblo, que no es pues el espectáculo, sino el espectador quien se muda. Así ha sabido Dios poner en su obra la duración *absoluta* y la *progresiva*: la primera se halla colocada en el *tiempo* y la segunda en la *extension*: por aquella, las gracias del universo son unas, infinitas y siempre las mismas: por esta, son multiplicadas, limitadas y renovadas: sin la una no podía haber grandeza en la creación, y sin la otra hubiera habido en ella monotonía.

Aquí se nos presenta el tiempo un nuevo punto de vista; su menor fracción viene á ser un *todo completo*, que todo lo comprende, y en el cual se modifican todas las cosas desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo: cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reunid, pues, con la imaginación en un mismo momento los mas hermosos accidentes de la naturaleza; suponer que veis de una vez todas las horas del día, y todas las estaciones; una mañana de primavera y de otoño, una noche salpicada de estrellas y una noche cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques despojados de sus galas, por las escarchas y campiñas doradas con las mieses;

imaginadlo así, digo, y entónces tendreis una idea exacta del Universo. ¿No es en verdad un prodigio que al mismo tiempo que admirais al sol que se sepulta bajo las bóvedas del occidente, otro observador le vea salir de las regiones de la aurora? ¿Por qué incomprensible mágia ese ástro viejo, que se duerme fatigado y ardiente en el polvo de la tarde es aquel mismo joven ástro que se levanta al propio tiempo, humedecido con el rocío y con los blancos velos del alba? A cada momento del dia se alza el sol, brilla en su cénit, y se pone sobre el mundo ó por mejor decir nuestros sentidos nos engañan, porque no tiene oriente, mediodia ni occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual esta antorcha del dia esparce á un mismo tiempo tres luces en una sola sustancia. Este tríple resplandor es tal vez lo que tiene de más bello la naturaleza; porque al mismo tiempo que nos dá la idea de la perpétua magnificencia y presencia de Dios, nos hace concebir una imágen de su Trinidad gloriosa.

¿Hay acaso quien pueda comprender lo que fuera una escena de la naturaleza, si estuviese abandonada al movimiento solo de la materia? Las nubes obedeciendo á las leyes de la gravedad caerian perpendicularmente sobre la tierra; ó como pirámides se remontarian en los aires: un momento despues ó estaria la atmósfera muy densa, ó muy enrarecida con res-



pecto á los órganos de la respiracion. La luna estando muy cerca ó muy distante de nosotros, quedaria sucesivamente invisible, se mantendria como ensangrentada, llena de enormes manchas, ó cubriendo con sola su sombra toda la bóveda celeste. Arrebatada como de un vértigo ó delirio, ó no caminaria sino por una línea del eclipse ó rodando de un lado á otro llegaría á descubrir aquella faz que la tierra no conoce. El mismo trastorno padecerian las estrellas, pues únicamente presentarían una série de conjunciones espantosas. Un signo del estío se veria alcanzado de repente por otro del invierno; el boyero conduciría las Pleyades, y el leon rugiria con acuario. Allá pasarían los ástros tan rápidos como el relámpago, y aquí parecerían muertos ó inmóviles; á veces se agolparían formando grupos como en la vía Láctea; y despues, desapareciendo todos á un tiempo y rompiendo el velo de los mundos segun la expresion de Tertuliano, dejarían descubiertos los abismos de la eternidad.

No obstante, semejantes espectáculos no espantarán á los hombres hasta que llegue el dia, en que dejando Dios las riendas del universo no necesite más para destruirlo, que abandonarlo.

Difícil seria describir el encanto que se habia apoderado de nosotros al sentir acariciado nuestro oido por esta lengua cuyas imágenes eran tan exactas y tan numerosas como

las estrellas de la Via Láctea. El padre Bequet sonrió complacido, y continuó leyéndonos otros trozos del *Génio del Cristianismo*, durante cuya lectura unas veces permanecía silencioso, hasta el punto de percibirse el suave silbido de nuestra respiración, y otras prorumpiendo en exclamaciones de entusiasmo que enternecían al complaciente maestro, y otras, en fin, sonreíamos y nos mirábamos cariñosamente, sobre todo, al oír la lectura de la industria de los pájaros, tan superiormente descrita algún tiempo después por Audubon, Wilson, Toussenel y madama Michelet, historiadores de la inteligencia y del amor de los animales.

#### XXIV.

Dió la hora demasiado pronto, anticipándose á nuestros deseos, en el reloj de la capilla; el gran pintor de las impresiones y el gran músico de la frase nos había hecho olvidar el tiempo. El libro estaba cerrado, y todavía permanecíamos con el oído atento. Dimos las gracias al profesor por habernos hecho gustar anticipadamente el placer que esperábamos disfrutar leyendo los volúmenes del *Génio del Cristianismo*, al terminar el año escolástico. Aquellas gotas de agua habían irritado nuestra sed. Solo nos ocupamos de aquella lectura durante el resto del día; con

ella soñamos toda la noche, y aun al despertar-nos todavía resonaban sus melodias en nuestro pensamiento. Desde aquel momento el nombre de Mr. de Chateaubriand fué una fascinacion para nosotros; llenó nuestra imaginacion con el encanto de sus imágenes, y nuestro oido de una embriaguez de música que nos daba el vértigo de la poesía. Igual efecto produjo en Beranger, hombre de mas edad que nosotros.

¿Por qué? Porque independientemente de las bellezas reales del estilo, aquel estilo era nuevo, y que en toda novedad se encierra una primicia de sensaciones, que es en sí misma una belleza literaria.

De la misma manera que cada pueblo, cada civilizacion y cada siglo tienen sus ideas, tambien tienen su estilo peculiar. Mr. de Chateaubriand nos revelaba el estilo del siglo diez y nueve; estilo compuesto como el género de arquitectura, al cual se aplica este nombre; estilo que mezcla todos los géneros, que asocia el razonamiento, la elocuencia, la elejía, el lirismo, la pintura, la poesía, y que lo cubre todo con un barniz májico de palabras musicales, para alucinarnos muchas veces sobre la poca solidez del fondo.

## XXV.

Así es, que las obras de Mr. de Chateaubriand fueron unos de los primeros libros que leí con más entusiasmo y afán al terminar mis estudios de vuelta al seno de mi familia. En otra parte diré, al examinar el mérito de aquel grande prestidijitador de estilo, cuántos delirios causó á mis imaginaciones el estudio de *René*, *Alala y los Mártires*; mas tambien debo decir que desde sus primeras lecturas en el colejio, si bien me sentí más conmovido que ningun otro de mis condiscípulos con aquellas descripciones, con aquella armonía y con aquella melancolía de estilo, no menos me sentí herido por la falta de razonamiento y de natural sencillez que desgraciadamente caracterizan tan bellas obras.

Recuerdo que estando un dia sentado con cuatro condiscípulos sobre el tronco de un árbol en las orillas del Ródano, leimos durante las horas de recreo algunos capítulos del *Génio del Cristianismo*, que nos arrancaron lágrimas de admiracion. Terminada la lectura nos interrogamos los unos á los otros acerca de las impresiones que nos habian producido: todos á una voz exclamaron que aquel era el mas hermoso de los libros que jamás hubiéramos leído.—¿Y tú? me preguntaron mis amigos.—Yo, respondí, creo lo



que vosotros; es muy bello, pero no es todavía lo verdaderamente bello.—¿Y por qué? añadieron.—Porque es demasiado bello, porque la naturaleza desaparece allí bajo el artificio, porque eso embriaga en lugar de enternecer, y si os lo he de decir todo en una palabra, porque las lágrimas que hemos derramado leyendo estas páginas brotan de nuestros nervios y no de nuestro corazón.

Mis amigos reprobaron la severidad de este juicio precoz que más adelante ratificaron. No pocas veces me han recordado, en el discurso de mi vida aquella precocidad de buen sentido que deja seducir, pero que no se dejó engañar por aquel gran génio de decadencia.

Sin embargo, la mano poderosa de Mr. de Chateaubriand fué la que me abrió, desde mi infancia, los horizontes de la poesía moderna.

## XXVI.

Los poetas *antipoéticos* del décimooctavo siglo, Voltaire, Dorat, Parney, Delille, Fontanes, la Horpe y Boufflers, versificadores dejenerados de la escuela de Boileau, fueron despues mis modelos depravados, no de poesía, sino de versificación. Escribí volúmenes detestables de poesía amorosa antes de la edad del amor á imitación de aquellos falsos.

Las poesías de Andrés Chenier no habian sido todavía coleccionadas en un libro; de este autor solo conocia la sublime y divina elejía de *La Joven Cautiva*, citada en parte por Mr. de Chateaubriand.

Bien que Andrés Chenier, en su tomo de poesías solo sea un Griego del paganismo, y por consiguiente un admirable imitador, un pséudo-Anacreonte de postiza antigüedad, la elejía de *La Joven Cautiva*, tenia el acento verdadero, grandioso y patético de la poesía del alma. La desastrosa muerte que esperaba el poeta en la puerta de su prision sobre el cadalso, habia cambiado el diapason de aquel jóven Griego en diapason moderno. El amor y la muerte son dos grandes musas; merced á sus inspiraciones reunidas la forma demasiado antigua de Andrés Chenier se hizo patética. Sus versos habian brotado no de su imaginacion, pero de su corazon y de sus lágrimas. Hé aquí el secreto de aquella elejía trájica de *La Joven Cautiva*, que en nada se parece á esa familia de elejías griegas que mas adelante leimos en sus obras.

¡Hé aquí el poeta! exclamé no bien hube acabado de leer la indicada elejía. Aquella revelacion dió, á pesar mio, el tono á varios ensayos de poesía incierta é informe que escribí á la ventura en mis horas de adolescencia.

Encontráronse algunos rasgos en la elejía intitulada *La Hija del Pescador*, que no ha sido concluida ni publicada por mí. Conclúyola y la

publico por vez primera en este lugar. Ya se ha leído con benevolencia una página en prosa de mis *Conferencias* bajo el nombre de *Graciela*. Dije en esta semi-conferencia de mi primera juventud, que durante mi permanencia en la isla escribí de tiempo en tiempo versos dirigidos mentalmente á la encantadora hija del pescador, por más que ella ignorase lo que eran versos y la lengua en que estos versos estaban escritos.

*La Hija del Pescador* es una de esas elejías que yo bosquejaba al lápiz bajo la higuera y bajo el emparrado dorado por el sol de la isla; encontrárase en ella entre las reminiscencias griegas de Teocrito y de Anacreonte algunos presentimientos de Andrés Chenier, pero antes de que su musa hubiese llorado, y cuando jugueteaba todavía sobre las playas del mar Jónico, con los bajo relieves y los torsos de las Vénus griegas cubiertos con la espuma de las olas. . . . .

Así fué como la naturaleza en primer lugar, luego la imaginacion, despues la piedad, y por último, el amor, me dieron los primeros instintos y despues las primeras lecciones de poesía. Jamás tuve un pensamiento que no tuviese su raiz en consentimiento; todo procede del cora-

zon: *nascuntur poetae*. Dias pasados encontré esta inscripcion trazada con lápiz, y firmada con una sola inicial, sobre la desvencijada y carcomida puerta de mi casa en el pueblecito de Milly.

El anónimo tiene razon, los poetas nacen en ella, quiera Dios que en ella mueran tambien.

---



---

## XVII CONFERENCIA.

---

### LITERATURA GRIEGA.

#### I.

Entre la literatura de la India y la de la China, literaturas ambas que han precedido muchos siglos á la griega, existió el Egipto; el Egipto, gran misterio, grande arcano, grande eclipse en nuestros días, de cuya civilizacion, religion, política, lengua y libros nada sabemos, ó casi nada, en tanto que los innumerables *papiros*, esas *mó-mias* del pensamiento humano en las orillas del Nilo, no nos hayan revelado el enigma que nuestros sábios intentan descifrar hace cincuenta años.

Pero si juzgamos el Egipto por sus monumentos, masas imponentes de solidez, por sus montañas Trogloditas perforadas como álveos de colmenas humanas, por sus templos de granito de

una sola pieza, por sus pirámides, especies de Alpes del desierto, por sus canales abiertos por la mano del hombre como cáuces de rios susceptibles de desbordar inmensos volúmenes de agua, por sus estanques interiores, que todas las arenas de la Etiopia no podrian desecar, y que el perforamiento del istmo de Suez, trata de exceder en magnitud para reunir tres mares en una misma mar, y para poner tres continentes bajo la mano de Europa; si juzgamos el Egipto, repito, por sus gigantescos alfabetos de piedra que cubren su suelo, su literatura debió ser tan imponente como su arquitectura, pues todas las artes toman, en general, su nivel en la civilizacion. Cuando examinais las trazas del inmenso trabajo material de un pueblo, podeis deducir de ellas su trabajo semejante del pensamiento; allí donde contempleis un templo de Menfis, podeis estar seguros que hubo una religion; donde veais una pirámide podeis afirmar que hubo una administracion civil, y donde admireis un Partenon, es evidente que hubo un Homero.

Desgraciadamente, del Egipto solo conocemos su cadáver yacente cubierto con sus vestidos en el valle del Nilo. Se ha eclipsado; á semejanza de aquellas estrellas que nos describen los astrónomos del tiempo de Tolomeo, pero que en nuestros dias, ó se han apagado, ó se han perdido en las profundidades inconmensurables del éter; su brillo visible entónces, hoy solo es un recuerdo del firmamento.

El Egipto fué el puente de un solo arco que unió intelectualmente la China y las Indias literarias y religiosas á la Grecia; pero aquel puente se hundió en el Nilo, y solo conocemos de aquella intelijencia que ha desaparecido, lo que de ella pasó á Grecia y á Roma. Todo para nosotros, data de Grecia, en las obras maestras de la tercera época del espíritu humano.

Y cuenta que las literaturas primitivas de la Grecia son tambien un misterio hasta los tiempos de Orfeo, Hesiodo y Homero. Podemos asegurar que todo principia para nosotros con Homero. La antigüedad griega sale de las tinieblas con una obra maestra en la mano. Esta obra maestra es la *Iliada* y la *Odisea*.

Dos palabras acerca de su autor. Los sábios dicen:

Aquellos dos poemas fueron durante mucho tiempo poesías populares, conservadas solamente en la memoria de los narradores ó cantores ambulantes de la Grecia. Dionisio de Tracia refiere que fueron coleccionadas de la siguiente manera:

«En una época desconocida los poemas de Homero fueron enteramente destruidos por el fuego, por un terremoto ó por una inundacion; perdidos todos aquellos libros, ó dispersos por todas partes solo se conservaban fragmentos de ellos; el conjunto de aquellos poemas iba á caer en el mas completo olvido. Entonces, Pisistrato, general Ateniese, deseando adquirir gloria y resucitar los poemas de Homero tomó la siguiente resolu-

cion. Mandó publicar en toda la Grecia, que quien quiera que poseyese versos de Homero y se los llevase, recibiría una recompensa por cada uno de ellos. Todos los que se encontraban en este caso diéronse prisa á llevarle los versos, y recibieron sin dificultad el premio ofrecido. Pisistrato no rechazó ni aun aquellos versos que le habian sido presentados por otro. Algunas veces encontrábase en el número de los versos uno, dos, y mayor número todavía, que estaban de más; de aquí resultó que algunos los hicieron á medida de su deseo. Reunidos todos aquellos fragmentos, Pisistrato llamó setenta y dos gramáticos, para que cada uno de ellos en particular, compusiera, en la forma que mejor le pareciese, un todo de aquellos diversos trozos de Homero, mediante un precio estipulado y honroso para hombres hábiles y buenos jueces en materia de poesía. Entregó á cada uno todos los versos que habia podido recojer. Cuando hubieron terminado su trabajo, Pisistrato reunió todos aquellos compiladores, cada uno de los cuales tuvo que leer su obra en presencia de todos. Y todos, oida la lectura de los diversos poemas, y juzgando sin pasión, sin espíritu de rivalidad, dando oídos solo á la verdad, y atendiendo solo al interés del arte, declararon unánimemente que las compilaciones de Aristarco y de Zenodoto eran las mejores, y entre ellas la de Aristarco obtuvo la preferencia. Sin embargo, como dejamos dicho, entre los que llevaron versos á Pisistrato, no faltaron



quienes, para obtener mayor recompensa, añadieron versos de su propia cosecha, que la costumbre no tardó en consagrar á los ojos de los lectores; semejante superchería no se ocultó á la sagacidad de los jueces; pero en fuerza de la costumbre y de la opinion admitida, consintieron en admitirlos, señalándolos, sin embargo, con un *obel*, como siendo extraño é indignos del poeta.»

## II.

Ciceron y los críticos romanos de su época han admitido esta opinion acerca de aquella obra maestra del arte griego. Por nuestra parte no la admitimos, ó por mejor decir, solo una cosa aceptamos; y es, que el tirano literato de Atenas, Pisistrato, mandó realmente buscar y compilar en un cuerpo, por los eruditos de su tiempo, los fragmentos diseminados de las poesías homéricas confiadas á la sola memoria de los pueblos de la Hellenia y del Asia Menor, despues de los siglos desconocidos de barbarie y de ignorancia durante los cuales aquellos admirables monumentos del espíritu permanecieron sumerjidos. Pero no creemos absolutamente, ni creeremos jamás que una lengua, tan acabada en imágenes, armonía y prosodia como la de la *Iliada* no haya sido escrita antes de que Homero dictase ó cantase sus poemas

á los pastores, á los guerreros y á los marineros de la Jónia. Una lengua no es la obra de un solo hombre y de un solo dia; es obra de un pueblo y de una larga série de siglos, y cuando esta lengua, como la empleada por Homero, ofrece al espíritu todas las maravillas de la lógica, de la gramática, de la crítica, del estilo, de los colores, de la sonoridad y del sentido que caracterizan la madurez de una civilizacion, puédesse concluir con certeza que semejante lengua no es la jerga grosera de los montañeses y de los marineros de una península bárbara todavia, sino que cuenta mucha antigüedad y que es vieja como las rocas del Atica, y se halla difundida como las olas de su Archipiélago.

Hé aquí, por lo demás, como nosotros mismos hemos reconstruido en otra época y en otro trabajo literario la vida y las obras de Homero, con arreglo á los monumentos más antiguos y más auténticas de la crítica y de la erudicion griega.

Es una de las facultades mas naturales y mas universales en el hombre, la de reproducir dentro de sí mismo] por la imaginacion y por el pensamiento, y en su exterior por el arte y por la palabra, el universo moral y el universo material donde ha sido colocado por la Providencia. El hombre es el espejo que piensa de la naturaleza; todo se refleja en él, todo se anima, todo renace por la poesía. Es una segunda Creacion de Dios que ha permitido al hombre finjir reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra;

un *verbo* inferior, pero un *verbo* verdadero, que crea, por mas que lo haga solo con elementos, con imágenes y con los recuerdos de las cosas que la naturaleza ha creado antes que él: juego de niños, pero juego divino de nuestra alma con las impresiones que recibe de la naturaleza; juego por el cual reconstruimos sin cesar esta pasajera figura del mundo exterior y del mundo interior que se pinta, que se borra y que se renueva de continuo á nuestra vista. Hé aquí porqué la palabra *poesía* quiere decir *Creacion*.

La memoria es el primer elemento de esta creacion, por que reproduce las cosas pasadas ó que han desaparecido de nuestra alma; así es que las *Musas*, símbolo de la inspiracion, fueron llamadas en la antigüedad *las hijas de memoria*.

El segundo es la imaginacion, porque pinta aquellas cosas en la memoria y las vivifica.

El tercero es el sentimiento, porque al ver ó al recordar aquellas cosas acontecidas ó vueltas á pintar en nuestra alma, aquella sensibilidad hace percibir al hombre impresiones físicas ó morales, casi tan intensas y tan penetrantes como pudieran serlo las impresiones de las mismas cosas si estuvieran realmente presentes á nuestros ojos.

El juicio es el cuarto, porque nos enseña en qué orden, en qué proporcion, en qué relaciones y en qué precisa armonía debemos combinar y coordinar entre sí los recuerdos, los fantasmas, los dramas y los sentimientos imaginarios ó históri-



cos para que se ajusten de la mejor manera posible á la realidad, á la naturaleza y á la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demás una impresion tan completa como si el arte fuera la verdad.

El quinto elemento necesario á esta creacion á esta *poesia*, es el don de espresar con la palabra lo que vemos y lo que sentimos en nosotros mismos, de producir en lo exterior lo que nos conmueve interiormente, de pintar con vocablos, y de dar, por decirlo así, á las palabras la misma impresion, movimiento, palpitacion, vida, regocijo ó dolor que experimentan las fibras de nuestro corazon á la vista de los objetos que imaginamos. Dos cosas son necesarias para esto; la primera que las lenguas sean ya ricas, robustas y matizadas de espresiones, sin cuyas condiciones faltaríanle al poeta colores para su paleta; la segunda, que el poeta sea por sí mismo un instrumento humano de sensaciones muy impresionables, muy sensitivo y muy completo; que ninguna fibra humana falte en su imaginacion ó en su corazon; que sea una verdadera lira animada, una *escala* humana tan estensa como la naturaleza, á fin de que todas las cosas graves ó ligeras, alegres ó dolorosas encuentren en ella su éco ó su grito. Necesítase mas todavía, necesítase que las notas de esta *escala* humana sean muy sonoras, muy vibrantes en él, para que comunique sus vibraciones á los otros; es necesario que estas vibraciones interiores pongan en sus lábios



expresiones fuertes, pintorescas, sorprendentes, que se graben en el espíritu por la misma energía de su acento. Solo la fuerza de la impresión es lo que crea en nosotros la palabra, y la palabra solo es el rechazo del pensamiento. Si la idea vibra con fuerza, la palabra será enérgica también; si suave es aquella, dulce será esta; á la debilidad responderá con la debilidad. Tal sensación, tal palabra; esta es la naturaleza!

Por último, el cuarto elemento indispensable á esta creación interior y exterior que se llama poesía, es el sentimiento musical en el oído de los grandes poetas, porque la poesía canta en lugar de hablar, y que todo canto necesita notas musicales para hacerse más vibrante y más voluptuoso á nuestros sentidos y á nuestra alma. Si me preguntais por qué es el canto una condición de la lengua poética, os responderé: Porque la palabra cantada es más seductora que la palabra simplemente hablada. Y si quereis apurar más la materia y me preguntais, por qué la palabra cantada es más seductora que la hablada, os responderé, que no lo sé, y que esto es necesario preguntárselo á Aquel que hizo los sentidos y el oído del hombre más susceptible de dejarse impresionar por la cadencia, por la simetría, por la medida y por la melodía de los sonidos y de los vocablos, que por los sonidos y los vocablos inarmónicos lanzados al acaso; os responderé que el ritmo y la armonía son dos misteriosas leyes de la naturaleza, que constituyen la soberana

belleza ó el órden en la palabra. Las mismas esferas se mueven al compás de un ritmo divino, los ástros cantan; y Dios no es solamente el grande arquitecto, el gran matemático y el gran poeta de los mundos, es tambien el gran músico. La creacion es un canto cuya cadencia Él ha acompasado, y cuyas melodías escucha satisfecho.

Pero el gran poeta, segun lo dejó descrito, no debe estar dotado solamente de una memoria vasta, de rica imaginacion, de viva sensibilidad, de buen discernimiento, de una espresion vigorosa y de un sentido musical tan armonioso como cadencioso; debe ser tambien supremo filósofo, porque la sabiduría es el alma y la base de sus cantos; debe ser lejislador, porque debe comprender las leyes que rijen las relaciones de los hombres entre sí, las leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que el cimiento es á los edificios; debe ser guerrero, toda vez que canta con frecuencia batallas campales, asaltos de ciudades, invastones ó defensas de territorios por ejércitos; debe tener el corazon de un héroe, puesto que celebra las proezas y los grandes sacrificios del heroismo; debe ser historiador, visto que sus cantos son relaciones; debe ser elocuente, cuando hace á sus personajes discutir ó pronunciar arengas; debe ser viajero, en atencion á que describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos y las costumbres de los diferentes pueblos; debe

conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografia, la astronomía, la navegacion, la agricultura, las artes, los oficios, hasta los mas vulgares de su tiempo, puesto que recorre en sus cantos, el cielo, la tierra y el océano, y que saca sus comparaciones, sus cuadros y sus imágenes del movimiento de los astros, de las maniobras de los buques, y de las costumbres de los animales, desde la paloma sin hiel, hasta la hiena que se alimenta de los cadáveres que desentierra: marinero con los marineros, pastor con los pastores, labrador con los labradores, herrero con los herreros, tejedor con los que hilan la lana de las ovejas ó con los que tejen la tela, y mendigo con los que pordiosean en la puerta de las cabañas ó de los palacios. Debe tener una alma cándida como la de los niños, tierna, compasiva y piadosa como la de la mujer, serena é impasible como la de los jueces y de los ancianos, puesto que refleja los juegos, las inocencias, el candor de los niños, los amores del hombre jóven y de las hermosas vírgines, las afecciones y los laceramientos del corazon, y el enternecimiento de la compasion al ver las miserias del destino; escribiendo con lágrimas, su gran mérito consiste en hacerlas derramar. Debe inspirar á los hombres la piedad, la mas bella de las humanas simpatías, porque es desinteresada. En suma, debe ser hombre piadoso amando á Dios y rindiendo culto á la Providencia, puesto que habla lo mismo del cielo que de la tierra. Su mision es

la de enseñar á los hombres á aspirar al mundo invisible y superior, de hacer preferir el nombre supremo sobre todas las cosas, hasta las mudas, y de llenar todas las emociones que suscita en el espíritu y en el corazón de no sé qué presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera y como el elemento invisible de Dios.

### III.

Apenas si me digno refutar la opinion de aquellos que, como Dionisio de Tracia, Ciceron y tantos otros, creyeron que el poeta llamado Homero no habia existido nunca, y que la *Ilíada* y la *Odisea* solo son *rapsodias* ó fragmentos de poesías surcidos juntos por los *rapsodistas*, cantores ambulantes que recorrian la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinion es el ateismo del génio; refútase por su misma absurdidad. Pues qué, cien Homeros ¿no serian más marivillosos que uno solo? Pues qué, la unidad y la perfeccion igual de las almas, no dá testimonio de la unidad de pensamientos y de la perfeccion del trabajo del obrero? ¿Si la Minerva de Fidias hubiese sido hecha pedazos por los bárbaros, y que se me trajesen uno á uno sus miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y teniendo todos el sello del mismo cincel, desde el



dedo pulgar del pié hasta el rizo de los cabellos, podria yo decir, contemplando tantos fragmentos de incomparable belleza: Esta estatua no es de Fidias, es obra de mil obreros que se han reunido por casualidad para producir esta obra maestra de dibujo y de ejecucion? No; yo reconoceria ante la evidencia de la unidad de concepcion, la unidad artística, y exclamaria: ¡Este es Fidias! de la misma manera que el mundo entero ha dicho: ¡Este es Homero! Prescindamos, pues, de aquellas incredulidades, vestijios de la antigua envidia que persiguió á aquel grande hombre hasta en la posteridad.

Aquel padre, aquel rey de los poetas precedió cerca de mil años el nacimiento de Jesucristo. Su cuna se meció en las orillas del mar encantado que separa el Asia Menor de la Grecia, en frente de Chios y del Archipiélago, el mas encantador de los puntos de vista donde los ojos del hombre puedan abrirse á la luz del dia. Las altas montañas del *Táuro* que se aplanan detrás de Esmirna, el mar resplandeciente que se riza en todas sus ensenadas, el cielo diáfano que sirve de marco á las olas, las altas cimas, las islas y las brisas tibiaas que jugueteen en todos los golfos constituyen aquel deleitoso sitio en el Eden de una imaginacion poética. La isla flotante de Delos es la imájen de la cuna de Homero, meciéndose sobre aquellos horizontes y sobre aquellas olas. No es su historia tan oscura como se pretende; todos los escritores de aquellos tiempos

y de aquellos lugares están perfectamente de acuerdo acerca de las principales circunstancias de su vida. Los sueños quiméricos carecen de esta uniformidad y concordancia.

Hé aquí esas principales circunstancias que se encuentran en todas partes en la Jónia, en Grecia y en todos los escollos del Archipiélago. Antes de él y de su tiempo existieron otros grandes poetas; su apóstrofe á las hijas de Delos lo demostraria por sí solo.

«Si jamás, les dice en la última estrofa, si jamás entre los mortales algun desgraciado viajero llega aquí y os dice:—Hermosas jóvenes, ¿cuál es el más inspirado de los cantores que visitan vuestra isla, y á cuál de ellos amais más? Oidle, y contestar todas acordándoos de mí:—Es el hombre ciego que habita la montuosa Chios: sus cantos serán eternamente superiores en el porvenir á todos los demás cantos!»

Ahora, pues, leamos su vida á la débil luz de las tradiciones y de las populares narraciones del Archipiélago.

#### IV.

Habitaba en la villa de Magnesia, colonia griega del Asia Menor, separada de Esmirna por una cadena de montañas, un hombre originario de la Tesalia, llamado Menalopos. Era pobre co-

mo lo son generalmente los hombres nómadas que emigran de su país natal donde no les retiene ni hogar ni herencia de padres. De Magnesia se trasladó á otra poblacion nueva, que se llamaba Cime. Allí se casó Menalopos con una jóven griega no menos pobre que él, hija de uno de sus compatriotas de nombre Omyretes. Tuvo de su matrimonio una hija única, á la que llamó Criteis. Enviudó muy luego, y viéndose él tambien cercano al sepulcro, dejó su hija, todavia niña, al cuidado de uno de sus amigos natural de Argos, que tenia por nombre Cleanas.

La belleza de Criteis fué tan funesta á la hija de Melanopos, como afortunada para Grecia y para el mundo. Parece que Homero, el mas maravilloso de los hombres, nació condenado á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiera querido dejar su nacimiento en el misterio á fin de acrecentar el prestigio en torno de su cuna.

Criteis inspiró amor á un desconocido, que la sedujo. Sabedores de su falta, la familia de Cleanas temió verse deshonrada con la presencia de un hijo ilejítimo en su casa, ocultó cuanto pudo la debilidad de Creteis y la envió á otra colonia griega que á la sazón se poblaba en el fondo del golfo de Hérmes, y que se llamaba Esmirna.

Criteis que llevaba en el seno al hijo que cubria su frente de rubor y que debía mas tarde llenar al mundo con su nombre, fué admitida en casa de un pariente de Cleanas, nacido en la Beo-

cia, y avecindado en la nueva colonia griega; su nombre era Ysmenias. Supónese que este hombre tenía á Criteis por viuda ó casada en Cyme.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto, que hallándose un dia la huérfana en compañía de las mujeres de Esmirna, en las orillas del rio *Melés*, donde se celebraba á campo raso una fiesta á los dioses, fué acometida de los dolores del parto. Su hijo nació en medio de una procesion en honor de las divinidades cuyo culto debia propagar, al eco del canto de los himnos, bajo un plátano, sobre la yerba, á orillas de un arroyo.

Las compañeras de Criteis condujeron en sus brazos la madre y el hijo á la casa de Ysmenias. Desde aquel dia el arroyo oscuro que serpentea entre juncos y cipreses en derredor del arrabal de Esmirna, adquirió un nombre que le hace igual á los grandes rios. La gloria de un niño alcanza para ilustrarle hasta los tallos de las yerbas dónde yació al abandonar el seno de su madre. Cuentan las tradiciones, y los antiguos escribieron, que Orfeo el primero de los poetas griegos que cantó himnos en verso á los dioses inmortales, fué despedazado por las mujeres del monte Rodopo, irritadas porque anunciaba dioses mas grandes que los de ellas; que su cabeza separada del cuerpo fué arrojada en el Ebro, rio cuya desembocadura está á más de cien leguas de Esmirna; que el rio arrastró aquella cabeza todavía armoniosa hasta el mar, que las olas la llevaron hasta la boca del rio *Melés*, y que la ca-



beza se detuvo en la yerba del prado donde Criteis dió á luz su hijo como para transmitir su alma y su inspiracion á Homero. Los ruseñores, añaden, cantan cerca de su tumba mas melodiosamente que en ninguna otra parte.

Ya sea que Ismenías careciese de recursos para mantener á la madre y al hijo, ó que se hiciese notoria la deshonor de Criteis, es lo cierto que la hija de Melanopos tuvo que abandonar el hogar donde hasta el dia de su alumbramiento habia recibido generosa hospitalidad. Criteis anduvo de puerta en puerta, buscando un asilo y un protector para su hijo.

Existia á la sazón en Esmirna un ciudadano de escasa fortuna pero de buen corazon, como lo son generalmente los hombres que se desprenden de las cosas perecederas á fin de dedicarse al estudio de las cosas eternas; su nombre era Fémios y tenia una escuela de canto. Llamábase canto en aquel tiempo todo lo que habla, todo lo que espresa, todo lo que pinta á la imaginacion, al corazon y á los sentidos, todo lo que canta en nosotros, la gramática, la lectura, la escritura, las letras, la elocuencia, los versos, la música; porque lo que los antiguos entendian por música lo mismo se aplicaba al alma que al oido. Los versos no se recitaban, se cantaban. Aquella música no era mas que el arte de conformar el verso al acento y el acento al verso. Hé aquí porque se llamaba escuela de música la academia de Fémios: música del alma y del oido que

se apodera del hombre todo entero.

Fémios cobraba en especies y no en dinero la retribucion que los padres le abonaban por la educacion que daba á sus hijos. Las montañas que sirven de marco al golfo de Hermos, en cuyo fondo se levanta Esmirna, eran entonces, como lo son tambien ahora, una comarca abundante en rebaños; las mujeres hilaban la lana para tejer tapices, industria hereditaria en la Jonia. Cada niño pagaba sus lecciones con un vellon entero, ó parte de la lana de la piel de una oveja de su padre. Fémios hacía hilar la lana por sus sirvientas, la teñía y luego la cambiaba por las cosas necesarias para el sosten de su casa. Criteis que habia oido elogiar la bondad con que aquel maestro de escuela trataba á los niños, condujo el suyo de la mano hasta el umbral de la puerta de Fémios. Este se compadeció de la belleza y de las lágrimas de la madre y del abandono en que se encontraba su hijo, y recibió á Criteis en su casa en calidad de sirvienta; destinó la jóven Magnesiana á hilar las lanas que recibía por precio de sus lecciones, y la permitió conservar consigo á su hijo. Prendado de la modestia y laboriosidad de Criteis y de la precoz intelijencia del niño, que anunciaba no sé qué para la casa donde los dioses le habian conducido, propuso á la jóven Magnesiana casarse con ella y dar así un padre á su hijo. Conmovido el corazon de Criteis por el amor y generosa hospitalidad del maestro de escuela consintió en ser su esposa,

convirtiéndose así en ama de aquella casa á cuya puerta llegara suplicante algunos años antes.

Fémios se interesó más y más cada dia por el pequeño *Melesígeno*, sobrenombre que se daba familiarmente á Homero, por haber nacido en las orillas del arroyo *Meles*. Amóle su padre adoptivo por cariño á su madre y hácia él mismo. Maestro y padre á la vez, prodigóle los mayores cuidados y le enseñó todos los secretos de su arte. Homero agradecido á las lecciones de Fémios y á quien la naturaleza habia dotado de una inteligencia que comprendia y que reproducía todas las cosas, recompensó el cariño del anciano y llenó de orgullo el corazon de su madre. Muy luego, á pesar de sus pocos años, se le consideró en estado de enseñar en la escuela, y de suceder un dia á Fémios. Los dioses le preparaban sin que él lo supiera menos felicidad y otro género de gloria; un mundo á quien enseñar y la gloria inmortal por herencia.

Muertos Fémios y Criteis, Homero anduvo errante por el mundo, dando lecciones á los niños de ciudad en ciudad. Embarcóse y visitó todas las costas del Mediterráneo tan bien descritas en la *Odisea*. Todas las aventuras referidas en aquel poema con sus propias aventuras trasfiguradas en la lengua de los dioses. Quedóse ciego. Volvió á Esmirna, y más tarde abrió una escuela en Chios, isla vecina de Esmirna. Aquel Belisario del génio no es menos interesante que el otro Belisario. Su muerte fué patética. Enfermo en

el barco que le llevaba de Samos á Chios, dejarlo en la playa para restablecerse.

Venida la primavera con sus brisas tibias y su mar riente emprendió de nuevo su navegacion hácia el golfo de Atenas. Una tempestad obligó á los marineros del buque que le conducia á buscar abrigo en la rada de la pequeña isla de Yos; allí sintió Homero que la vida se le acababa. Hízose conducir á tierra para morir en paz, recostado sobre las arenas de la playa y calentado por los rayos del sol. Sus compañeros de navegacion le dispusieron una tienda con una vela á orillas del mar. Los habitantes acomodados de la ciudad distante de la costa, noticiosos de la presencia y de la enfermedad del poeta, acudieron para ofrecerle la hospitalidad de sus casas, y llevarle remedios, dones y homenajes. Los pastores, pescadores y marineros de la costa pidieronle oráculos como si fuese la voz de los dioses sobre la tierra. Continuó hablando en lengua divina con los hombres instruidos, y conversando familiarmente con los hombres sencillos cuyas costumbres, trabajos y miserias describiera tantas veces en su poema. Su alma vivia toda entera en la memoria de aquellas buenas gentes con sus cantos; al devolverla á los dioses no la separaba de la tierra; habíase hecho el alma de toda la Grecia, é iba á hacerse muy luego la de toda la antigüedad.

Muerto en aquella playa hospitalaria á orillas del mar como un náufrago de la vida, el niño



que guiaba sus pasos, sus compañeros los habitantes de la ciudad y los pescadores de la costa, le cavaron una fosa en la arena en el mismo sitio donde quiso morir. Pusiéronle por losa sepulcral un peñasco, sobre el cual grabaron á cincel estas palabras: «Esta playa cubre la sagrada cabeza del divino Homero.» Yos guardó para siempre las cenizas de aquel á quien daba de esta manera la suprema hospitalidad. La tumba de Homero consagró aquella isla oscura hasta entonces, mucho mas de lo que hubiera hecho su cuna, que siete ciudades se disputan todavía. Desgraciadamente se ha perdido por la incuria del tiempo y las vicisitudes de la isla la tradicion de la playa donde espiró el divino ciego.

Su sepultura estuvo en todos los recuerdos, y su monumento en sus propios versos. Enséñase en la isla de Chios, cerca de la ciudad, un banco de piedra al que dá sombra un plátano que se viene renovando hace tres mil años, que llaman la Escuela de Homero. Allí es, se dice, donde el ciego se hacia conducir por sus hijas, y donde enseñaba y cantaba sus poemas. Desde aquel sitio se vén los dos mares, los cabos de la Jonia, las cimas nevadas del Olimpo, las playas doradas de las islas, y las velas aferrándose al entrar en las ensenadas ó soltándose al salir de los puertos. Sus hijas veian por él aquellos espectáculos cuya magnificencia y variedad hubieran distraído sus inspiraciones. La naturaleza cruel y consoladora quiso sin duda que se entregase todo

entero á sus propias inspiraciones interiores, y al efecto puso un velo sobre sus ojos. Desde aquella época, segun se dice en las islas del Archipiélago, los hombres atribuyen á la pérdida de la vista, el don de inspirar los cantos del poeta, por cuya razon los pastores despiadados saltaron los ojos á los ruiseñores, á fin de aumentar el instinto de la melodía en el alma y en la voz de estos pobres pajaritos.

He ahí la historia abreviada de Homero; es sencilla como la naturaleza, y triste como la vida: consistió en sufrir y cantar: este es el destino de casi todos los poetas. Las fibras no torturadas producen débiles sonidos. La poesía es un grito, nadie lo exhala fuerte y penetrante si no ha sido herido en el corazon. En nuestros dias lo mismo que en la antigüedad los hombres favorecidos con este don, deben elejir entre su génio y su felicidad, entre la vida y la inmortalidad.

¿Cuál fué la influencia que ejerció Homero sobre las costumbres de los hombres, y por qué mereció el nombre de moralista?

Basta leerle para responder á esta cuestion. Suponed, en la infancia ó en la adolescencia del mundo, un hombre medio salvaje dotado solamente de los instintos elementales, groseros y feroces que forman el fondo de nuestra naturaleza tosca antes de que la sociedad, la religion y las artes hayan amasado, suavizado, vivificado, espiritualizado y santificado el corazon humano; suponed que á este hombre aislado en medio de

las selvas y entregado á sus apetitos sensuales se le aparece un espíritu celeste y le enseña el arte de leer los caracteres grabados sobre una hoja de papiro, y que desaparece despues dejándole entre las manos las poesías de Homero. El hombre salvaje lee, y un nuevo mundo aparece página por página á sus ojos. Siente nacer en su imaginacion innumerables ideas, imágenes y sentimientos que eran desconocidos; de materia que era un momento antes de abrir aquel libro, trasfórmase en sér intelectual y muy luego en sér moral. Homero le revela desde luego un mundo superior, la inmortalidad del alma, el juicio de nuestras acciones despues de esta vida, la justicia soberana, la expiacion, ó la remuneracion segun nuestras virtudes ó nuestros crímenes, en el cielo ó en el infierno; todo esto desfigurado, sin duda alguna, con fábulas y alegorías; pero visible y trasparente por medio de símbolos, de la misma manera que las formas se revelan debajo de la túnica que las cubre. Muéstrale despues la gloria, pasion de la estimacion mútua y de la estimacion eterna, dada á los hombres como el instinto que más se acerca á la virtud. Enséñale el patriotismo con la revelacion de las proezas de sus héroes, que dejan el reino de sus padres, que se arrancan de los brazos de sus madres y de sus esposas para ir á derramar su sangre en empresas nacionales, como la guerra de Troya, para ilustrar la pátria comun; le pinta las calamidades de la guerra en los asaltos y en



los incendios de Troya; le dá á conocer la amistad en Aquiles y Patroclo, la sabiduría en Mentor, la felicidad conyugal en Andrómaca; el respeto á la ancianidad en el viejo Priamo á quien Aquiles, con los ojos bañados en lágrimas, devuelve el cadáver de su hijo Hector: el horror por el ultraje hecho á los muertos en el cadáver de aquel guerrero arrastrado durante siete vueltas en derredor de los muros de su pátria; la piedad en Astianax, su hijo, condenado á la esclavitud en el seno de su madre por los griegos; la venganza de los dioses en la muerte precoz de Aquiles; las consecuencias del adulterio en Elena; el desprecio por la traicion del hogar doméstico en Menelao; la santidad de las leyes, la utilidad de los oficios manuales, la invencion y la belleza de las artes; en todas partes, en fin, la interpretacion de las imágenes de la naturaleza, conteniendo todas un sentido moral revelado en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, en el mar y en los cielos; especie de alfabeto entre Dios y el hombre, tan completo y tan bien deletreado en los versos de Homero, que el mundo moral y el mundo material, reflejado uno en el otro como el firmamento en el agua, parecen no ser más que un solo pensamiento y hablar una sola lengua en la inteligencia del divino ciego. ¡Y aquella lengua, cadenciosa además por el ritmo de la medida, contiene tanta armonía de palabras, que cada pensamiento que espresa parece entrar en el alma por el oido, no solamente como una



inteligencia, pero tambien como una seduccion!

¿No es evidente que este hombre brutal y feroz, despues de una larga y familiar conferencia con aquel libro, se habrá trasformado en un hombre intelectual y moral á virtud de la enseñanza que le dá Homero?

Pues bien, lo que aquel poeta hubiera hecho por cualquier hombre, Homero lo hizo por todo un pueblo. Apenas la muerte hubo interrumpido sus cantos divinos, los rapsodistas ú homeridas, cantores ambulantes; con el oido y la memoria amaestrada por aquellos versos, recorrieron todas las islas y todas las ciudades de la Grecia, llevando cada uno fragmentos mutilados de aquellos poemas, que recitaban de generacion en generacion en las fiestas públicas en las ceremonias religiosas, en la puerta de los palacios y de las cabañas, y en las escuelas de los niños; de manera que toda una raza se hizo la edicion viva é imperecedera de aquel libro universal de la primitiva antigüedad. En el reinado de Tolomeo Filopator, los habitantes de Esmirna le erijieron templos, y los de Argos le tributaron honores divinos. El alma de aquel grande hombre se cernió sola durante dos mil años sobre aquella parte del universo. Ochocientos ochenta y cuatro años antes de J.-C. Licurgo llevó á Esparta los versos de Homero, para nutrir con ellos el alma de los ciudadanos.

Luego vino Solon, el fundador de la democracia de Atenas, quien, mas hombre de Estado que

Platon, comprendió cuanto se comprendia de cultura en aquel génio, y mandó coleccionar sus cantos dispersos, como los romanos algun tiempo despues reunieron las páginas divinas de la Sibila. Despues apareció Alejandro el Grande, que apasionado por la inmortalidad de su renombre, y sabiendo que la llave del porvenir está en mano de los poetas, mandó labrar una cajita de maravillosa riqueza pasa encerrar los cantos de Homero; cajita que colocaba todas las noches bajo su almohada para conseguir sueños divinos. Despues, los romanos, quienes entre todas sus conquistas en la Grecia, la que más estimaron fueron los poemas de Homero, del cual sus poetas fueron un eco prolongado; por último, vinieron las tinieblas de las edades bárbaras que envolvieron durante cerca de mil años al Occidente en los errores de la ignorancia, y que no comenzaron á disiparse hasta la época en que los manuscritos de Homero, exhumados entre las cenizas del paganismo, volvieron á ser el libro de estudio, y el manantial de entusiasmo del espíritu humano.

De manera, que el mundo antiguo con su historia, poesias, artes, oficios, civilizacion, costumbres, encuéntrase todo entero en Homero; que el mundo literario moderno procede en gran parte de él, y que, delante de aquel primero y último de los cantores inspirados ningun hombre, sea el que se quiera no podria darse á sí mismo el nombre de poeta sin que el rubor colorease su frente.

Preguntar si aquel hombre puede figurar en el número de los moralistas, equivale á preguntar si el génio es una claridad ó una oscuridad para el mundo; es renovar las blasfemias de Platon; es lanzar fuera de la civilizacion á los poetas; es mutilar la humanidad en su órgano el más sublime, el órgano de lo infinito; es, en fin, devolver á Dios su más soberano don, por medio de que se ofusque los ojos de la envidia y de que no haga aparecer el mundo real demasiado oscuro y demasiado pequeño, comparado con la esplendidez de la imaginacion y con la magnificencia de la naturaleza.

FIN DEL TOMO III.



















